
LAURA A. LÓPEZ
MI INOCENTE SECRETARIA

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo final
Si te gustó Mi inocente secretaria, podría gustarte…
Biografía

Mi inocente secretaria

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2407218751065**

Capítulo 1

Gloria salió de la cafetería, apresurada, con un café para su jefe, Ernest Trociuk, dueño de un grupo de empresas. El conglomerado en parte estaba integrado por medios de comunicación como radio, televisión y periódicos, también productos de consumo, producción, distribución y ganadería.

Su jefe hacía oficina en una de las empresas menos productivas del grupo: la publicitaria *Notice Choice*. Este era su primer trabajo oficial como secretaria. Tenía casi veinte años y estaba estudiando periodismo, pero debía hacer dinero para pagar la universidad. Sus padres no eran millonarios, aunque sí tenían dinero y para no decir otra cosa, no apoyaban su carrera, siempre le decían que iba a morir de hambre con el periodismo, pero a ella le encantaba, aunque el secretariado nada tenía que ver. Estudió dactilografía en una institución y eso servía bastante para su trabajo de redacción administrativa. Esperaba que algún día le sirviera para su redacción periodística.

Abrió la puerta de la oficina y saludó al resto de los colaboradores que se encontraban en su camino antes de llegar junto a su jefe.

Bajó su cartera en el escritorio, y se dirigió muy apresurada para abrir la puerta. Él deseaba su café negro y azucarado, a una temperatura agradable, no le gustaba quemarse, así que ella sabía que todos sus días empezaban con ese café matutino, incluso antes del suyo. Si bien, ella acostumbraba a prepararle el café, ese día no tenía suficiente, por lo que recurrió a la cafetería.

Dejó el líquido en el escritorio, encendió el ordenador y se alejó un poco para fijarse si todo estaba correctamente distribuido.

—Buen día, Gloria —saludó el señor Trociuk, entrando a la estancia.

El hombre era un sexagenario, amable, pero con una vida turbulenta, tenía un hijo legal y varios que no lo eran.

—Buen día, señor Trociuk. Su café está listo, pero no sé si como a usted le gusta —replicó.

—Muy amable. Gloria, trae los pendientes de ayer, no pude acabarlos.

—Los pendientes están muy pendientes de usted en la mesa, señor. Le aseguro que no se movieron de donde los dejó —dijo antes de salir.

Se sentó en su silla giratoria y se rebuscó el maquillaje en su cajón derecho.

Debía retocarse el maquillaje. En ese puesto le exigían siempre estar presentable, pues aparecían los altos ejecutivos, jefes y gerentes de los holdings de Trociuk.

Se dio una última mirada en el espejo y observó su cabello castaño por encima del hombro, alisado con una mano de la plancha temprano en la mañana. Sus ojos azules eran grandes y juguetones, su tez blanca, era especial para un precioso rubor rosa.

Era muy bonita y joven. Con diecinueve años y un empleo, se sentía bella y exitosa, aunque también muy cansada. Por la noche debía estudiar en la universidad. Estaba hecha trizas cuando las demás estaban prestas a hacer fiestas o salidas después de la oficina. Ella nunca podía… No

era cierto, siempre solo le daba flojera.

Debía admitir que el puesto no se lo había ganado. Su padre fue gerente de una de las empresas que se independizó y prestaba servicios publicitarios a los Trociuk. Mantenían buenas relaciones y como primeramente su padre le ofreció trabajar medio tiempo con él, ella sintió que aquello no la beneficiaría por no querer esforzarse.

Como secretaria debía levantarse muy temprano, subir a un autobús que la llevara hasta el trabajo. Ella era puro glamur en medio de personas que tal vez ni se cepillaban los dientes. Era un esfuerzo, pero al menos así se sentía bien y que haber entrado a ese puesto no era solo por amiguismo, sino que ella demostraba ser capaz de ser una excelente empleada.

En esa mañana redactó cuatro circulares distintas, pues las políticas del Holding estaban cambiando. El señor Trociuk, había visto distintas opciones para reducir sus pérdidas y aumentar sus ganancias.

Por la tarde después de haber repartido las circulares en cada sector, se había quedado sin mucho que hacer. Tomó uno de sus libros de la universidad y lo abrió para leer unos capítulos y no apresurarse cuando llegara el examen.

Escuchó unas manos colocarse en su escritorio.

—¿Trabajando arduamente, Gloria? —indagó Henry, el hijo del señor Trociuk.

—Acabé con todos los pendientes, solo estoy estudiando. Su padre me ha dado permiso, señor.

—Muchas concesiones para una secretaria, demasiado bonita —dijo levantando una ceja insinuando lo peor.

Henry tenía veintisiete años y era el vivo ejemplo de lo que ella no deseaba ser en su vida. Zángano, creído, arrogante y sinvergüenza, aunque demasiado atractivo con ese cabello rubio y los ojos grises.

—Lo anunciaré, señor —sonrió con falsedad antes de tomar el tubo del teléfono —. Señor Trociuk, su hijo desea entrar junto a usted...

Ella escuchó lo que dijo el señor Trociuk y rio sin darse cuenta por el mismo chiste que hizo el hombre.

Henry, mientras tanto, la miró sonriente. Estaba seguro de que su padre tenía una relación con su secretaria. De esa clase de relaciones habían estado viniendo sus hermanos bastardos. Él era el único hijo legítimo y futuro heredero de todo su dinero, vivía despreocupado solo gastando lo que podía.

Gloria colgó el teléfono e intentó mantener la compostura, pues lo que le dijo su jefe casi hizo que estallara de la risa.

—Pase, lo está esperando —logró articular, volviendo a su libro.

—Gracias por hacer tu trabajo, Gloria —se despidió con sarcasmo.

Al poco tiempo de verlo entrar masculló en su mente la palabra «parásito». Es lo que había

dicho su propio padre sobre él.

Dentro de la oficina, Henry se sentó frente a su padre y le dedicó una mirada acusatoria.

—Otra vez haciendo de las tuyas, papá —aseguró, tocando cosas del escritorio.

—Aquí quien hace de las suyas eres tú, ¿qué quieres? ¿Ya gastaste todo lo que te di? Qué poco dura la paz... —se quejó el viejo, levantándose.

—Exageras, papá. Estoy estudiando.

—Tienes casi treinta años, eres un inútil que no se ha preocupado por entender el negocio. Cuando yo me muera este lugar quebrará porque tengo un hijo inútil.

—Entonces reconoce a todos tus malditos bastardos y que ellos salven tus empresas. Es lo más fácil, papá.

—Tal vez ellos demuestren más interés por lo que construí durante años.

—Tendrán el mismo interés que yo: el dinero —agregó cínico —. Y quién sabe si la niña que está afuera, la tal Gloria, no sea tu amante de turno, solo faltó que se pintara las uñas en la recepción.

—Ella es útil y su obligación es estar presentable.

—Tan útil para colocar su silla bajo tu escritorio, creo —insinuó enfureciendo a su padre.

—¡Te daré lo que quieras y vete! —vociferó sacando su chequera, para firmar varios cheques —. Completa como te dé la gana y sal de aquí... —ordenó tomándose del pecho.

—Si te sientes bien comprando mi conciencia, soy excelente aceptando sobornos —dijo tomando lo que su padre le dio.

—Espero que algún día seas alguien de bien y no un vago...

—Que tus deseos se cumplan —sonrió abriendo la puerta para salir, dejando a su padre enfurecido con su actitud.

Capítulo 2

Gloria rodó los ojos al ver salir al pizpireto hijo del señor Trociuk. Ordenó unos papeles en su escritorio y después fue hacia el interior de la oficina, en donde encontró a su jefe que estaba rojo y parecía que le faltaba el aire.

—¡Señor Trociuk! —lo llamó y corrió hacia él.

El hombre no podía hablar y le señalaba su cuello, a lo que Gloria enseguida comprendió que aquel deseaba que ella lo ayudara con su corbata. Lo desanudó y después le abrió el traje y desabotonó su camisa con prisa, pero él seguía con la falta de aire, por lo que decidió que debía llamar a una ambulancia.

Llamó a la recepción con premura.

—¡Sara, una ambulancia para el señor Trociuk! —gritó alterada, mientras intentaba salvar al hombre de cualquier manera.

Después de unos quince minutos la ambulancia había llegado y se llevaron al hombre a toda prisa. Gloria tenía miedo de que él no sobreviviera.

Los empleados de la empresa curioseaban y cuchicheaban por los pasillos deseando saber lo que había ocurrido.

—¿Qué pasó, Gloria? El señor Trociuk estaba muy mal.

—Es obvio. Su hijo algún día le haría mucho mal. Solo viene aquí a pedirle dinero. Pobre, espero que sobreviva. ¿Imaginas tener de jefe a Henry? Qué el diablo no lo permita.

—Tienes razón, sería horrible. Ya tiene más de veinticinco años y es incapaz de sentar la cabeza. Comienza a preocuparme el futuro de esta empresa y las otras si el señor Trociuk llegara a morir.

En la empresa casi nadie pudo seguir trabajando después de que el señor Trociuk fuera trasladado de urgencia a un hospital.

Cuando terminó el horario de trabajo, Gloria marcó su salida y fue a la parada del autobús para ir rumbo a la universidad. Su papá la buscaba al salir de sus estudios.

Durante el camino, de pie en un autobús repleto, pensaba en lo que ocurrió durante el día. No sabía qué pasaría. Estaba pendiente del móvil corporativo que le habían proporcionado. Tal vez alguien le avisara cómo estaba el señor Trociuk, pues era su secretaria personal.

En la universidad, apenas pudo mantener la concentración para tomar las tres materias que tenía que cursar esa noche.

Al llegar las diez, ella fue a la salida y encontró el coche de su papá con las luces de *stop* encendidas, esperando a que ella se acercara.

—¡Hola, papá! —saludó al ver a su progenitor. Le dio un beso en la mejilla al terminar de sentarse en el asiento del acompañante.

—¿Cómo estuvo tu día, Gloria? Por cómo caminabas, puedo concluir que estuvo difícil.

—Ay, papá, si te contara. El día ha sido terrible. A mi jefe lo tuvieron que llevar de emergencia en una ambulancia. Yo creo que le dio un infarto por culpa de su hijo. Henry Trociuk es un zángano, una sanguijuela.

—Es porque no le enseñaron a trabajar el dinero que tiene. Esperemos que tu jefe no se muera. ¿Qué te parece si renuncias y te dedicas a estudiar? Te veo cansada. A tu mamá y a mí no nos agrada verte de esta manera. Piénsalo.

—Papá, yo quiero sentirme útil. ¿Quieres que sea como el hijo de mi jefe? Ay, no, esa sería mi pesadilla.

—Sé que no serías así. Tú fuiste bien educada por nosotros, no eres una zángana.

Mientras que su papá conducía el automóvil, ellos conversaban. Ella estaba muy hambrienta y quería devorar cualquier cosa que estuviera servida en su casa.

Al llegar, Gloria percibía el aroma de la carne en una sartén. Su mamá estaba preparando una deliciosa hamburguesa para ella.

—¡Qué rico! —exclamó al llegar y pararse junto a su mamá.

—Sé que te gustan las hamburguesas. Me falta freír el huevo para ti —dijo su mamá, sonriente.

Gloria arrojó su mochila en el sillón de la cocina y dejó sus zapatos bajo la mesa. A veces pensaba que sería bueno renunciar a su trabajo para darse una buena vida junto a sus padres, acompañarlos y comer con ellos.

—¿Y qué tal hoy? —indagó su mamá, a la vez que armaba la hamburguesa para ella.

—No todos los días mi jefe deja su Mercedes Benz en el estacionamiento y se retira en ambulancia —contó.

—Qué pena. Suele ocurrir por la presión, laboral. Louis, pásale una gaseosa a Gloria —mandó la señora.

—Gloria dice que es por culpa del hijo. —El papá de Gloria colocó frente a ella una botella pequeña de gaseosa personal con una pajilla.

—Es un mimadito de sus padres. A la larga, todos terminarán muertos. —La mamá de Gloria le entregó la hamburguesa completa, como a ella le gustaba.

—Solo espero que se recupere, o mi vida laboral se convertirá en un infierno con ese tipo como jefe. Todavía quiero seguir ganando experiencia.

—Lo único que ganas es paciencia, pero experiencia, lo dudo —alegó su papá.

—Experiencia con ser paciente —musitó riendo.

Ella guardó silencio para disfrutar de su deliciosa hamburguesa. Escucharía todo lo que habían hecho sus padres durante el día. Su papá era un alto ejecutivo bancario, mientras que su mamá era directora de una entidad del estado. Ambos estaban bien ubicados laboral y

económicamente. Tenían un buen pasar y vivían con comodidad, solo ella era un poco tonta. Podría estar en fiestas y clubes gastando dinero ajeno, pero ella prefería el trabajo para probar que era alguien capaz de sobrevivir sin su familia. Además, ellos no apoyaban su carrera, preferían que tomara el camino de una licenciatura en administración, contabilidad, economía, finanzas, comercio exterior o algo que tuviera que ver con el mundo en el que ellos estaban, pero le resultaba aburrido. El periodismo llamó su atención y sentía que ese era el rumbo que debía tomar su vida. No quería anclarse a algo que la hiciera infeliz por el resto de su existencia. Era importante hacer algo que le gustara mucho, así todo sería más llevadero. Tener una carrera que odiaba al hombro, podría ser una carga mental difícil de sobrellevar.

Capítulo 3

Terminada su deliciosa cena, tomó un baño, cepilló sus dientes y fue a recostarse en su cama.

Cualquiera diría que con todo lo hecho en un día, ella terminaría muerta de cansancio y dormiría; sin embargo, la realidad era que, si bien estaba cansada, el sueño no acudía a ella. Debía distraer su mente un poco más y luego descansar. Para eso, cogía su móvil y entraba al navegador para visitar una página que le agradaba bastante. En ocasiones, dormía con el móvil en la mano, pero estaba bien, no era un problema para una chica de su edad. También junto a la mesita de noche, tenía cargando el corporativo de la empresa. Cualquier asunto de trabajo lo trataban a través de esa línea.

El sonido de una llamada despertó a Gloria que ya había logrado dormir, aunque en este momento eso había quedado en el olvido. Cuando tomó el móvil observó una llamada perdida de la señora Trociuk. Eso hizo que ella dejara de ser zombi, prestara atención y se enfocara en pensar la razón por la que había llamado. Se disponía a devolver la llamada, pero llegó un mensaje de texto que decía: *«Gloria, el señor Trociuk ha fallecido. ¿Puedes pedir una corona de flores a nombre de la empresa?»*.

Sin perder mucho tiempo, buscó el número de una florería reconocida para enviar las flores a esa hora de la madrugada.

En otro mensaje la señora Trociuk seguía dejando instrucciones, como, por ejemplo: que mañana debía escribir un correo contando lo ocurrido, al igual que el lugar en el que sería velado para que quien quisiera fuese a darle el último adiós.

Coordinar el asunto de las flores le había llevado un buen tiempo. Después de acabar con eso, le resultaba imposible cerrar los ojos. Se sentía temerosa, tenía una ridícula sensación de que el muerto aparecería en su habitación. Entonces, abandonó su cama y fue con sigilo hasta la habitación de sus padres, en donde los dos dormían plácidamente en una cama *king size*. Sin hacer ruido, ella se colocó en medio de los dos, como cuando hacía colecho junto a ellos siendo una pequeña niña.

Su madre percibió un poco de fresco que le llegaba en la espalda por la manta levantada.

—¿Gloria? —preguntó la señora Roberts—. ¿Qué haces aquí?

—No logro dormir, mamá. Me avisaron que el señor Trociuk falleció...

—Oh, Gloria, lo lamento mucho. Sé que apreciabas al señor Trociuk, que había decidido darte una oportunidad en su empresa.

—Ahora tengo miedo de que se presente en mi habitación. Sé que es ridículo, pero no puedo dejar de pensar en que está muerto.

La señora Trociuk se pegó a su hija haciendo una cariñosa «cucharita», para consolar a Gloria. No importaba lo grande que pudiera estar, para ella siempre sería su pequeña bebé.

Con el cariño de su mamá logró sentirse más tranquila y volvió a rendirse ante el sueño.

Cuando llegó el momento de despertarse, su despertador hizo lo suyo. Parecía un día normal. Su mamá estaba en la cocina esperando el desayuno, su papá estaba encerrado en el baño y Gloria había ido al tocador de su habitación para asearse.

Su mente seguía pendiente del terrible acontecimiento que tendría que comunicar ese día en la empresa.

Al terminar de prepararse y de llevar todas sus cosas a la cocina, se sentó a la mesa, aunque no sentía ganas de comer nada. El hambre la había abandonado.

—Buen día, Julia, ¿cómo estás? —preguntó Gloria a la señora que siempre limpiaba la casa e iba a prepararles el desayuno y la comida para que cada uno lo llevara a su trabajo.

—Buen día, Gloria. Todo está bien, ¿y tú? —respondió la mujer.

—Ni siquiera le preguntes eso, Julia. Su jefe murió anoche y ella todavía no puede asimilarlo.

—Ay, Gloria, en verdad lo siento mucho. Es una pena.

—Sí, es muy penoso. Ahora su hijo, el engreído y prepotente, Henry, tomará el timón de ese barco y lo hundirá.

—Gloria, quizá ese tal Henry sí entienda de los negocios de su padre. No creo que a su edad todavía sea un niño —opinó la mamá.

—Mamá, es un niño de primaria o tal vez más insoportable. Ayer escuché cuando fue a pedirle dinero a su padre. Después de eso fue que lo encontré moribundo. Mamita, ¿no crees que pudo haber sido mi lentitud la que lo mató?

—No, qué boberías dices, Gloria. Era un señor viejo con un hijo que lo explotaba, eso no es tu culpa de ninguna manera. Su hijo debe estar muy arrepentido de lo ocurrido. Gracias a él se ha cerrado el grifo del dinero.

—No, mamá, se ha abierto el grifo más grande. Sacará dinero de la empresa como si fuera una caja registradora. Mi lógica me dice que así será. No puede ver dinero porque tiene que gastarlo. ¿Cómo pudo criar a ese zángano?

—No todos los hijos tienen sentido de responsabilidad. Si no te gusta el lugar en el que estás, Gloria, es mejor que renuncies antes de que te echen. Es probable que quiera una secretaria nueva que podrá manejar a su antojo —dijo su madre.

—Puede ser, pero yo soy como un camaleón. Al menos necesito permanecer un año más en el puesto para tener dos años de experiencia. No quiero que la gente de recursos humanos crea que soy un saltamontes que va de trabajo en trabajo.

—Más vale que te pongas a rezar para que te tenga paciencia. Ahora las cosas no dependerán de ti, sino de los ánimos de él —aseguró la señora Roberts.

Capítulo 4

Después de terminar su desayuno y guardar el almuerzo en su *tupper*, Gloria subió al automóvil de su madre, que siempre la llevaba al trabajo desde el día que empezó, pues ambos trabajos quedaban cerca.

—Me voy, mamá. Espero que el día no sea tan difícil —dijo al bajar del coche.

—Será un día difícil, aunque no lo creas. Adiós, Gloria.

Gloria despidió a su mamá agitando la mano.

Al marcar su entrada en el marcador, le parecía que todo estaba normal en la oficina. La gente llegaba tranquila, con sus tazas térmicas llenas de café o té. Gloria subió al ascensor para dirigirse al piso que le correspondía. Este día tenía algo muy importante que comunicar a los empleados del señor Trociuk. Ella todavía no podía creer que ya no lo vería, que recibiría órdenes de otro. Ya no haría bromas al llegar ni buscaría su café de la cafetería, cuando ella olvidara el pedido de los insumos.

Al ver los pendientes sobre el escritorio, también recordó que nadie se los firmaría. Tendría que hacer mucho papeleo con los abogados; poder, herencia y más. Encendió el ordenador y abrió su correo electrónico. Suspiró al tener que buscar el clásico repertorio para alguien que ha fallecido. Por lo general de eso se encargaba recursos humanos, pero la señora Trociuk le había pedido que se encargara ella.

Colocó una de las fotos del señor Trociuk en el lugar en la que iban las fotos del fallecido. Todavía no caía en cuenta que estaba colocando la fotografía de su jefe. Le daba mucha tristeza.

Después de enviar el correo, muchos de sus compañeros se acercaron para preguntarle cómo, cuándo y dónde había ocurrido la muerte del dueño de la empresa. Al igual que sus demás compañeros de trabajo, todos hablaban sobre el único heredero: el vividor. Nadie lo quería tener de jefe, porque acabaría con la empresa. Las personas en tesorería enloquecían al pensar que firmaría un montón de cheques con disparates. Debían prepararse para una gran desvalijada.

—Gloria, ¿algunos quieren ir al velatorio del señor Trociuk? Será en el horario de almuerzo —dijo Elizabeth que pertenecía a la sección de recursos humanos.

—La verdad que sí deseo ir. ¿En qué iremos?

—Está el minibús de la empresa. Varios irán a darle el último adiós a un gran jefe.

—La vida aquí será muy difícil, Elizabeth.

—Me lo dices a mí que no tengo a dónde ir si al hijo del señor Trociuk no le gusta mi cara.

—¿Bromeas? Él no me soporta y quizá me torture con trabajo extra. Será algo terrible.

—Pero tú no tienes razones para sufrir. Tus padres son adinerados.

—Pero yo no quiero molestar. Estoy por cumplir veinte años, es suficiente con que me den techo y comida. Créeme que antes no teníamos mucho que digamos. Tal vez en mi mente han quedado algunos rastros de precariedad.

—Ay, qué problemas tienen los ricos. ¿Me contagias tus problemas?

—¡Qué tonta eres! Bien, anótame mientras yo veo que hacer con todos los pendientes de aquí.

Elizabeth se retiró para seguir preguntando quienes más irían al velorio.

La señora de la limpieza entró a la oficina del señor Trociuk.

—Samantha, ven, ¿ya sabes lo que pasó con el señor Trociuk?

—No, hoy he llegado tarde, tenía una consulta médica, ¿qué pasó? Sabes cómo me gusta el chisme —dijo la mujer.

—Es de esos chismes feos. El señor Trociuk falleció ayer.

La limpiadora quedó en un silencio sepulcral. Su rostro de incredulidad decía más que cualquier palabra.

—¿Cómo que se murió? —increpó Samantha.

—Creo que le dio un infarto en la oficina, se lo llevaron en ambulancia. Durante la noche la señora Trociuk me pidió que hiciera un par de diligencias para las flores. Ahora que recuerdo, debo ir a tesorería para que paguen los arreglos florales con efectivo, porque nuestro firmante ya ha pasado a mejor vida.

Gloria se levantó de su lugar, cogió su corporativo y lo llevó con ella hasta tesorería. En la ventana golpeó el vidrio para que la gente que charlaba ahí le hiciera caso. Buscó el mensaje de la señora Trociuk para poder hablar.

—Hola... —saludó Gloria.

—Hola, ¿qué pasó, Gloria? —preguntó Michelle, la asistente de tesorería.

—Necesito que esto se pague de manera urgente una vez que vengan a cobrar. Son las coronas para el señor Trociuk y como saben, no se puede pagar por cheque, no hay firmantes.

—¿Cuál es el monto? —curioseó Michelle.

—Espera, miraré el mensaje de la florería, no recuerdo el valor de las flores.

Ella buscó el mensaje y escribió en una hoja el importe a pagar. Le dejó esos datos a los encargados para que pudieran pagar la totalidad y regresó a su lugar.

Para la hora del almuerzo, los que querían ir al velorio estaban abordando el autobús que los llevaría hasta el complejo velatorio.

Sus compañeros de trabajo iban conversando de cosas amenas, mientras Gloria pensaba en que vería un cadáver y le daba mucho temor, menos mal estaría en compañía de las demás personas del trabajo.

Cuando llegaron al lujoso salón velatorio, ella se pegó a Elizabeth y entró. Saludaron a la señora Trociuk para darle el pésame. El sitio estaba lleno de gente de negocios y de mucho dinero. Así era la alta sociedad, no había gente llorando a mares como en cualquier otro velorio.

En medio de sus observaciones, buscó a Henry Trociuk para también darle sus condolencias. Cuando lo encontró, él estaba sentado en el jardín trasero del lugar, fuera del salón, solo. Ella no dudó en acercarse.

—Señor Henry, mis más sentidos pésames por la pérdida del señor Trociuk —pronunció.

Henry elevó su mirada al ver a Gloria, la joven y bella asistente de su padre, la que él consideraba que era su amante.

—Gracias —articuló. Él no estaba en el mejor momento para iniciar una discusión o un escándalo. Si su padre estaba muerto era por culpa de sus pedidos y de su mal proceder. En eso ella no tenía nada que ver, ya después buscaría la forma de hacerle la vida imposible.

Capítulo 5

El momento del pésame era lo más incómodo que nunca había pasado, ¿qué más le podía decir? ¿Acaso existía algo apropiado para rellenar los silencios en esos momentos insensatos de la vida?

—Las demás personas de la oficina han venido para acompañarlo en su dolor. El señor Trociuk fue un gran jefe y una excelente persona.

Él suspiró y asintió. Se sentía vulnerable y no quería que los demás lo vieran así.

—En el salón hay café y una mesa de tentempié. Saldré a caminar...

—Gracias.

Gloria entendió que él no quería conversar y que estaba siendo lo más agraciado posible para no tratarla mal como lo solía hacer en la oficina. Entendía que era un esfuerzo sobrehumano comportarse de manera educada sabiendo que él era un verdadero maleducado.

Ella no se animaba a acercarse hasta el ataúd del señor Trociuk. No podría verlo sin vida. Dejó que el morbo de sus demás compañeros de trabajo le contaran con lujo de detalles lo que Gloria no se animaba a ver. Le habían dicho que el señor Trociuk estaba morado por más que en la funeraria hubieran hecho un gran trabajo maquillándolo, no se veía de forma natural, era un maquillaje pálido.

Tanto ella como sus compañeros se quedaron hasta el fin del almuerzo, aprovechando la mesa del tentempié. Después volvieron al autobús y regresaron a las oficinas a continuar con el trabajo.

En el velorio, Henry Trociuk no quería recibir la falsedad de todos, no solo él sabía que por su causa su padre enfermó, sino que su mamá lo culpaba por eso, lo conocía a la perfección y ni se diga sobre los empleados de su papá. Lo odiaban.

Él tendría que enfrentar las dificultades que se derivaban de la muerte de su padre. Su vida debía cambiar por completo. Ni siquiera había terminado la universidad y sabía que pronto debía ponerse al frente del grupo para tomar la dirección de la que era su herencia. Si perdía esas empresas lo perdería todo.

—Al menos deberías ir a fingir que lloras la muerte de Ernest —reprochó su mamá—. Tienes que intentar generar empatía para que los socios de tu papá te tomen en cuenta y no te excluyan de lo que te corresponde. Estos señores son unos buitres y tú un ignorante, un verdadero inútil que solo sirve para gastar.

—Mamá...

—¡Ay, pobre de ti! El vagabundo ofendido. Después del entierro de tu papá irás a esa empresa y te pondrás al frente. Que crean que trabajas para olvidar tus penas y que no sea para aprender.

—Es lo que pienso hacer. No soy ningún tonto, sé mis defectos y si me sigues diciendo algo más tampoco se multiplicarán.

—Entonces piensa cómo hacer las cosas ya y deja de estar aquí.

La tensión con su madre era insoportable. Ella también estaba preocupada por la probable caída del imperio Trociuk. En sus manos estaba que se retrasara o evitara que eso pasara. En verdad deberían tener miedo, estaban en manos de alguien que para no decir que no sabía nada del negocio, sabía muy poco.

***

Dos días después de que su papá fuera enterrado, Henry llegó a la empresa y dejó su vehículo en el lugar que le correspondió en vida al dueño de ese imperio. No tenía idea de por dónde empezar, pero lo ideal era hacerlo a través de los gerentes y después preguntarle a Gloria sobre todas las actividades que realizaba para su papá. Ya después tendría el tiempo de saber si ella se quedaría o se iría. Nadie le quitaba de la cabeza que Gloria era la amante de aquel, porque la trataba con demasiada confianza y también la dejaba hacer cuánto quisiera. Escuchaba muchos mitos sobre las secretarias, que se limaban las uñas, que solo tomaban café y jugaban solitario. Tendría que evaluar todo.

En su escritorio, Gloria tenía los papeles que le habían pertenecido al señor Trociuk para que cuando su hijo fuera hasta ahí lo tuviera todo servido. Porque debían comenzar a cambiar cosas y solo con los abogados podrían empezar. Las personas del área financiera se habían encargado de pasarle todos los formularios para llenar y tener pronto un nuevo firmante y apoderado. Todo estaba parado a causa de eso, pero la rueda debía seguir dando vueltas y todos estaban haciendo sus trabajos por más atraso que la muerte del dueño produjo en los procesos administrativos más que en los de producción.

Cuando ella se peinaba el cabello, porque se había dado cuenta de que lo llevaba hinchado, vio la figura alta y delgada de Henry Trociuk. Aquel iba vestido con traje, al parecer estaba listo para tomar la dirección de la empresa. Arrojó su peine tan rápido como pudo para que no la pillara, pero había sido en vano.

—No cuidas tu trabajo, Gloria, aunque no sé si tengas algo que hacer —masculló molesto.

—Buen día, señor Henry. Tengo preparado lo que necesita para comenzar a cambiar las cosas en la empresa. ¿Quiere que le lleve todo le busque un café de la cafetería? A su padre le gustaba el café expreso.

Ella omitió cualquier cosa que no tuviera que ver con el trabajo. No se justificaría, solo haría la vista gorda.

—No sabía que eras eficiente. Pídeles a los gerentes que se reúnan conmigo, ¿hay una sala de reuniones?

—Sí. En un momento la tendré lista. ¿Agua, gaseosas, café o algunos bocadillos se le ofrecen para la reunión? Puedo solucionarlo en un minuto con un proveedor.

—Agua y café para todos. Quiero todo listo en diez minutos.

—¿Quiere que haga copias de algunas hojas que tenga para distribuir a los gerentes?

—No tengo nada, Gloria —pronunció. Ella parecía una ametralladora de ofrecimientos para cerrarle la boca por tratarla de holgazana.

—Le mostraré la sala de reuniones.

Gloria se levantó de su silla y fue a abrir una gran puerta que llevaba a una recepción, en donde había otra puerta que sí era la sala de reuniones.

Henry siguió a Gloria y observó que era muy bonita. Tenía el cabello largo y castaño, una cintura de avispa y ese uniforme con falda tubo y zapatos altos le quedaban muy bien. Su cuerpo resaltaba mucho con esas prendas y, pese a que no la soportaba, le agradaba lo que veía.

Capítulo 6

—Aquí está el láser por si tiene alguna presentación. Solo tiene que avisarme si quiere que le tenga todo preparado para materiales digitales —habló Gloria que no se daba cuenta de que Henry tenía sus ojos fijos en ella y en su caminata—. ¿Tiene alguna presentación en Powerpoint, señor Trociuk?

Gloria lo vio con la mirada hacia ella como si la estuviera especulando, o quizá fuera imaginación suya. Él aún debía estar afectado por la muerte de su padre y también por su inexperiencia, no conocía nada de su propia empresa.

—¿Está seguro de que desea que llame a todos los gerentes? —preguntó con cuidado.

Henry reaccionó ante las palabras de Gloria, él la había estado mirando, distrayendo su vista en ella sin pensar en nada más.

—No quiero que cuestiones mis decisiones, Gloria, que vengan los que tengan que estar aquí —masculló volviendo a ser el mismo hombre desagradable de siempre.

—Sí, como diga —aceptó Gloria a regañadientes.

Siguió dándole indicaciones por si Henry necesitaba algo más para su reunión. Después salió de la sala de reuniones, escribió un correo para todos los gerentes y después envió otro a las personas del área de informática para que crearan un nuevo correo para el heredero de la empresa. Él debía dar y recibir comunicados todo el tiempo, no podía quedar ajeno a los movimientos y tonterías de su imperio. También se puso en campaña para llamar a todos a los que había enviado el correo para que no se atrasaran y pusieran de malhumor, al malhumor con patas que era Henry Trociuk. Debía estar peor que nunca, porque le tocaba trabajar a alguien quien solo le gustaba gastar el dinero.

En el fondo de su ser se burlaba de que tenía que ver al niñito mimado trabajando para ganarse sus millones, ya con eso pensaría dos veces en gastarlos.

—¿Ya está aquí el señorito mimado? —curioseó el jefe financiero de nombre Roberto.

Ella colocó su dedo sobre sus labios para indicarle que no hablara tan fuerte, aquel estaba tan sensible que podía tener la astucia de un gato.

—Sí, y se va a reunir con ustedes —respondió.

—Este no sabe nada de nada. Cualquiera de aquí podría verle la cara.

—No creo que sean tan deshonestos, deberían ayudarlo.

—Se le ayudará, pero hay que ser honestos: lo odian.

—Sí, eso se sabe, no conozco a una persona que lo quiera. El pobre no tiene nada de agradable.

—Él no hizo nada para que lo quisieran, que es distinto. —Roberto se carcajeó y tocó el antebrazo de Gloria.

Los ojos de Henry no dejaban de ver la intimidad con la que se trataban el gerente financiero con Gloria. Ella debía ser la amante de toda esa empresa. Era demasiado hermosa para no haber saltado de departamento en departamento hasta llegar a la cabeza. ¿Sería posible que Gloria quisiera seducirlo? Se sentiría muy ofendido si ella no lo hiciera.

—¿Pediste el café, Gloria? —increpó haciendo que tanto ella como el financiero se alejaran un poco.

—Sí, señor Trociuk. Cuando le traigan los termos con las tazas me encargaré de servirles. He pedido para su nuevo correo electrónico de la empresa. Necesita uno —respondió con rapidez.

—Puedes pasar a la sala de reuniones, Roberto. Yo buscaré algunos papeles en la oficina y necesito que Gloria me muestre en dónde se encuentran.

—Sí, por supuesto, Henry —acató Roberto que se dirigió a la sala.

Henry se quedó por un momento en el sitio en el que se encontraba y miró a Gloria.

—Entra a la oficina —mandó al abrir la puerta.

La chica notaba que él parecía un poco enfadado.

—¿Qué papeles necesita? El señor Trociuk tenía muchas aquí. Se las ordené la última vez...

—Deberías trabajar más y coquetear menos, Gloria. Tienes la hora después del trabajo para buscar algún novio. No te pagan por arreglarte en tu lugar, para limarte las uñas y tampoco para hacer pareja.

Él recorría la oficina a la vez que le decía esas palabras.

—Pero no estaba haciendo nada de eso, señor Trociuk —se justificó. Estaba perpleja por lo que él le decía. Había comenzado a agredirla sin alguna razón aparente.

Ante lo que le dijo Gloria, Henry reaccionó dándose cuenta de que había cometido una tontería. Todavía no se encontraba del todo bien por la muerte de su padre y ya estaba mezclando mujeres con trabajo y armando lío sin necesidad alguna.

—Sí, lo sé. Solo quería que supieras que no toleraré esos comportamientos. Ya una vez te encontré peinando tu cabellera.

—No volverá a ocurrir, señor. ¿Se le ofrece algo?

—Los poderes que manejaba mi papá. Quiero verlos todos.

—Sí, por supuesto. —Ella fue hacia un mueble y lo abrió en la parte de abajo, arqueando un poco su figura. Mientras buscaba lo que le pedía su nuevo jefe, desvío por un instante su mirada y lo descubrió observándola. Sentía mucha vergüenza por como él no tenía reparos en mirarla—. Aquí están, ¿se le ofrece algo más? Puedo pedirles a los abogados que vengan a conversar con usted si lo requiere, señor.

—Sí, que vengan por la tarde. Pienso quedarme todo el día.

—Sí, los llamo ahora mismo.

Sin más preámbulos, Gloria dejó la oficina y fue a sentarse. En ese instante sentía que su cuerpo temblaba por un extraño sentimiento. Ella sospechaba que su estancia en esa empresa sería corta y que no llegaría a los dos años de experiencia laboral. Una vez que se recuperó buscó el número del estudio de abogados que los asesoraba y los llamó. Al mismo tiempo saludaba a los gerentes que llegaban para reunirse con el nuevo jefe de todos.

Cuando habían llegado los que debían asistir a la junta, también le habían llevado el café. Llevó todos los implementos en la recepción y comenzó a servir las pequeñas tazas que colocó en una bandeja para llevarlas a los asistentes.

Al entrar a la reunión Henry, hablaba con mucha autoridad frente a los demás que tenían sus agendas abiertas para anotar lo que aquel pudiera decir.

Ella intentaba no escuchar, pero lo hacía cada vez que servía algo a uno de los gerentes. Lo que más le llamaba la atención es que Henry repetía constantemente: «Las cosas van a cambiar». Eso no podía significar nada bueno para nadie en esa empresa.

Capítulo 7

Al acabar de servir el café y de alcanzarles a cada uno un vaso con agua, ella se retiró de la sala de reuniones y fue a sentarse en su lugar.

Mientras estuvo en su asiento fueron hasta ella muchos de sus compañeros de trabajo que estaban al pendiente de lo que ocurría. Nadie podía trabajar, porque querían hacer chisme o, mejor dicho, leña del árbol caído.

En la empresa no se hablaba de otra cosa que no fuera la reunión que la mayoría pensaba que era para cortar cabezas, pero Gloria especulaba que Henry no tomaría una decisión tan drástica en ese momento, pues él necesitaba de todos los conocimientos de lo que debería hacerse en la empresa. Lo triste era que Henry había desperdiciado muchos años en lugar de aprender sobre el negocio familiar, tendrían que ver si él funcionaba y sacaba la empresa a flote o todo se hundía como si se tratara del *Titanic*.

Después de muchas entradas para servir varias rondas de café durante dos horas, los gerentes comenzaron a salir.

Gloria empezó a fingir que trabajaba con agilidad para que su jefe nuevo no la viera arreglándose algo. Como secretaria no tenía demasiado que hacer por el momento. Su trabajo consistía en ser la mano derecha del dueño y presidente. Ya que tenían nuevo dueño, debía esperar órdenes nuevas o ver qué pretendía Henry Trociuk. Ella sabía que él no la soportaba, esa relación era de rechazo mutuo, porque cada vez que él aparecía para pedir dinero, Gloria lastimosamente se arreglaba alguna cosa y al niñito mimado eso no le agradaba.

Cuando salió el último de los asistentes, Gloria tomó valor y fue a la oficina que le pertenecía a Henry para ponerse a su disposición para lo que necesitara.

Ella abrió la puerta y caminó hacia donde él se encontraba sentado.

—¿Se le ofrece algo, señor Trociuk? ¿Algún correo que necesita que redacte para que lo envíe comunicando los cambios?

—No, creo que puedo hacerlo yo, Gloria.

—Los informáticos vendrán a configurar lo necesario y los abogados estarán aquí pronto para la firma de poderes y autorizaciones bancarias. Estaré en mi lugar por si necesita algo. Solo tiene que apretar el botón de su teléfono y lo comunicará directamente conmigo.

—De acuerdo. Ahora déjame solo.

Henry vio como la joven se retiraba, mientras pensaba lo complicada que sería su vida sin entender demasiado del negocio que había dejado su padre. En un par de horas estaría rodeado de abogados y también de personas que estarían dispuestos a aprovecharse de su ignorancia. Lo mejor para él era contratar un par de asesores que le dijeran lo que debía hacer y volver a la universidad para al menos ganar el respeto de sus subordinados. En esa empresa tenían personas con posgrados ganando poco dinero y Henry siendo el dueño ganaría mucho. No creía en la meritocracia, pero necesitaba realizarse de alguna manera. Su futuro dependía de él y eso era lo más preocupante.

Con el paso del día, Henry se reunió con demasiadas personas que ya no sabía quién era quien. Su primer día de trabajo había sido agotador. Comenzaba a entender las implicancias de las preocupaciones de su padre para con sus empleados, pues porque si a la empresa le iba bien, a los empleados también les iría bien. El contador le había hablado en un idioma que no comprendía y que con urgencia debía entender. Le había pedido que: «le hablara en cristiano», para que pudiera entender. El financiero le había dicho que, si en cinco años no había nuevas inversiones e innovaciones, la empresa comenzaría a caer en una profunda crisis que los convertiría en presas fáciles de otras multinacionales o tal vez hasta de la bancarrota.

Su padre le había ocultado todo eso a su madre y a él o tal vez se lo dijera, pero con su incapacidad de comprender las cosas se le hacían más difíciles.

Cuando llegó la hora de la salida él no se había dado cuenta por estar tan inmerso en problemas. Notó que era hora de irse por la oscuridad en el cielo al asomarse por la ventana.

Cogió lo que tenía en el escritorio y salió con rapidez de la oficina. El lugar de Gloria estaba vacío, ella se había retirado. Otros empleados todavía seguían en sus puestos sacándole chispas a las impresoras matriciales.

Al llegar al estacionamiento, salió con su vehículo al inmenso tráfico de la ciudad. Estando en la fila del semáforo, miró al costado derecho y vio en la parada de autobuses a Gloria, tan coqueta y elegante. Le parecía raro que, teniendo tantos posibles candidatos a novios o a pasatiempos, no le hubiera pedido a alguno de ellos que la llevara o le regalara un automóvil. Esto último era muy ambicioso de su parte al pensarlo. En ocasiones, quería preguntarle si ella y su padre en realidad fueron amantes o si él la había llevado a algún lugar a pasar un rato juntos a la salida del trabajo y ahora que su jefe estaba muerto, ya no tenía el beneficio del viejo adinerado y consentidor.

Siguió mirándola un rato más hasta que el semáforo dio verde y continuó su camino a su casa sin dejar de pensar en la chica de la parada de autobuses y que era su secretaria. ¿Cuántos años tenía Gloria y qué cosas pasaban por la mente de una bella jovencita?

Dentro de su ambiente conocía a muchas mujeres de un estatus económico superior al de una empleada como Gloria, y esas chicas estaban enfocadas en conseguir maridos que siguieran dándole lo que ellas estaban acostumbradas a recibir de sus padres. Si Gloria era pobre, ¿a qué aspiraba en la empresa? Quizá a un marido con un cargo importante que la sacara de la pobreza. Tal vez ella seducía a su padre para que en algún momento terminara dejando a su esposa para casarse y tener derecho al dinero del viejo. Era una posibilidad que estuviera embaucando a su padre y que al final saliera con un joven asistente o un jefe de área de la empresa. Nunca lo sabría, eran muchas teorías en su mente.

Capítulo 8

Pasaron semanas desde que Henry asumió el puesto de presidente de la empresa. Si bien todo seguía su curso, su liderazgo no era el mejor por muchos motivos. En sus momentos de agobio, había regresado a las fiestas y la vagancia, otros días parecía un ejecutivo que conocía de lo que hacía. En realidad, Henry no sabía hacia donde apuntar. Nada lo mantenía contento, incluso en ocasiones no soportaba a la misma Gloria, pues ella intentaba tratarlo como si fuera un inútil en todo y como si la empresa le perteneciera. La dejaba hacer lo que quería, porque a él le gustaba, como a cualquier otra persona de los pasillos.

Todos querían a Gloria, era bella e inteligente, aunque insoportable con sus ánimos de ayudar a todo el mundo, pero él creía que se sentía atraída por su dinero y su propio atractivo. En momentos, deseaba acercarse, pero se contenía lo más que podía. No debía involucrarse con nadie por muchos motivos, y entre ellos estaba el hecho de su inestabilidad laboral y mental. Era cierto que pudo haber superado la muerte de su padre, pero no superaba el hecho de ser el responsable de las finanzas familiares sin demasiado conocimiento. No estaban hablando de un pequeño establecimiento, sino de un conglomerado de empresas en varios rubros, pero en los medios de comunicación era donde estaba el inconveniente. La empresa no se adaptaba a las tendencias y algo fallaba. Tenía un equipo de asesores que tenían sus narices metidas en todas partes, ellos lo tenían en su mano en lugar de que fuera al revés. Entre sus opciones estaba regresar alguna vez a la universidad para no tener que depender de nadie.

—Me retiro, señor Trociuk. ¿Se le ofrece algo antes de que me vaya? —preguntó Gloria que ya tenía su mochila en un lado del hombro.

—¿Te vas? ¿Cómo que te vas, Gloria? Falta una hora para que sea tiempo de salir.

Gloria miró a Henry como si estuviera demente. Ella había pedido permiso casi toda la semana por encontrarse en época de exámenes en la universidad y no siempre alcanzaba a llegar temprano a la primera hora de clases a causa de su compromiso con el desorganizado que tenía. Después de sus parrandas ella debía tolerar sus impertinencias y quedarse más tiempo del que debería.

—Le recuerdo que pedí permiso que usted mismo autorizó, estoy de exámenes en la universidad.

—Ah, es cierto. —Henry tapó su cara con el brazo, avergonzado, por lo que le había dicho.

—Necesita menos fiestas y más descanso.

—Lo que necesito es un masaje, Gloria, algo que me haga olvidar mis problemas.

—¿Quiere que le agende una cita con la masajista? El señor Trociuk lo hacía con frecuencia.

Henry miró a Gloria con molestia. Él no quería pagarle a una masajista, quería que ella lo entretuviera un poco.

—No. Hasta mañana, Gloria.

—Hasta mañana, señor Trociuk —se despidió, sonriente.

Ella suspiró al dejar la oficina de su jefe, por fin quedaría libre para leer algo. Él siempre la vigilaba y no podía estudiar en el trabajo. Henry Trociuk pasaba más tiempo observándola trabajar que él trabajando. Eso le daba mucha vergüenza, pero tampoco podía dejar de mirarlo. A veces era agradable con ella y Gloria no podía mentir, su jefe era tan guapo que a veces fantaseaba con que le pediría verse a solas o darse besos en los pasillos, también las escaleras y otros lugares.

Sabía que él era un niño malcriado, pero le atraía, parecía un impulso incontrolable. Tal vez por esa atracción le tenía tanta paciencia. Cualquiera en su lugar hubiera renunciado a todas las órdenes absurdas y gastos innecesarios que realizaba.

Después de salir de la empresa fue a la parada de buses a esperar aquel que la dejaba cerca de la universidad y ahí se sentó a estudiar.

Cuando llegó la hora de la salida laboral, Henry subió a su coche para dirigirse a su casa. Ese día se sentía cansado y no le daban muchas ganas de salir con sus amigos a echarse unos tragos o beber cervezas.

Por más que se sintiera un poco estresado, prefirió navegar por internet desde el ordenador y también poner un poco de música en YouTube. Después de aburrirse de sus lecturas, alzó el volumen del parlante y se dio una ducha rápida antes de dormir.

Al salir del baño, él escuchó que su móvil sonaba con insistencia. Al acercarse y mirar la pantalla, vio que era uno de sus amigos que siempre lo llevaba a todas partes, pero para que Henry pagara las cuentas. Decidió ignorar la insistente llamada y seguir oyendo canciones. Cada vez que la soledad lo acechaba, pensaba en su secretaria. Le llevaba ocho años, Gloria era aún una niña, pero la más bonita que había visto, quizá ella fuera la salida más saludable ante su autodestrucción. No serían novios, solo quería pasar un buen rato con una chica guapa. En ese momento de su vida, no esperaba ningún tipo de compromiso más que el que tenía con la empresa. Su objetivo era no caer en la miseria y, pese a que buscaba no distraerse de eso, no lo había conseguido, Gloria se había convertido en la tentación que lo desviaba del camino, solo esperaba que no fuera un problema a futuro.

¿Cómo haría para alzarse con Gloria? Debería utilizar su influencia de jefe para que ella hiciera lo que él quisiera o jugaba su carta de otra manera: utilizar el trabajo que ambos hacían juntos para acercarse y que de ahí se dieran los acercamientos. Eso era más natural que obligarla a relacionarse con él y que todo terminara mal, con Henry lleno de problemas y sin la atractiva secretaria que resolviera todas sus necesidades, desde las laborales hasta las personales. Necesitaba de esa distracción que ella podía ofrecerle dentro del marco de sus propias responsabilidades. Se divertiría un poco en el lugar de trabajo, no todo podía ser estrés. Además, las cosas no eran como en tiempos pasados en que estaban prohibidas las relaciones laborales, él quería que Gloria le hiciera caso y lo conseguiría.

Capítulo 9

Las cosas para Gloria, en aquella semana se habían puesto pesadas, y no solo porque su jefe estaba más especial que nunca, sino también porque debía rendir sus parciales en la universidad y todo le costaba el doble. Además, a eso debía sumarle su entretenimiento con Henry Trociuk. No lo soportaba, pero aun así le gustaba, le atraía y no sabía con exactitud qué era eso que la llevaba a perderse en sus pensamientos por largos períodos de tiempo.

Él no era de ninguna manera lo que ella esperaba para fijar sus ojos. Siempre pensó que se fijaría en algún compañero de la universidad, pero nada de eso estaba pasando, su mirada se perdió en el ser más absurdo que nació en el mundo. En ocasiones, lo admiraba por intentar hacer algo por la empresa, pero cuando llegaba un poco mareado por los tragos de la noche anterior, esa admiración se desvanecía y ella pasaba a ser su salvadora. Le llevaba unas cinco tazas de café y alguna de ellas con una aspirina para sus dolores de cabeza a causa de la resaca que no lo dejaba ser un individuo normal.

Después de su examen, su padre la buscó para llevarla a su casa. Tan solo al entrar al vehículo, colocó su cabeza sobre la guantera. Estaba muy cansada.

—Hay alguien aquí que trabaja por masoquismo y no porque quiera —dijo su papá queriendo que esa frase directa, pasara al cerebro de su hija como indirecta.

—Es que quiero tener experiencia laboral de lo que sea, me falta un poco. Y te digo más, papá, tengo mi propio dinero.

—Y tu propio karma. Creo que es mejor que te dediques al estudio que es más importante. Eres muy joven y trabajos en el futuro te lloverán, no dudes eso.

—Te entiendo, papá, pero es mi deseo. Creo que el esfuerzo valdrá la pena para el futuro. Tal vez hoy esté muy cansada, aunque, más adelante quizá mire todo esto con mucho cariño y con orgullo.

—Esperemos que así sea. Muchas veces hacemos cosas innecesarias por capricho. Dejaré que aprendas por tu cuenta. —Rio el papá.

Al llegar a la casa comenzó a cenar como una demente para poder irse a descansar. Al menos mañana descansaría, no le tocaba trabajar. El lunes tendría que hacer muchas cosas en la oficina, porque dejó algunas de lado para poder estudiar. Esperaba que su jefecito no la pillara en esas andanzas o sería un escándalo.

Ella pensaba aprovechar su día libre para dormir y después salir con su mamá a realizar algunas compras de ropa de tiendas comerciales. Ambas amaban comprar pequeñas cosas, no necesitaban gastar miles de dólares en prendas de diseñador o algo así, compraban prendas bonitas y económicas.

Al día siguiente al despertar, encontró un mensaje de texto en el móvil corporativo, era un mensaje de Henry, preguntando por unos informes que le había pedido sobre otros informes, o sea, era algo así como para ver quiénes de los jefes ya entregaron lo que él había solicitado. ¿Y cuál era la novedad? ¡Qué ella no lo había hecho por estar estudiando! El lunes amanecería en

ese lugar.

—Buen día, señor Trociuk, el lunes a primera hora le pasaré el archivo que tengo completo en el ordenador —dijo Gloria en voz alta mientras respondía el mensaje.

Después de responder el mensaje, se recostó otra vez en la cama y sintió que su corazón latía fuertemente. Esa podía ser una razón para que Henry la echara de la empresa, y ella aún no estaba lista para salir de ese lugar, porque no había acumulado suficiente tolerancia a la presión para cualquier otro empleo.

Pensó que al responder eso a su jefe, todo quedaría ahí; sin embargo, llegó una respuesta casi inmediata.

«Lo buscaré yo mismo, estaré hoy en la oficina».

—¡Carajo, carajo, carajo! —exclamó con devoción. Estaba frita.

Dio un salto de la cama y trató de buscar una ropa para ponerse. Si entraba a su ordenador sabría que no había nada. Él tenía muchas ganas de arruinarle el fin de semana y lo estaba consiguiendo con mucho éxito.

Se dio un baño apresurado y ni siquiera tomó su café.

—¡Mamá, préstame tus llaves! —mandó, mientras hacía un rastrillaje por toda la mesada de la cocina.

—¿Qué pasa? ¿No íbamos a salir después? —indagó su mamá.

—Ma, tengo un problema de dimensiones que se llama mi jefe insufrible estará en la oficina buscando un archivo en mi ordenador, por cierto, el archivo ni siquiera lo he armado y yo le he dicho que estaba completo. Ay, me quiero morir.

—Las llaves están en la sala. Eso te pasa por mentir, Gloria.

—Estaba de exámenes, me retiraba más temprano, todo está mal, todo está mal.

Gloria corrió hacia la sala y cogió las llaves del llavero que se ubicaba junto a la puerta. Regresó a la cocina y levantó la mano para despedirse de su mamá.

A su mamá no le dio tiempo de nada, pero después la vio entrando de nuevo con rumbo a su habitación. Después de un rato, regresaba, pero esta vez con su mochila.

La chica se sentó frente al volante y se acomodó lo mejor que pudo, movió los espejos para que quedaran a su altura. Menos mal su papá le había enseñado a conducir desde los quince años, o a estas alturas estaría desesperada esperando un taxi.

Su trabajo quedaba a unos veinte minutos con tráfico, aunque por ser sábado debería llegar más rápido. Si tenía suerte, su jefe no estaría cuando llegara, haría el dichoso archivo de la discordia y se iría a su casa a continuar su bello día, aunque nadie le quitaría el mal trago por su propia mentira.

Después de unos diez minutos en los que apretó el acelerador al máximo, llegó a la empresa y situó su vehículo en la calle de enfrente. Sacó sus cosas y se dirigió al aparcamiento. Ahí no

estaba Henry y eso le daba un poco de tranquilidad. Estaría trabajando veinte minutos y después se iría.

Capítulo 10

Después de llegar, pedirle al guardia que la dejara pasar y que, después de conseguirlo, le prendió fuego a ese teclado para que todo saliera más rápido y más furioso, no quería encontrar a su jefe, solo esperaba que no fuera tan detallista para mirar la fecha en la cual tuvo listo el documento de Excel.

Terminó después de veinte minutos de recabar información en su correo de la empresa. Suspiró antes de apagar el ordenador, dándose por satisfecha al cumplir con su trabajo. Haber despertado con una desagradable sorpresa era lo que ganaba por mentirosa, pero menos mal que nadie la pilló en su fechoría.

Ella cogió su mochila para salir, pero al levantar la mirada, ahí encontró a Henry Trociuk, mirándola.

—Gloria, no pensé encontrarte aquí —comentó Henry, verdaderamente sorprendido al verla ahí. Su día comenzaba a ponerse interesante.

Gloria no sabía qué decir. A Dios le pedía una buena idea para justificar su existencia en ese lugar. De repente, vio uno de sus libros del semestre anterior en uno de los espacios abiertos de su escritorio.

—Buen día, señor. Es que olvidé un libro. —Ella lo cogió de inmediato y se lo enseñó.

—Es malo tener que estar en la oficina un sábado. Yo vine a por el archivo que tienes en el ordenador. Creo que esta semana me distraje un poco.

—Encenderé el ordenador. ¿Quiere que se lo pase al correo?

—Sí, por favor... Oye, Gloria, ¿qué harás al salir de aquí? —indagó curioso.

A ella se le subieron los colores al rostro. ¿Por qué Henry estaría interesado en saber eso? Antes de responder se sentó en su silla y se dispuso a encender el ordenador para hacer el envío del correo con el archivo adjunto.

—Regresaré a casa. Tengo pendiente una tarde de chicas con mi mamá. Además, traje su coche, debo devolverlo, un pequeño raspado y a mí me tocará pagarlo. Me lo ha prestado para retirar mi libro para poder estudiar el fin de semana.

—¿Todavía no han terminado tus exámenes?

—Pues me falta este, exactamente este que llevo.

—¿Cuándo acaban tus clases en la universidad, digo, del semestre?

—Esta semana en la que entregan los resultados de los exámenes... —dijo la joven, extrañada por tantas preguntas que le hacía su jefe.

—¿No quieres que ahora pidamos un café y lo bebamos aquí? Ya que estamos en la oficina podríamos aprovechar el tiempo para un café... —Henry colocó una de sus manos en el hombro de Gloria.

La joven tuvo un escalofrío al tiempo que él colocaba su cálida mano en su hombro. A ella le gustaba Henry y tomar un café con él sonaba un poco tentador, pues ella no había comido nada en su casa. Había salido muy apresurada.

—Estaría bien —respondió suspirando ante el contacto. Fijó sus ojos en él y después trató de desviarlos otra vez para recuperarse de la emoción de ese contacto. Su corazón latía despavorido por lo que había ocurrido. Era una verdadera tonta al fijarse en alguien tan irresponsable como Henry Trociuk.

—Haz el pedido y te esperaré en la oficina...

Él siguió su camino hacia su despacho y ella se quedó en su silla tiesa y ansiosa. Había ido a trabajar por fanática y, para colmo, desayunaría con quién pensó que no vería. Al menos no sospechaba que Gloria había hecho su trabajo sobre la hora y que le había mentido asquerosamente.

Cogió el teléfono de línea fija y llamó a una cafetería cercana, en donde pidió unos cafés y unos bocadillos dulces que a su jefe pudieran interesarle. Todo eso lo hacía a la par que enviaba el correo para cerrar lo que había ido a hacer ahí.

Desde su oficina, él miraba a Gloria que estaba vestida como una jovencita común y corriente, quizá hasta poco atractiva, aunque Henry no podía juzgar mucho, porque ella no vestía como las chicas de vestidos cortos con las que salía de fiesta o componían su grupo de amistades.

Henry puso a funcionar su ordenador y al poco tiempo recibió el correo de Gloria y también otros que no estaba tan interesado en leer. Él no sabía la razón exacta por la que había ido al trabajo. Quizá fuera por la sensación de que había hecho poco en esos días y que había desviado su camino del cuidado de su patrimonio. Él tenía que salvar a esa empresa de la ruina, mantenerla a flote. Tenía muchas cosas en su mente y para su desgracia se distraía pensando en Gloria.

Después de un rato, ella entró a la oficina y se acercó al escritorio.

—¿Qué quiere que le muestre, señor Trociuk?

Estaba sentado en su cómodo sillón, pero lo abandonó para caminar y mirar por la ventana hacia la calle.

—Algunos papeles que eran de mi papá... ¿Sabes, Gloria? Me incomoda que me digas señor. Podrías llamarme Henry y nada más.

—Pero no es correcto.

—No estamos en la época medieval, Gloria. Tampoco te voy a despedir por decirme Henry, yo mismo te he concedido el permiso.

—Será incómodo y la gente se pondrá a murmurar.

—Tengo que admitir que yo era parte de la gente que murmuraba sobre ti. Parecía coincidencia que cada vez que venía a ver a mi padre, te encontraba limándote las uñas, peinándote el cabello... Faltó que comenzara a oler esmalte. Creí que eras una vaga y tuve pensamientos muy desagradables sobre tu relacionamiento con mi padre, porque para él eras

indispensable y recién ahora lo entiendo.

Gloria lo veía ir y venir de un lugar a otro para después acercarse a ella y rodearla. El ambiente entre los dos se ponía un poco extraño, algo tenso, estaban solos sin nadie que los molestara, él le dijo que lo llamara por su nombre y también comenzaba a hacerle confesiones. ¿Qué estaba ocurriendo con Henry Trociuk?

—¿Qué pensaba de mí? —curioseó Gloria.

—Que eras la amante de mi papá y que por eso te mantenía aquí.

—Me deja anonadada. Su papá era un excelente jefe y alguien muy amable.

—Sí, sí, Gloria, pero admito que fui celoso de él y de los demás trabajadores de esta empresa que están cerca de ti. Me gustas, Gloria.

Capítulo 11

Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.

La chica sentía que sus piernas se habían convertido en fideos hervidos que no la podían sostener. Eso que vivía debía ser un sueño. Suponía que todavía estaba durmiendo y eso de estar en la oficina nunca pasó. Sin embargo, ella correspondió a ese contacto con un pequeño apretón que significaba que estaba de acuerdo con el acercamiento. Luego sintió que una de las manos de Henry se posaba en su cintura. ¡Qué locura! Ella había tenido novios en el instituto, pero ninguno de ellos la había hecho sentir algo tan fuerte y ardiente dentro de sí.

Todo su cuerpo estaba envuelto en un montón de sensaciones desconocidas, pero muy agradables. No sabía cómo había pasado de odiar a Henry, a sentirse atraída por él. Todas las cosas que le había contado el señor Trociuk sobre su hijo, habían dejado en ella una pésima imagen y los primeros días de él en la empresa tampoco habían sido muy buenos ante los ojos de Gloria. No obstante, ahí estaban los dos, propiciando un acercamiento, al menos él lo hacía, porque ella solo se dejaba llevar.

Para Henry no era difícil acercarse a Gloria. Ya había dado el primer paso, y si retrocedía, las cosas serían muy malas y él perdería la oportunidad maravillosa de tener a la chica con él. Le estaba permitiendo el acercamiento y eso era muy bueno.

Con esa mano atrevida, quería acariciar un poco el molde de su cintura.

—Desde que mi papá murió las cosas no han sido fáciles, Gloría. Lo único deseable que tengo eres tú.

—Deberías regresar a la universidad y continuar tus estudios. El señor Trociuk siempre aprovechaba el tiempo para hablar mal de ti —dijo Gloria que colocó su mano libre sobre el pecho de él, como para detener su avance, aunque en realidad, era para tocar un poco de su cuerpo.

—Lo he pensado mucho y estoy indeciso. Tengo muchas dudas y mi cabeza está llena de preocupaciones. Ahora mismo lo que deseo es estar tranquilo y, de cierta manera, tú me das tranquilidad. Eres eficiente y siempre predispuesta a ayudar. Tengo un gran equipo de asesores...

—Pero el saber no ocupa lugar. Lo mejor es que sepas a la perfección lo que pasa en la empresa que es tuya. Sé que esta parte del grupo no está muy bien. He hablado con las secretarias de las otras gerencias del conglomerado y me lo han dicho.

—Las otras unidades están trabajando bien. Esta es la que debe salvarse y no sé cómo, aún no lo sé.

Él soltó la mano de Gloria y colocó su mano libre junto a la otra, en la cintura de ella. No quería acordarse de tonterías si estaba en un momento feliz.

La miró a los ojos y después acercó sus labios a los de Gloria para pegarlos y perderse en el primer contacto de muchos que quizá tendrían.

Cuando comenzaron a besarse, Gloria sintió que todo su cuerpo palpitaba de emoción. Ya no sabía si estaba viviendo en un sueño o era la realidad más satisfactoria del mundo. Le encantaba sentir sus labios pegados a los de Henry. Su lengua era traviesa y se metía en su boca para liarse con la suya. Ella por suerte ya sabía besar gracias a los novios que había tenido. Con Henry no sabía lo que terminaría ocurriendo. Eran muy distintos y no sabía si una relación así pudiera prosperar al menos un tiempo.

Los dos parecían devorarse al abrir sus bocas. Estaban hambrientos gracias a esa atracción que los llevaba en ese momento a perder la cordura.

El teléfono del lugar de Gloria comenzaba a sonar con insistencia, por lo que Henry tuvo que separarse de ella para que pudiera contestar.

Gloria cogió el teléfono del escritorio de Henry y estiró la llamada. Quien la llamaba era el guardia, para avisarle que el pedido del café estaba ahí.

—El café ha llegado —contó Gloria que tenía los labios rojos a causa de la pasión con la que se habían besado.

—Ve a traerlos... espera. —Henry quitó unos dólares de su billetera y se los entregó a Gloria para que pudiera pagar.

—Ahora voy...

Cuando Henry vio que ella salía de la oficina, él colocó su mano derecha en su frente y comenzó a cuestionarse lo que estaba haciendo. Se decía que debía concentrarse y que Gloria era un problema, pero su atracción por ella era tan fuerte que no quería negarse a tener un buen rato. Además, le serviría de motivación para ir a trabajar. Sus amistades no eran una opción en esos tiempos, porque lo distraían con fiestas. En cambio, Gloria tenía sus pies en la tierra y trabajaba con eficiencia. Consideraba que podría tener todo lo que le gustaba en un solo lugar.

Ella fue hasta donde estaba el guardia, pagó por el pedido y regresó hasta la oficina para entrar de nuevo a la boca del lobo. Su parte racional le decía que nada bueno podía salir de una relación entre Henry y ella. Él no sabía lo que quería y era inmaduro, aunque en la inmadurez coincidían ambos. Gloria recién atravesaba el primer año de su carrera y no sabía qué le deparaba el destino. En ese momento solo estaba viviendo lo que su atracción le pedía. Al menos ya dejaría de imaginar cómo besaba Henry, lo sabía y le encantaba.

Capítulo 12

Gloria comenzó a poner lo que había traído el delivery sobre el escritorio de su jefe, aquel que momentos antes había devorado su boca.

—Emm... aquí está el desayuno —dijo avergonzada al verlo.

Henry se acercó al escritorio, pero hacia el lugar en el que estaba ella y la rodeó.

—El desayuno se ve muy bien, pero no más que tú, Gloria.

Ella dio un respingo y pasó al otro lado del escritorio y rio con nerviosismo.

—Se te enfriará el café, Henry —alegó la joven.

—Mientras que no seas tú la que se enfríe, estaremos bien.

La joven siguió sonriendo y prefirió agarrar el vaso descartable de café para llevárselo a los labios e intentar no pasar tanta vergüenza.

A Henry le gustaba jugar con Gloria y verla sonrojada. Sabía que entre ellos podría salir una buena aventura en la empresa, eso le ayudaría a dejar de quebrantarse tanto. Estaba enfocado en sacar adelante el negocio, pero también quería consentirse un poco. Podría mezclar trabajo y pasión en un mismo lugar, era el jefe, ¿qué más podría pasar si se trataba de algo de mutuo acuerdo? Además, ella era mayor de edad.

Después él se acercó a ella para beber el café.

—Si por la tarde estarás ocupada, ¿qué te parece de noche? Te invito a cenar... —habló Henry, decidido a conseguir una cita.

—¿Algo como una cita? Nunca tuve ninguna cita. Como mucho iba al cine con mis amistades y después a comer unas hamburguesas.

—Sí, una cita, Gloria.

—No lo sé, debo preparar a mis padres, no creo que quieran que salga con mi jefe.

—Y menos si les has hablado mal de mí.

—Exactamente. ¿Y si quedamos para la próxima semana? Así tengo toda esta semana para hablar bien de ti y convencerlos de que no eres un haragán despreciable.

—¿Sabes que debería despedirte por esas palabras?

—Sí, pero tú empezaste con el *sincericidio*.

—Está bien, soportaré una semana para salir contigo y lo haré solo porque sé que te veré toda la semana.

—Si no se te antoja faltar... —dijo bromeando.

Los dos comenzaron a tomar el café en compañía de un par de masas dulces.

Henry se sentía como todo un jovenzuelo de dieciocho años cuando conversaba con Gloria y no era porque ella fuera a hablar como niña, sino que él se sentía emocionado como uno. Ese era el valor que tenía la conquista, la adrenalina que le daba tenerla con él, sabiendo que ambos se gustaban.

Al acabar con el café y los bocadillos, Gloria cogió sus cosas para poder retirarse. Era tiempo de regresar a su casa.

—Me tengo que ir —comunicó Gloria.

—Te dejaré ir porque tienes cosas que hacer, pero no te escaparás el próximo sábado —habló Henry que se acercó a ella y se apoderó de sus labios otra vez.

Sus lenguas volvieron a encontrarse en aquella fiesta de atracciones que sentían. Como otros que querían besarse por mucho rato hasta que ambos se gastaran, era lo normal después del primer flechazo. Ellos ya habían confesado sus pensamientos y emociones con respecto al otro. No existían secretos, estaban al descubierto y solo les quedaba explorar lo que sentían para saber si eso estallaría en algo bueno o sería algo pasajero.

Cuando se separaron, ella continuó su camino hacia el ascensor. Trataba de disimular su cara de felicidad, al abrirse la puerta, Gloria entró en él y echó un último vistazo a Henry antes de que las aberturas metálicas se deslizaran para cerrar.

Reflejada en el espejo cerró los ojos y sonrió de oreja a oreja, emocionada por aquel encuentro. No se había imaginado que algo así pudiera pasar. Se le estaba cumpliendo un sueño y ella no lo podía creer. Podrían ser coincidencias de la vida y dependía de ella aprovechar la oportunidad.

Se sentía en una nube de felicidad. Ser correspondida era lo mejor que le podía ocurrir a cualquiera y por eso no podía contener su emoción.

Al bajar del ascensor se despidió del guardia de la entrada y fue a buscar el vehículo de su madre. Se subió en él, giró la llave y encendió el aire acondicionado. Dejó a un lado su mochila y golpeó sus manos llena de felicidad, como si fuera una niña con juguete nuevo. ¿A quién se lo contaría? Obvio, a su amiga Mary. Ella no trabajaba y solo se dedicaba a estudiar, pero cada cierto tiempo se reunían los sábados para comer algo. Las dos no tenían ningún novio que les perturbara la vida, aunque sí siempre existía algo o alguien del cual hablar bien o mal.

Una vez que recuperó la compostura, pudo poner en marcha el vehículo para regresar a su casa. Durante el trayecto no pudo dejar de pensar en lo que ocurrió entre ella y Henry. La sonrisa que tenía en la cara no desaparecía con nada, ni siquiera con las personas que iban lento en el tráfico y que con frecuencia le ponían los nervios de punta. Ese día era maravilloso, único y perfecto. No cambiaría nada de él, ni siquiera las maldiciones que había dicho camino al trabajo. Gracias a Dios o al Diablo que se le había ocurrido mentir. Fue muy afortunado.

Dejó el automóvil parado frente a su casa, cogió su mochila y la colocó sobre su hombro.

—Me dijo tu mamá que «el insufrible» fue a la oficina —comentó su papá, sentado con su periódico del sábado.

—El insufrible es mi jefe y es alguien bueno.

—¿Desde cuándo? ¿Te golpeaste la cabeza, Gloria? Todos los días te pasas hablando pestes y culebras de él y ahora resulta que es un santo.

—No es un santo, pero no es tan malo como yo pensaba...

Ella tenía la difícil tarea de limpiar el nombre de Henry que la misma Gloria se encargó de ensuciar. Lo hizo porque en aquel entonces, el mismo señor Trociuk, padre del nuevo jefe, no había dejado de maldecirlo, era un hecho que ese hombre murió porque su hijo lo decepcionó y eso lo sabían sus padres. ¿Cómo les diría que él le había invitado a salir?

Capítulo 13

Para Gloria ese sábado era el mejor día de su vida. Se había besado con su jefe, salió con su madre a hacer unas compras y ella le compró ropa nueva para que saliera la próxima semana con Henry. Pese a las cosas malas que había dicho de él, le explicó a su madre que estuvo equivocada sobre el comportamiento malicioso de él, solo era un hijo de papá que lo había perdido y que estaba desorientado sin saber hacia dónde ir.

No le dijo a su mamá para qué usaría la ropa nueva, se lo diría la próxima semana para que la dejara salir con su jefe. Sabía que sería una hazaña poder lograr eso, aunque haría lo posible por conseguirlo.

—Hola, Mary —saludó Gloria por el teléfono. Ella se acostó en la cama para poder llamar a su amiga.

—¿Qué haces, Gloria? —respondió Mary.

—¡Tengo algo que contarte!

—¿No podías hacerlo por mensaje?

—No, porque me duelen los dedos. ¿Recuerdas a mi jefe?

—¿Al viejo?

—No, a su hijo.

—Ah, sí. ¿Qué pasa con el haragán?

—Resulta que el haragán quiere salir conmigo en una cita... ¡Una cita! ¡Te lo juro, Henry es guapísimo y besa...! ¡No tienes idea!

—¡Cómo! ¿Dijiste que besa?

—¡Sí, oíste bien! Hoy nos besamos en la oficina.

—O sea, ¿tienes un lío con él en la oficina? ¡No mientas!

—No sé qué tenemos, pero empezó hoy y no sé qué hacer, ni cómo decirles a mis padres que saldré con él la próxima semana.

—Te cuestionaría si fuera uno de tus papás, porque, ¿quién sale en una cita romántica con el energúmeno haragán que tiene de jefe?

—Ya no es un haragán. Trabaja mucho para cuidar su patrimonio, ya se dio cuenta de que las monedas no se dan en los árboles.

Las dos chicas comenzaron a carcajearse.

—Fue un duro revés para el niño mimado. Espero que me cuentes mucho más de esto. ¿Y qué harás si quiere llevarte más allá?

—¿Cómo es eso de más allá?

—A un cuarto de hotel o a su departamento. Para hacer chanchadas.

—¡No digas eso!

—Pero eso hacen los que se lían en la oficina. Jefe y secretaria. Un clásico de la literatura erótica. ¿No has leído los clichés?

—No tengo mucho tiempo para leer nada de eso y tampoco sé cuáles son los clichés.

—Tú y tu jefe son un cliché. Es la típica relación de oficina, jefe y secretaria. Tendrán sexo desenfrenado y después jamás podrán olvidarse, se casarán, tendrán hijos, pero antes vivirán situaciones tormentosas. ¡Fin!

—Te has hecho una película al estilo Hollywood.

—De bajo presupuesto...

—Ni siquiera somos novios.

—¿Cuánto apostamos? ¿200 dólares?

—¿Qué quieres? ¿Dejarme sin mi salario?

—Como si fuera que te hace falta. Tus padres te dejarán una buena herencia.

—¡Oye!

—¿No te animas a apostar?

—Estoy segura de que no me obligarás a romper mi hucha.

Las dos siguieron conversando hasta que el móvil les terminó haciendo arder las orejas.

A Gloria le resultaba difícil dejar de pensar en ese día maravilloso que pasó en la oficina, aunque también debería a comenzar a considerar cómo vería a su jefe el lunes cuando fuera de vuelta al curro. ¡Ay, no! ¡Qué vergüenza!

Durante su fin de semana en que intentó ayudar con la limpieza de la casa, no pudo dejar de sentirse emocionada, para ella la oficina tendría un ambiente distinto con su jefe.

***

Después de trabajar durante un par de horas en la oficina ese sábado, Henry regresó a su casa para poder descansar y concentrarse en otras cosas distintas a la empresa que lo tenía muy agobiado.

Lo único que le daba consuelo era Gloria. Ella hasta resultaba ser alguien que le daba paz y tranquilidad, ya que sabía cada paso que había dado su fallecido padre y eso le ayudaba a conseguir estrategias para seguir el camino de salvamento. Gloria no solo era bonita e inteligente, era joven y bella, muy tentadora. No estaba acostumbrado a mantener relaciones con mujeres más jóvenes que él, al menos no tan jóvenes, sabía que ella aún no llegaba a los veinte años, pero le gustaba mucho.

Su móvil particular no lo había visto en casi todo el día, se le había olvidado por completo. Cuando no estaba trabajando, pensaba en descansar o en distraerse. Era probable que tuviera

algún mensaje en el que lo invitaran a alguna discoteca o a cenar entre amigos. Muchas de sus amistades no se ocupaban de las empresas o negocios familiares, de hecho, él había sido de esa clase antes de que todo el peso de la estructura cayera en sus hombros. Debía evitar la caída de esa empresa del conglomerado o sería algo dramático para el resto del grupo. Estaba enfocado en eso y también en intentar que los otros hijos no reconocidos de su padre se alejaran, ya que sobrevolaban su herencia como buitres.

Cuando revisó su móvil, en efecto tenía una invitación para ir a una salida en grupo.

Durante esa noche quizá bebió como nunca. Menos mal que él no conducía o tal vez estaría muerto, ya que no podía mantenerse en pie. El chofer de su madre lo había ido a buscar, puesto que le dejó instrucciones para que lo hiciera.

El domingo había pasado el día durmiendo y solo se despertó prácticamente para ir al trabajo el lunes.

Bostezando y con el ánimo en el piso, salió de su casa sin ver a su mamá, pues ella al parecer ya había salido. Henry estaba tan dormido que no se dio cuenta que estaba atrasado al menos dos horas.

Condujo hasta la oficina y estacionó su vehículo con prisa.

Gloria había llegado como siempre muy temprano a la oficina, pero su jefe no había llegado, eso significaba que Henry estaba más crudo que un pan fuera del horno. Siempre que estaba de esa manera, tardaba mucho en ir.

Al mirar hacia el ascensor, se dio cuenta de que él estaba saliendo de ahí. Caminaba a largas zancadas con su maletín en la mano.

—Henry... —Lo llamó Gloria al ver que él la ignoraría.

—Gloria... —respondió con rapidez.

—Te llevo un café.

—Que sea uno muy fuerte.

Capítulo 14

Gloria siguió observando a Henry que no parecía estar en el mundo de los vivos, más parecía estar del otro lado. Se apresuró a colocar el agua en la máquina del café y también el propio café molido.

Le desesperaba ver que el líquido casi negro caía con lentitud. Como la secretaria de Henry, ella sabía que lo más probable era que hubiera ido a una fiesta el sábado. Ya había visto en ese estado, no era nada nuevo, aunque lo novedoso era el beso que se habían dado, ¿sería posible que se olvidara del momento que habían compartido? Al pensar en eso se sonrojó y comenzó a sentir vergüenza de tener que presentarse ante él. Lo más lógico que podía hacer era fingir demencia y que nada había pasado el sábado.

Una vez que terminó de escurrir el café, lo endulzó y colocó en una bandeja con una servilleta y una cuchara pequeña. Metió aire en sus pulmones y trató de caminar tranquila para que sus tacones no terminaran haciendo que estampara su rostro en el suelo.

A través de los vidrios de la oficina, lo distinguió tratando de acomodarse. Lo vio suspirando y tomándose pequeños segundos para recuperar energía o tal vez para pensar un poco.

Abrió la puerta despacio y caminó con un poco de dudas hacia el escritorio. Se colocó junto a él y bajó la bandeja.

Al percatarse de la presencia de Gloria, Henry se abrazó a las largas piernas de su secretaria.

—Gloria, siento que me voy a morir. Pide que me traigan algo para la resaca —mandó.

La chica se sorprendió y comenzó a mirar hacia fuera de la oficina. No quería que los demás empleados la vieran en esa situación, ya que los cotilleos no cesarían y ella sería la única perjudicada.

—Te compraré algo para eso, pero no podré hacerlo si no me sueltas.

—No quiero hacerlo. Eres un ángel que me salvará.

—¿Fuiste a una fiesta?

—Sí, me escribieron unos amigos.

—Recuerda que tú eres un hombre de negocios y no deberías tomar hasta perder la conciencia. ¿Dónde está tu sentido de la responsabilidad?

—No me regañes, Gloria. Lo importante es que vine al trabajo. Estaré al pie del cañón vivo o muerto, ¿cumplo o no?

—No sirves como un zombi. Hubieras venido después del mediodía. ¿Quién podría cuestionarle algo como la hora al dueño de la empresa?

—¿Promueves que sea un haragán?

—No, pero no sumas trabajo. Además, no eres un empleado común como cualquiera de

nosotros que no puede faltar al curro.

—Es que quería verte —dijo Henry, condescendiente—. ¿No olvidaste que tenemos una cita el sábado?

—No, no lo olvidé. Ahora es mejor que tomes el café y me sueltes. Los demás pueden vernos y murmurar sobre nosotros. Llamaré a una droguería.

—¿Qué haría sin ti?

—Tal vez hacer las cosas mal —habló en tono burlón.

Él tuvo que dejar ir a Gloria. Con su sentido del humor y responsabilidad había logrado levantarle el ánimo. Ahora debía levantar su espíritu con ese café que se veía bastante fuerte.

Ella le sonrió antes de salir de la oficina y él no pudo resistir observar su figura esbelta cuando se retiraba. Al menos eso lo animaba en ese instante en que tenía una resaca larga. Debía evitar tomar hasta el agua del florero cuando salía. No hacía falta, mas en ocasiones no olvidaba su vida de fiestero empedernido. Lo mejor que podía hacer era dejar esas amistades de lado y enfocarse en gente que lo favorecería. Gloria le estaba sirviendo en muchas cosas, hasta como una perfecta distracción.

Gloria llamó a una droguería para pedir casi todo lo que tenían para la resaca. Ella ni siquiera sabía qué había, ya que no estaba acostumbrada a tomar en exceso y tampoco el padre de Henry acostumbraba a eso. Lo único que bebía era whisky, pero de forma escasa.

Una vez que el delivery llegó y le entregó el pedido, Gloria regresó junto a Henry con prisa porque algunas personas usarían la sala de juntas y ella debía encargarse de poner en condiciones lo que se emplearía, como los proyectores y otras cosas.

—Aquí está todo. Las indicaciones están en las cajas —declaró ella sacando uno a uno lo que necesitaba su jefe.

—Léelas por mí, Gloria. Ahora estoy viendo unos pendientes. Debo dar muchas explicaciones a nuestros clientes.

—Veré la opción más completa, pero lo haré rápido, la sala de juntas me espera.

—¿Quién es más importante? ¿La sala de juntas o yo?

—La sala de juntas la usarán ustedes.

—Ah, es cierto. Espero que salga algo bueno de ahí, de lo contrario, si perdemos a nuestro cliente más grande... Podemos cerrar esto y tendré que despedirte y no quiero eso, Gloria.

—Entonces hay que hacer lo mejor posible. Esta es la pastilla correcta —aseguró y se la dejó en el escritorio antes de salir otra vez.

Al regresar del almuerzo, Gloria vio que Henry no salió sonriente de la reunión que mantuvo con el cliente. Tenía miedo hasta de ir y preguntarle lo que había pasado, pero no hizo falta, él salió de su oficina con prisa.

—¿Has almorzado, Gloria? —preguntó.

—Sí, hace rato. Ahora espero que llegue la hora.

—Me iré a almorzar y te pido que envíes un correo a los gerentes, tendremos que hacer algunos ajustes al plan. Ah, y ya no quiero saber nada de los asesores.

—Pero...

Quedó con el pero atorado en la garganta, definitivamente Henry no conversaría de eso con ella. Le tocaría enviar varios correos que no serían algo bueno al parecer.

Un par de horas más tarde, Henry regresó a la empresa y no había suavizado su cara.

—Pídeles a todos que vayan ahora mismo a la sala de juntas.

—Sí, ¿está todo bien? —curioseó temerosa.

—Te enterarás después...

Esas palabras la dejaron un poco desanimada, pero no tenía tiempo de eso, se trataba de levantar el teléfono y hacer correr la pólvora por cada departamento de esa empresa. Lo que sí suponía era que daría una mala noticia.

Capítulo 15

Después de que Henry reuniera a todos los gerentes a la sala de juntas y también al contador, Gloria estaba muy pendiente de todo. Había preparado una gran cantidad de café y un par de galletas que pidió por el delivery.

Mientras esperaba el resultado de aquello, buscó en el ordenador un par de plantillas que el padre de Henry le había proporcionado. Todas ellas tenían un momento específico para usarse. Los asesores en esa empresa eran algo convencional, por lo que tenía ahí las palabras correctas para cancelar el servicio.

—¿Has sabido algo? —preguntó la asistente contable.

—No, cada vez que entro están callados. Mi jefe me ha pedido que no continuáramos con las asesorías. Todo eso fue después de que uno de los clientes principales saliera.

—¿Crees que la televisora...?

—Espero que no nos quitaran las posibilidades de hacer las publicidades.

—Por si acaso enviaré mi hoja de vida a algún otro lugar. Mejor salir antes que el barco se hunda, hay cuentas que debemos pagar. No heredaremos la empresa, Gloria —pronunció la chica que después siguió su camino con una sonrisa en su boca.

Evidentemente, Gloria tampoco permanecería muchos años ahí, pero le preocupaba lo que ocurría, ya que los puestos laborales de otras personas estaban en riesgo. Ella no tenía necesidad de trabajar, pero sin dudas quería conocer lo que era el mundo en el cual le tocaría estar. Sus padres habían escalado para llegar a ser lo que eran en ese momento. No eran grandes herederos, aunque Gloria sabía que heredaría muchas propiedades y dinero de sus padres gracias a sus años de trabajo y también a las inversiones y seguros que habían contratado. Sin embargo, no por eso ella podía vivir la vida loca y olvidarse de que debía forjarse para llegar a ser alguien por su cuenta.

La reunión de los gerentes terminó en un silencio sepulcral y cada uno de ellos regresó a su sitio. Cuando Henry salió, tampoco la había mirado, pasó de largo sin mucho que decir y era preferible que no preguntara ni dijera nada. Lo mejor era limitarse a lo que le podía pedir.

Llegó la hora de ir a la universidad y Gloria salió como todos los días para coger el bus que la llevaría hasta ahí. Estaba en la parada, esperando a que viniera la línea que la llevaría, mas el lujoso vehículo de su jefe paró frente al lugar.

—Te llevaré, Gloria —dijo Henry, haciéndole un movimiento con la mano para que se apresurara a subir.

Las demás personas que estaban ahí la miraban como si ella estuviera perdiendo el tiempo ahí sentada sin subir al automóvil. Se apresuró para que no siguieran mirándola. Subió al coche de Henry y se sentó en el asiento del acompañante, un poco cohibida, pues no habían conversado después de que él tuviera un mal día.

—Gracias por darme una mano —agradeció la chica.

—¿Vas a la universidad o a tu casa? —preguntó Henry para despejar su mente.

—A la universidad...

Después de responder eso, ninguno de ellos continuó hablando. Henry daba por sentado que sabía la dirección exacta de su universidad y Gloria no quería molestar con preguntas. Desde que se convirtió en secretaria, entendió que los jefes no hablaban cuando no tenían ganas o que preguntar podría representar un mal momento.

—El cliente recortó el plazo. Pagará las penalidades del contrato, pero es algo malo, Gloria —contó Henry—, es malo para la idea de levantar la empresa. Contrataremos nuevos asesores y espero que con eso podamos levantarnos. No estoy seguro de que sea el tiempo de despedir, tendré que analizarlo de acuerdo con próximos informes. No he hablado en todo el día porque no sabía cómo tomar la situación.

—Estoy segura de que todo saldrá bien, eres capaz de hacerlo. De mi parte, hice lo que solicitaste para culminar el contrato de los asesores actuales.

—Tal vez sea precipitado, pero no quiero saber nada de ellos, no me han convencido de nada y tampoco pude convencer al cliente de que no se vaya con la competencia. Tengo la idea firme de retener a este e ir a por el otro pez, el más gordo.

—Tu padre estaría orgulloso al oírte. El interés que tienes en la empresa es algo inaudito.

Henry colocó su mano sobre una de las piernas de Gloria y la acarició.

—Sabes subir la moral, Gloria. ¿No prefieres salir conmigo esta noche? Necesito despejar mi mente y tú logras que me sienta tranquilo.

—No puedo hacerlo, mi padre me buscará a la salida de la universidad. Si sabe que no he ido, pegará el grito en el cielo. Además, saldremos el sábado.

—Ufff... Recién el sábado... —farfulló.

—Tú pusiste el día. No puedes cambiar mis planes de la semana. Soy organizada y responsable.

—Está bien, pero te escribiré.

—¡Oye, es aquí! ¡No te pases! —expresó Gloria, exaltada, al ver que pasaban la entrada de la universidad.

Él paró el coche para que ella pudiera bajar.

—Te veré mañana... —se despidió la joven, pero Henry cogió su mano—. ¿Qué?

—Dame un beso, Gloria...

Gloria rio y le dio un beso que ella quiso que no fuera largo, pero que terminó siendo más profundo de lo deseado, ya que Henry no solo acarició sus piernas, sino también subió hasta llegar a la zona de sus pechos para apretarlos con fuerza, al igual que cambiaba de lugar para apretarla ahí abajo. Eso ya eras más de lo que ella podía tolerar, pues no estaba acostumbrada a que le acariciaran partes de su cuerpo en un coche y menos frente a la casa de estudios que debía

respetar.

—Henry, debo irme —habló ella que se separó con premura de él.

—Te veré mañana...

—Adiós...

El jefe de Gloria miró por el espejo como la joven caminaba hacia la universidad y en el trayecto se encontró con una chica y un chico con los cuales comenzó su caminata. No le gustó ver a ese joven cerca de ella, pero no podía volverse loco por una tontería. Tenía un negocio que estaba a punto de caer en la quiebra. Había más cosas por las cuales preocuparse.

Capítulo 16

Tanto para Gloria como para Henry la semana pasó volando y habían llegado al día tan esperado: el sábado. Conversar en el trabajo se convirtió en una terrible odisea, puesto que él estuvo muy ocupado entre reuniones con nuevos postulantes a asesores y con los demás gerentes. Esperaba que esa noche pudiera decirle lo que había ocurrido en la semana. Se moría por saber la información confidencial que manejaban los altos mandos.

Ella aún no les había dicho a sus padres que saldría con su jefe. Gloría le había pasado su dirección a él para que pasar a buscarla. Consideraba que lo mejor era vestirse preciosa y esperar.

Se colocó un jean en color celeste con algunos hoyos discretos, ya que a su mamá no le gustaba que anduviera con cosas demasiado cortas y llamativas si saliese a cenar. También vistió una blusa en color fucsia con algunos brillantes en el pecho. Era algo escotado, pero no tan indecente, al menos ella suponía eso.

—¿A dónde vas tan arreglada, Gloria? —preguntó su mamá en tono suspicaz—. ¿Irás a bailar con algunas amistades?

—Mmm... Voy a salir con alguien, un chico, mamá.

—¡Hace mucho que no había nadie interesante en tu vida! ¡Querido, Gloria tiene noticias!

El papá de Gloria que estaba viendo la televisión en la sala, escuchó lo que su esposa dijo. Apagó el televisor y fue hacia donde ellas conversaban.

—¿Es alguien del trabajo? —curioseó el papá sin querer perder el control con celos tontos por su hija.

—Sí, es alguien de ahí.

—Espero que eso no te traiga problemas en lo que respecta al curro.

—No, papá, porque saldré con el dueño, con mi jefe.

Sus padres quedaron estupefactos al oírla decir eso.

—¿Cómo que el queso agrio, el vago, el sinvergüenza, el aprovechado? —cuestionó el señor Roberts.

—Es una larga historia. Estábamos hablando y resulta que nos agrada estar juntos y queremos salir un tiempo indeterminado.

—Gloria Roberts, no puedo creer que te involucres con tu jefe. No estoy de acuerdo. Para ti puede parecer una faena impresionante, pero eso no terminará bien, te despedirá cuando le molestes. El asunto de ser despedida no es lo más importante, sino que quedes muy decepcionada de estar con ese tipo.

—Mamá, solo saldremos a cenar, nada más.

—Te llevaré y esperaré a que salgas.

—¡Papá, tengo casi veinte años, no puedes avergonzarme así!

—Ese hombre tiene mucha más edad que tú y no entiendes. Te verá la cara de tonta, Gloria. Quisiera encargarte que te cuides, que no vayas con él a ningún lugar —siguió el padre, molesto. Lo que había empezado como un simple juego se ponía grave.

—No estamos en tus tiempos, papá, este es el siglo XXI, ¿sí? No haré nada malo, solo quiero cenar con Henry.

Gloria tenía las mejillas coloradas por defender su salida con el hombre del que había hablado mal durante meses. La próxima vez debía ser más discreta.

—Te llevaré y es todo —sentenció el señor.

—Él vendrá a buscarme. Por favor, no le hagan pasar vergüenza. Siempre hablo bien de ustedes.

—Al menos de nosotros... El problema es que has echado pestes y culebras sobre el tal Henry Trociuk y ahora resulta que es tu queridito. No es la forma de presentarnos a un noviecito, Gloria —reprochó su mamá.

—Ni siquiera somos novios, nos estamos conociendo mejor. Es cierto que he hablado mal de él, pero es porque no lo conocía. No es del todo como se mostraba, es alguien especial, inteligente y se está esforzando para que la empresa salga a flote. ¿Qué les parece si le dan una oportunidad como se la estoy dando yo?

—¿Y qué tal si te ganas la confianza de tus padres diciéndonos antes lo que tenías pensado hacer? —interpeló su progenitor.

—Es que lo estuve pensando durante toda la semana, pero no me atrevía a hacerlo, debido a que he sido artífice de que ustedes tengan esa imagen de él.

—La próxima cuida tu lengua, porque puede ser tu peor enemiga como en este caso. No estoy de acuerdo con esta salida, definitivamente no.

El padre de Gloria no estaba convencido de que su hija tuviera que salir con el jefe. Esa era una situación compleja y delicada que no era correcta por muchas razones. Mezclar dinero y placer no era algo inteligente por parte de los dos. Él suponía que Gloria solo sería la distracción para ese hombre por un tiempo hasta que lo deseara y después la desecharía una vez que la situación en la empresa fuera incómoda e insostenible, pero esa chica no quería entender que él era la voz de la experiencia, ella debía cometer sus propios errores y que estos le dolieran mucho para poder aprender algo.

Convencer a su padre de que no se metiera en el asunto entre ella y Henry era casi una misión imposible. Era evidente que no la quería ver cerca de él incluso sin conocerlo. Después de unos minutos en que siguió respondiendo preguntas, llegó un mensaje a su móvil, era Henry que le informaba que estaba esperándola fuera.

—Si no quieres que te lleve, es mejor que vayas en mi camioneta, tiene rastreo satelital —dijo el papá de Gloria que no podía dejarla ir.

—No le diré que no puedo ir con él. Me voy... —Ella besó a cada uno de sus papás en la

mejilla antes de salir por la puerta delantera.

Henry salió de su vehículo para esperar a Gloria. Por más que prefería no dejar la comodidad de su camioneta, él prefirió ser visto para que no creyeran cualquier cosa. Esa joven era su responsabilidad en ese momento y como todas las cosas malas que ocurrían en el país, no quería que los padres de ella desconfiaran de él. No era el más digno de los varones, pero no tenía malas intenciones, solo quería pasarla bien con Gloria, que ambos se divirtieran, ya que tenían mucho *«feeling»*, una gran conexión que no era únicamente el trabajo en equipo en el curro era algo que iba más allá de eso.

Capítulo 17

—Debo irme, Henry me espera fuera de la casa —dijo la chica antes de salir por la puerta.

—¿No va a entrar a saludar? Vaya sinvergüenza —masculló el señor Roberts.

—¡Papá! —respondió y salió.

—Iré tras ella

Su papá no podía quedarse dentro de la casa atorado con el nombre del tipo con el que su hija saldría por la noche, supuestamente a cenar, pero él tenía demasiados años sobre la tierra para saber en qué cosas terminaban esas salidas. Al menos quería ver la cara y la identificación del coche en que irían.

Henry vio que Gloria se acercaba hacia él y sonrió; sin embargo, su sonrisa desapareció al ver que alguien salía tras ella. Admitía que se sentía un poco intimidado por la presencia de quien él creía era el papá de la chica.

—Hola, Henry —saludó dándole un beso en la mejilla al percatarse que su papá le seguía el paso.

—Buenas noches —pronunció el señor Roberts que salió a la calle y extendió la mano hacia el joven Henry Trociuk que estaba vestido con un jean y una camisa que no estaba dentro del pantalón. No estaba mal vestido, iba de acuerdo con la etiqueta de los jóvenes de ese tiempo.

—Buenas noches —correspondió Henry que apretó la mano del señor.

—Ya nos vamos, papá —alegó Gloria, ansiosa. No quería ser avergonzada por él.

—Tú eres Henry Trociuk, el jefe de mi hija... Es un gusto conocerte.

—El gusto es mío. Tu hija es excelente en el trabajo, es muy responsable.

No sabía qué decir. Lo habían cogido sin repertorio. Llevaba demasiados años sin presentarse a la casa de una chica y hablar con algún papá, salvo el de sus amigas, que eran conocidos de muchos años.

Quería que se la tragara la tierra. Su papá no entendía que era bastante grande para entender las cosas. No era una perita en dulce para no comprender lo que ocurriría en la vida entre un hombre y una mujer.

—Es bueno ver con quien saldrá Gloria. Cuídense. Si no es mucha molestia, tráigala para la medianoche.

—Lo tendré en cuenta, señor. —Esperaba que esa respuesta compensara al padre de Gloria. Era evidente que se trataba de un hombre a la antigua poco confiado en el resto, tal vez fuera tan anticuado como su fallecido padre.

—Adiós, papá.

Al terminar de decir aquello, Henry entendió que la chica quería irse, entonces le abrió la

puerta del automóvil para que pudiera subir.

—Hasta luego —se despidió Henry para no quedar mal con el padre de ella. Cerró la puerta y fue con premura hacia el lado del conductor para poder emprender la marcha.

Al entrar, Henry notó que Gloria se encontraba con los brazos cruzados bajo el pecho, molesta y casi agraviada. Creyó que se equivocó en algo, pero a su parecer no hizo nada malo al corresponder al saludo de su papá.

Una vez que el vehículo comenzó a moverse, ella pareció aflojar los brazos y también los dientes.

—¿Te molestó que saludara a tu padre? —preguntó.

—No, Henry. Lo que me ha molestado es que él quiera meterse en mi vida de esta manera. Primero quiso avergonzarme al decirme que quería llevarme a nuestra cita, aunque al final logró su cometido de darme vergüenza. Lo imagino como un típico padre que comienza con una guerra de nervios para que su hija corte todo contacto.

—No me hagas reír, Gloria. Creo que tú papá hizo lo que debía, no me conoce. Por supuesto que es válido que desconfíe de alguien que quiere salir con su hija, yo desconfiaría de quien se lleve a mi retoño sin que lo conozca. Por lo que entendí al menos sabe que soy tu jefe.

—En parte es mi culpa. Si soy sincera, no he hablado bien de ti desde que te conozco. Eras un patán —aseguró Gloria al recordar al único Henry que ella conoció tiempo atrás y que distaba mucho del actual.

—Lo suponía. Vamos, que no eres la única que me ha tomado como botín de guerra en lo que se refiere a la opinión. Mi papá murió sabiendo que soy un desocupado, más bien, eso fue lo que le llevó a la muerte. Tú y yo sabemos que fui el último en verlo con vida ese día, después de pedirle dinero. Debí ser inteligente, pero la arrogancia pudo conmigo.

—Él ya estaba enfermo por todos los problemas financieros. No deberías culparte de su muerte, solo te compete honrarlo volviendo a la universidad y llevando la empresa a buen puerto. —Gloria se recostó en el brazo de él de una manera romántica.

—Es lo que hago. ¿A dónde quieres ir?

—No lo sé. ¿Te gusta la comida mexicana?

—¿Taco B?

—Uno de comida mexicana real. Mi papá odia comer en ese lugar porque dice que no es como en México.

—¿Quieres que te lleve a la frontera? Estamos muy lejos.

La chica rio por lo que acababa de decir él.

—No, te llevaré a uno muy bueno que conozco —dijo Gloria todavía entre risas.

—¿Y qué haremos después?

—Mmm... No sé. —Al responder ante eso Gloria se sonrojó. No sabía qué hacer después de

la cena, pero suponía que podrían estar a solas en el coche.

—Veremos qué hacer...

Llegaron hasta un restaurante mexicano en Seattle, que era donde ambos residían. Henry quería que Gloria estuviera cómoda para conversar.

Él la ayudó para entrar al local y lo hizo con las manos en la cintura de ella como si fueran novios, algo que no habían acordado ser, pero que era implícito dentro del lenguaje del inicio de una relación consentida. Tomaron asiento y se fijaron en el menú. Una vez que ordenaron, Henry se sintió más cómodo.

—No hemos podido conversar en la semana. Las cosas han estado tensas en la empresa —comentó Henry.

—Sí, lo sé. Has estado de reunión en reunión y no hemos tenido tiempo para nada. ¿Qué ocurrió con el cliente?

—Hizo recortes importantes en el contrato y eso representa un problema económico, no inmediato, pero si no solucionamos su inconformidad, puede ser la ruina. Tendré que declararnos en quiebra.

Capítulo 18

—¿Bancarrota? Escuché que tu papá hablaba de eso con algunos gerentes, pero no sé en qué términos.

—Él sabía que las cosas no estaban bien, por eso prefirió hacer oficina en la parte más débil del conglomerado de empresas Trociuk. No representará algo muy importante para el resto del grupo, pero no habla bien de nosotros como un gran conglomerado. Debemos ser líderes como antes, pero necesitamos nuevas ideas o perderemos mayor relevancia. El mundo de la comunicación está cambiando y debemos evolucionar. Con la existencia de las redes sociales, enfocarnos solo en la radio y la televisión sin la innovación suficiente, no nos ayudará.

—Es cierto.

—Con tantas agencias de comunicación en estos momentos con nuevas e innovadoras ideas, nos han sepultado con lentitud. El viejo modelo de negocios no funciona. Tendré que cambiar las cosas y mucho personal. Las personas idóneas quién sabe dónde se encuentren. Y si nada de lo que tengo pensado llegara a funcionar, no queda otra más que vender acciones o buscar un socio capitalista. Trociuk Holdings ya no invertirá recursos en algo que da pérdidas.

—Es la naturaleza de cualquier negocio. Tu padre le tenía mucho cariño a esta empresa.

—Sí, era como un desafío que comenzó bien, pero comenzó a fallar en algo.

—¿Y cómo está la señora Trociuk?

—Se ha ido a New York, dijo que necesitaba despejar su mente con unas compras. Se llevó la tarjeta dorada.

—Qué afortunada —dijo Gloria, sonriente, al imaginar la gran vida que se daba la mamá de Henry. Ciertamente, llevaban una vida muy lujosa y tenían muchos recursos para gastar.

—¿Y tus padres a qué se dedican?

—Mi padre es un directivo en un banco y mi madre trabaja en un ministerio...

—¿Puedes decirme en cuál?

—Es un asunto de seguridad nacional —bromeó.

—¿Qué haces trabajando de secretaria? Tus padres tienen buenas posiciones y no puedo decir más que cuando hay dinero se nota, Gloria. He visto que tienes el bolso de marca.

—Un regalo ostentoso de mi papá. No hay que hacerle caso. Trabajo de secretaria porque el dinero es de ellos y no mío. Quiero tener una vida lo más normal posible, no quiero ser de esas chicas agrandadas que quieren humillar a la gente, no es como me enseñaron a vivir. Debo admitir que entré a la empresa con un poco de ayuda de mi padre —contó avergonzada—. Tenemos un par de lujos, pero tampoco somos millonarios. Quiero preocuparme por mi futuro y quizá pronto crear una pequeña empresa.

—¿Sabes que le estás diciendo a tu jefe que piensas dejarlo?

—Tengo diecinueve años, creo que eso está un poco lejos. Dejé la preparatoria hace poco. Estoy juntando experiencia laboral.

—¿Cuántos novios has tenido?

—¿Eso es relevante?

—No, pero soy curioso.

—Pocos, amigos de preparatoria y nada más. Quisiera saber tus números, pero...

—Es mejor que no lo sepas. Tengo veintisiete años, no puedo andar solo por la vida mucho tiempo.

Esas palabras deberían representar una alerta para Gloria si buscaba algo serio, pero ella sabía que era temprano para juzgar.

—Interesante —pronunció ella que miró al mesero que llevaba las bebidas para que comenzaran tomando un poco de cerveza.

—Ya me conoces, Gloria. No soy el mejor. He estado metido en muchas cosas, creo que mi padre murió a tiempo.

—¿A tiempo?

—Sí, estaba abusando de las sustancias y eso solo podía llevarme a la desgracia. No tengo buenas amistades, son personas como yo, vacías por dentro, pero con los bolsillos llenos de dinero.

—Es por lo que tenías muy preocupado a tu padre.

—Sí. Él estuvo a punto de dejarme fuera de su testamento. Sabes que tengo hermanos que no son del matrimonio con mi mamá y han estado como tiburones rondando la fortuna. Ellos no merecen nada, ya él les ha adelantado lo que les correspondía de otra empresa ajena que tenía antes de formar empresas Trociuk, pero la codicia de ellos y la mía es ilimitada. No pienso darles nada.

—No puedo opinar, porque no conozco de esos casos, soy hija única.

—Tener medios hermanos es tedioso. Qué afortunada eres. —Henry cogió la botella y tomó un par de tragos de cerveza.

—No seas antipático con ellos, solo sé cordial.

—Hay cosas que no se dan en la universidad, Gloria, y una de ellas es la paciencia.

—¿Y cómo vas con el asunto de la universidad?

—Me inscribí, por el momento en clases virtuales, ya sabes, no he tenido mucho tiempo. Quizá cuando estabilice la situación regrese a un aula para estar entre personas a las que le llevó... ¿Cuántos?

—Ocho años.

—Ocho años. Toda una generación. Dirán que soy un anciano anticuado.

—No creo que se atrevan a decirlo cuando digas tu apellido.

—Tal vez. ¿Cómo te va con el periodismo?

—Es mi primer año. Creo que la carrera me gusta. Antes pensé en marketing o entrar a administración, pero no lo sé, me gusta leer y dije que en el periodismo aprendería mucho de los textos. En verdad no creo que una persona esté lista para escoger qué hacer toda la vida a los dieciocho años.

—Tampoco a los veintisiete, créeme...

Los dos comenzaron a sonreír a causa de lo que habían dicho y brindaron con sus cervezas. Un tiempo después el mesero les llevó lo que habían pedido.

Mientras comían, seguían conversando y conociéndose lejos de las oficinas de Trociuk. Era agradable que se conocieran y tuvieran tantas cosas en común. En aquel lugar podían charlar sin problema, podían besarse y ser un poco más demostrativos.

Al terminar de cenar, Henry se fijó en su reloj y pidió la cuenta.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Henry.

—No lo sé, solo estar contigo.

—Entonces te invito a conocer mi casa. Mi mamá no está y creo que te gustará poder conocer en donde vivo.

—Mmm... Mi papá dijo que debemos estar en mi casa temprano.

—No te preocupes, no fallaremos. Quiero mostrarte mi casa, yo conozco en donde queda la tuya, pero no conoces la mía. ¿Qué te parece?

A Gloria le gustaba la idea de estar a solas con Henry y la casa de él era el lugar perfecto para hacerlo.

Capítulo 19

Pagaron la cuenta del restaurante al que fueron y después salieron para ir a la camioneta y dirigirse a la residencia de Henry.

Por el camino que recorrían, Gloria pudo notar que estaban en una zona exclusiva de la ciudad, era evidente que si esa familia tenía empresas no vivirían en los suburbios, era una tontería pensar de esa manera.

Una mansión era más bonita que la otra, eso le hacía cambiar de opinión sobre las preciosas casas que había visto fuera de ese lugar.

Llegaron a una residencia tan bella como las anteriores y bajaron frente al lugar para entrar.

—Es una hermosa casa.

—Sí, un poco. Tiene cinco habitaciones, sala de cine, bar, como un salón de juegos, un comedor capaz de albergar a un pequeño país, la cocina es bastante amplia, hay oficinas, salones privados y arte... Mucho desperdicio si solo éramos tres.

—Quizá el señor Trociuk imaginaba a sus nietos por aquí.

—Mi papá no era tan bueno como crees, Gloria, por eso estaba viviendo en un departamento.

—Él era bueno, pero tú eras desobediente.

—Tengo casi treinta años, por supuesto que quiero hacer lo que me plazca, soy rico. Él estaba empeñado en que yo aprendiera cosas y no entendí las razones hasta que murió. Tal vez si lo hubiera apoyado para aprender él seguiría vivo, pero yo no hubiera aprendido la lección. Las cosas pasan por algo, supongo.

—Tal vez...

Henry hizo que los dos atravesaran la enorme casa hasta llegar a la parte trasera en donde tenían dos piscinas, una en un lugar climatizado y la otra al aire libre.

Gloria miraba todo con mucha expectación, ya que también distinguía una cancha de tenis y otras más que estaban bien iluminados.

—¿Cuántas veces juegas tenis en tu patio trasero? —preguntó Gloria con curiosidad.

—Pocas. Eso está ahí por si alguien quiere hacerlo. Últimamente no tengo mucho tiempo. Hoy quise salir para relajarme contigo, Gloria. La oficina es un lugar complicado para estar juntos, pero otros lugares y mi casa no lo son. Quiero aprovechar el tiempo antes de ir a Chicago.

—¿Qué harás en Chicago?

—Pienso ir a buscar oportunidades. Tengo parte de mis energías puestas en eso y la otra parte en ti. —Él se acercó a Gloria y se arrimó a ella para besarla y ella se contrajo acercando sus glúteos a los muslos de Henry. Ese era un gran error, pues se le había despertado el espíritu de querer acostarse con ella. Por la algo la había llevado a su casa.

—¡Me haces cosquillas en el cuello! —se quejó entre risas.

Él siguió haciendo lo mismo hasta que sus manos tomaron el control de la situación, una de ellas cogió a Gloria de uno de sus senos y el otro de sus piernas hasta llegar a sus partes íntimas.

Ella dio un respingo y quiso alejar la mano de él de su zona privada.

—No me digas que eres virgen, Gloria, porque difícilmente te lo crea —alegó con su voz cargada de deseo por ella.

—No lo soy, pero...

—Vamos a mi habitación...

—Mi papá dijo...

—Te llevaré, sin duda lo haré.

Estaba tentada a intentar disfrutar de lo que Henry quería ofrecerle. Era cierto que ya no era virgen, al menos no se consideraba así después de una aventura con un compañero en la preparatoria cuando tenía diecisiete. Le había dolido tanto que no pudieron continuar.

Acostarse con su jefe podría ser el peor error del mundo, pero él le gustaba tanto que quería intentarlo otra vez, sentía más excitación que susto.

Mientras iban hacia la segunda planta, se besaban y acariciaban. Las paredes eran testigos de cada choque contra ellos. La espalda de Gloria era víctima de los encontronazos duros no solo con el material, sino también con la entrepierna de Henry. Su miembro estaba a punto de asentarle un buen golpe en el vientre por el ahínco con el que deseaba introducirse en ella.

—Sueño con todo lo que te haré, Gloria —pronunció apasionado.

La respiración agitada y los gemidos no dejaban que Gloria se concentrara en nada ajeno a lo que era la sensación que la recorría. Su pelvis deseaba lo que Henry tenía para ofrecerle. Lo que estaba viviendo era algo tan primitivo y a la vez placentero.

Su acompañante abrió una puerta y las luces se entendieron automáticamente. Ellos pasaron a la cama sin darle mayor importancia al resto de las cosas. La pasión los arrastraba hacia la locura y lo que más deseaban era poder tener sexo.

Con el ardor quemando su pantalón, Henry primero se ocupó de desvestir a Gloria, porque necesitaba ver esa figura que cada día lo seducía en los pasillos de la empresa. Sus manos no eran suficientes para estrujar cada centímetro del cuerpo de ella.

—Henry... —logró articular en medio de tantas sensaciones que la recorrían como si fuera una carrera.

Él se quitó la camisa y la arrojó lejos e hizo lo mismo con su pantalón y eso que con dificultad intentaba sujetar a la bestia caliente.

La veía ahí, tirada en la cama con su figura desnuda, esperando a que él supiera qué hacer y Henry solo deseaba perderse en la sensación extrema de liberarse y librarse de esa tensión que lo envolvía cada vez que estaba cerca de Gloria.

—Te follaré hasta que no puedas caminar, Gloria. Es probable que pidas una baja un par de días después de esto.

—Lo veremos...

Aquello sonó como un atrevido desafío, pero estaba tan nublada por la pasión que no notaba que él la trataría como un trapo de cocina.

Acercó el miembro a su entrada y como si fuera la mujer más experimentada de América, arremetió contra ella con una fuerza devastadora.

Gloria sentía que perdería el útero a causa de aquel impacto. Una y otra vez entraba con fuerza y ella se agarraba de las sábanas como podía a la vez que gemía no solo por la molestia, también por el roce que le producía un extraño placer. Los gemidos de ambos combinados eran un sonido excitante e incitante.

Capítulo 20

Henry quería sentirse poderoso y olvidar sus preocupaciones con Gloria. Estar dentro de ella era algo igual que su propio nombre, se asemejaba a la gloria. Tan húmeda, estrecha y con ánimos de recibirlo, eso hacía que él utilizara toda su fuerza para lograr su placer, ya que estaba ansioso por hacerlo. Llevaba semanas deseando follarla hasta morir. Tenía mil cosas en la cabeza y Gloria representaba ese escape a la realidad, al estrés, a la pena de ser quien era. Un chico privilegiado, pijo, que jamás pudo encajar en la imagen que su padre había construido para él. Era solamente un hombre destruido por sus vicios, desobediente y caprichoso que intentaba preservar algo por culpa y por temor a que una empresa en bancarrota afectara al resto del grupo de donde provenía su fortuna.

Al oírla gritar y gemir agradecía que su madre no estuviera ahí, porque sería algo escandaloso, a él le excitaba mucho, mas a su madre podría darle un infarto verlo con la secretaria, con la que primero fue empleada de su esposo y en ese momento de su hijo. No sería gracioso pillarlo en una situación semejante.

—Grr... —gruñó Henry antes de alcanzar su placer.

Gloria sentía que se desvanecía por el roce del miembro de Henry con el suyo. Era una locura como deseaba separarlo para frenar la sensación de que estallaría en mil pedazos. Lo único que podía hacer era gritar y gemir para no perder el juicio. Cuando él cayó entre sus senos, sudado hasta la médula, ella comprendió que el sexo había terminado y como mucho se había limitado a no morir con lo desconocido. Era delicioso y pese a que Henry había acabado, Gloria tenía una sensación de desear orinar, algo había quedado atrapado en sus partes.

Él se hizo a un lado para recostarse junto a Gloria. Los dos respiraban agitados por el esfuerzo.

—Necesitaba esto, Gloria, ni imaginas cómo...

—Perdón por los gritos.

—Eso ha sido como gasolina en el fuego, ha hecho que me encendiera mucho más. —Henry con una mano comenzó a recorrer el busto de la chica que lo acompañaba. Ese descanso solo quería decir que estaba cargando sus energías para volver y abalanzarse sobre ella.

—Eres abusivo con eso. Recuerda que tienes que llevarme a casa —dijo entre risas. Se giró para verlo en el rostro y después lo besó, no con la intención de tentarlo, sino con el ánimo de ser romántica. Sin embargo, sintió que él se acercó a ella con el miembro erecto otra vez—. Henry...

—Podríamos probar otra posición. No soy de las personas que tienen sexo más de una vez, pero tú eres deliciosa.

Excitado como un animal, la levantó y la colocó a horcajadas sobre el colchón y después con un pequeño movimiento la empujó para el frente para que quedara dispuesta completamente para él. En esa posición el asunto duraría menos de un minuto, ya que con esa veía el cielo al instante.

La penetró con fuerza, sabiendo que ella seguía húmeda y no solo para la flora misma de su

intimidad, también por sus propios fluidos. La inyección de placer al solo entrar era fantástica, tanto que ya estaba frenético al empezar. Le azotó una nalga con fuerza y el movimiento violento no cesaba.

En esta ocasión, Gloria tenía la cara en el colchón, soportando las embestidas y oyendo el sonido del cuerpo de Henry chocando con el suyo. Eso la excitaba de una manera desconocida. Tener sexo era doloroso y placentero a la vez. Ese azote la había asustado, pero era parte del juego de la pasión. Eran reglas no escritas aún entre ellos dos que tenían una atracción que llevaba poco tiempo, al menos por parte de Henry, ya que ella estaba muy interesada en él, tal vez desde que lo conoció. El señor Trociuk hablaba muy mal de él y ella se acostumbró a tenerlo en mal concepto y eso se lo hizo saber a sus padres. Fue una mala decisión, pues gracias a eso desconfiaban de él.

Cuando sonido se hizo más constante y los golpes menos espaciados en el tiempo, Gloria sabía que él acabaría pronto y la dejaría con sus partes convertidas en una taza con líquido hirviendo. Como la última vez, lo escuchó gruñir y en esa ocasión no se recostó con ella, sino que fue hacia otra habitación que era su enorme baño. Ella se quedó en la cama y se propuso ponerse de pie. Al hacerlo, sintió que algo asqueroso recorría sus piernas. Era mucho líquido transparente.

—Creo que quien en realidad necesita un baño soy yo... —se dijo Gloria que fue hacia el baño y vio a Henry parado cerca del inodoro. Estaba haciendo sus necesidades.

—¿Vendrás conmigo a la ducha?

—Si no me harás nada más...

—¿Ya me tienes miedo? Espero que lo tengas mucho tiempo, porque yo te he cogido gusto, Gloria.

—A mi papá no le gustará escuchar eso.

El agua comenzó a salir de la ducha enorme y plateada.

—Ven, acompáñame.

Ella fue caminando hacia ahí y se metió al agua sin mojar su cabello.

—Si ven que llego con el cabello mojado...

—Nunca he tenido miedo de mis padres, pero entiendo que con los tuyos es diferente. A mí nunca me hicieron caso, me dieron todo lo que ves. De hecho, para mi papá fui un hijo más.

—No recuerdes eso. Es el momento de divertirnos aquí... Te lavaré la espalda.

—Ay, Gloria, eres un ángel. Pensé tan mal de ti, pero es porque eres demasiado hermosa como para estar soltera.

—No tengo novio desde que terminé la preparatoria. He estado enfocada en estudiar y trabajar. Desde que te conozco no he escuchado nada bueno de ti.

—¿Y tú qué dices?

—Que tal vez todo eso es mentira...

El chico besó a Gloria con pasión al escuchar que ella no era una persona que lo tenía en mal concepto como todos los demás. Su secretaria era más empática que sus amigos y su propia familia.

Capítulo 21

Al acabar de bañarse, Henry llevó a Gloria a seguir recorriendo la casa y en especial pasar por la cocina, ahí podrían beber alguna cosa que les apareciera.

—¿Una cerveza? —preguntó Henry que sacó una del refrigerador y se la enseñó a Gloria.

—Prefiero un poco de agua... Esta cocina es el doble de grande que la mía, y no puedo quejarme de lo que tengo en casa.

Él le entregó una botellita de agua para que bebiera.

—No sé cocinar nada. La cocinera se ocupa de todo, mi mamá es tan inútil como yo para la cocina.

—Yo soy una experta en preparar sándwiches. En algún momento te lo puedo preparar si me visitas en casa.

—Una visita a tu casa... Tal vez, aunque quizá no sea muy bienvenido.

—Si te portas bien conmigo ellos no tendrán problema en recibirte. Sé que soy culpable de que no te quieran, pero admítelo, eras despreciable.

—Quizá sí, pero no debería saberlo tu familia. Es un asunto de la oficina.

—Ahora ya no es un asunto de oficina.

—No quieras cambiar las cosas, pequeña tramposa. Fuiste de lengua suelta y así nos va.

—Tienes razón, pero quería luchar un poco por lo que quiero. —Ella se acercó a él y le acarició el pelo mojado a Henry.

—Veremos si me aceptan.

—La mejor manera de saber si van a aceptarte es llevándome temprano. Quisiera quedarme aquí contigo, pero el tiempo es sagrado para mis padres.

—Lo sé. Te llevaré ahora mismo, solo déjame aplacar mi sed. —Abrió una cerveza y se la bebió con presteza.

Mientras salían de la casa de Henry, Gloria se arreglaba para no parecer tan sospechosa, en su bolso tenía una muestra de su perfume. Siempre lo usaba por si percibía olor a cigarrillo que pudiera pegarse por sus prendas. No le agradaba oler a algo tan intenso.

Subieron al vehículo de Henry y se dirigieron a la casa de Gloria. No lo hacían con rapidez, sino con lentitud. Ambos iban tomados de la mano a la par que conversaban sobre cosas intrascendentes y opiniones sobre las mismas. Eran parecidos en muchos aspectos, pero en otros eran totalmente contrarios.

Una vez que Gloria reconoció la calle de su casa, no quería bajarse del vehículo. Deseaba quedarse con Henry. No importaba que tuviera que fingir caminar bien después de lo que habían hecho.

—Hemos llegado, Gloria, nos veremos el lunes...

—Nos vemos el lunes...

Los dos se acercaron para darse un apasionado beso de despedida, pero tuvieron que separarse al oír el sonido de una uña en el cristal del vehículo del lado del acompañante. Era el papá de Gloria que estaba muy ansioso y no se veía tan contento.

—Si antes no me quería, ahora menos —dijo Henry en tono burlón.

—Qué vergüenza... Nos vemos pronto.

Gloria salió de la camioneta y Henry bajó la ventanilla para despedirse.

—Adiós, Gloria. La he traído a tiempo, señor. Hasta pronto.

Él cerró de nuevo la ventanilla y partió sin prisa.

—Sé que unos minutos no son a tiempo, papá —alegó Gloria al ver a su padre con el ceño fruncido.

—Por poco y me toca sacarte de las fauces de ese holgazán.

—¡Papá! No es un holgazán, aunque sabes que le estás llamando así a mi jefe, el que me paga el salario.

—Y porque te paga el salario es que no deberías salir con él. Tienes dos opciones: terminas y continúas trabajando ahí o sigues esa relación sin trabajar ahí.

—No puedo dejarlo desamparado. Además, quiero sumar unos meses a mi currículum.

—Tonterías... —Su padre abrió la puerta para que pasaran dentro de la casa.

—¿Cómo te fue, Gloria? —preguntó su mamá que estaba sentada frente al televisor.

—Fuimos a comer a un restaurante mexicano. Me ha gustado mucho. Henry ha sido educado y divertido.

—Trata de convencer a tu papá de que él es un buen hombre. Estuvimos apostando por el tiempo que durarán.

—No me parece que eso sea digno de dos personas de la edad de ustedes.

—Yo dije que durarán hasta que te desgracien, Gloria. Si te embarazas de él, se lo dejarás en la puerta de su casa, aquí no quiero niños sin padre ni madres solteras —espetó el padre que hablaba en serio.

—Exageras. Yo aposté que sería un mes, después despedirá a Gloria y tendremos paz.

—No sé quién de ustedes es peor. Espero durar mucho tiempo con Henry. En verdad me entusiasma mucho.

—Mejor no te emociones, ¿cuántas relaciones de esta clase has visto que resultan? Tal vez en las películas, pero no en la realidad. Además, esta clase de vago drogadicto no cambiará, será siempre así y si te quedas mucho tiempo con él, te volverá adicta.

—Ay, papá. En verdad que exageré cuando dije cosas malas del hijo de mi jefe. Henry era solo un chico caprichoso.

—Es un señor caprichoso —le corrigió su progenitor.

—Es cierto que te lleva muchos años, es suficiente para decir que son de generaciones diferentes —siguió la madre.

—Me iré a dormir, porque tengo que descansar para ver el lunes a mi jefe, otra vez. —Gloria se rio de sus papás y se fue a su habitación.

Al entrar ahí por fin pudo tirarse a su cama y sostener su vientre malherido. Había sido placentero y ella en algún momento quería seguir experimentando más. Sabía que era peligroso lo que hacía, ya que podía terminar más que en una aventura con su jefe, terminar involucrada con alguien así podía acarrearle muchos problemas, empezando por su papá y su mamá que no estaban convencidos de la santidad de él.

No sabía cómo afrontar el trabajo el lunes, ya que quizá hasta recordaría haber visto desnudo a Henry y tal vez hasta cuando lo viera su entrepierna comenzara a latir como si fuera que lo deseaba, así había sentido al instante de estar en el momento previo de la cama.

Se cambió de prendas y se puso un camisón. Esperaba al menos poder dormir un poco a causa de la emoción y el nerviosismo por volver a verlo pronto.

Capítulo 22

El lunes había llegado y ella estaba muriendo por ver a Henry. Ella llegó a su lugar y se acomodó. No quería prepararle un café a él, pues no tenía un horario fijo en el cual aparecía en la oficina.

—¿Dices que tu jefe estará de buen humor hoy, Gloria? —preguntó uno de sus compañeros de trabajo que recostó sus codos sobre el escritorio para conversar con ella.

—Claro que sí, Bernard —respondió a su joven compañero que tenía aproximadamente veintidós años, estaba a punto de culminar su carrera.

—No siempre está de buen humor. El vago se ha vuelto trabajador. Supongo que ahora se da cuenta de que trabajar no te tiene sonriente todo el tiempo. Debe sentir diferente generar su dinero y no solo gastarlo —comentó malicioso.

—Estás hablando mal de mi jefe...

—Antes no lo defendías.

—Antes no lo conocía en absoluto.

—¿Y ahora?

—Tampoco lo conozco mucho, pero lo poco que conozco me resulta divertido y gracioso. A veces cuando se pone nervioso es simpático al desesperarse.

Los dos se carcajeaban al compartir sus opiniones sobre el jefe de la empresa.

Henry salió del ascensor con su maletín en la mano, estaba entusiasmado por ver a Gloria. El sábado había sido tan grato que quería repetir una noche similar, pero la sonrisa se le borró al verla sonreír con uno de los empleados de la empresa. Colocó el rostro serio antes de pasar cerca de ellos.

Gloria dejó de reír al ver a Henry con el rostro serio.

—Buen día... —saludó a Henry, pero este pasó sin mirarla y entró a su despacho.

—Creo que no es un buen día para él —alegó Bernard.

—Al parecer. Te dejaré. Quizá si le ofrezco un café se le quiten la amargura.

Bernard se retiró del lugar de Gloria y ella consideraba llamar a Henry para ofrecerle algo, pero al poco tiempo sonó el teléfono del interno, era él. Levantó el tubo y se dispuso a hablar.

—Buen día, Henry, ¿te encuentras bien?

—Quiero un café sin azúcar.

—Aho... —Antes de terminar su réplica oyó que él había golpeado el teléfono para cortar la comunicación. Definitivamente, él estaba de pésimo humor.

Se apresuró para preparar el café. Se sentía nerviosa y un poco temblorosa. Nunca lo había

oído tan cortante y molesto. Ni siquiera en los primeros días de conocerse. Cuando terminó el aperitivo para Henry, lo colocó en una bandeja para llevarlo y dejarlo en el despacho.

Primero bajó la bandeja sobre su escritorio, abrió la puerta y volvió a coger lo que estaba llevando antes de cerrar la abertura. Caminó a paso decidido hacia el mueble en el que estaba su querido Henry frente al ordenador.

—Aquí está el café —indicó al bajar la taza sobre un paño en el lado derecho del escritorio de Henry.

Se sentía enfadado con Gloria por haberla visto con el joven. Ella estaba ahí para él y no para otro. No podía siquiera hablarle, ya que, si lo hacía, terminaría siendo un desquiciado.

—¿Has tenido malas noticias el fin de semana? —curioseó para saber lo que le ocurría a su jefe.

—Te llamaré si necesito algo, Gloria. —La despidió de manera cortante.

Ella sintió como si le derramaran agua fría en el pecho. Era la misma decisión entre susto y la reacción del cuerpo caliente con el agua fría.

—Está bien...

Salió del despacho con prisa. Se sentía mal, ansiosa y confundida, ¿ella había hecho algo mal? O quizá fuera lo que la gente decía de las personas que tenían sexo pronto: «pájaro que comió, voló». Sentía vergüenza al creer eso último. Si Henry la había utilizado se moriría de vergüenza frente a sus padres y su amiga a la que le había confiado su relación con él.

Le costaba mucho concentrarse en su trabajo, pero lo intentaba. Ese día tenía varias impresiones para una reunión que tendrían pronto los gerentes con su jefe. En ese lugar cada día era una reunión nueva por la crisis por la que atravesaba la empresa.

Mientras se encontraba navegando en internet para escuchar un poco de música, recibió un correo de Henry, que decía: *«Pide que reserven un vuelo para ir a Chicago»*. Aquello también iba acompañado de una fecha específica, pero ninguna otra cosa como un «por favor o podrías».

Cuando estaba encargándose de eso, recibió otro en el que pedía lo siguiente: *«Que venga el asesor. Lo recibiré a las catorce horas*».

Bien, nada de eso le estaba costando hacer, solo que se sentía molesta porque él no le pedía las cosas con educación. Estaba siendo un déspota, y aún peor después de que se acostaran dos días atrás.

Al pinchar en el botón responder, llegó otro correo y eso enfureció a Gloria. Este otro mensaje decía: *«Quiero ver el libro de asambleas, no tardes con eso»*.

Estallaría a causa de los nervios. Su jefe era tan infumable, que no había forma que fueran la misma persona. Era maleducado, prepotente y demasiado parecido al Henry anterior, aquel que era insoportable. Le molestaba que no pudiera todas las cosas en un solo correo, si cada uno de ellos se llevaban entre sí como cinco minutos.

—Mejor espero a que llegue un cuarto correo pidiendo que le baje alguna nube —masculló. Se acarició el cabello y se dio cuenta de que su cola de caballo ni siquiera estaba bien colocada.

Odiaba que su cabello no quedara prolijo. Quería que pareciera que una vaca lamió su cabeza. Se lo arregló con un peine de cerdas finas y pequeñas. Cuando acabó se dio cuenta de que Henry estaba observándola desde la puerta.

—No es un salón de belleza, Gloria. Haz lo que te he pedido, estoy esperando —masculló cerrando la puerta con fuerza a su espalda.

Gloria suspiró y cerró los ojos. No podía decirle todo lo que pensaba de él o la despediría. Lo único que le quedaba era seguir las órdenes dispersas que le había dado.

Todo lo que hacía Gloria le molestaba. Quería que se fastidiara un poco, por eso la haría trabajar hasta sentirse satisfecho. Así no tendría tiempo de estar charlando por los pasillos.

Capítulo 23

Ella cogió el libro de asambleas y fue hacia la oficina de su jefe. Entró con la peor actitud posible. A veces recordaba que podía ser despedida o renunciar y no se moriría de hambre. Estaba ahí solo por objetivos personales de desarrollo laboral.

—Aquí está tu libro, Henry —pronunció bajando el objeto sobre el enorme escritorio de madera.

Henry que ya la había visto entrar, levantó la mirada y dejó lo que estaba haciendo en el ordenador para prestarle atención a ella.

—Gracias por hacer tu trabajo, Gloria.

—Para eso estoy, Henry. Si se te ofrece algo más, puedes pedirlo en un solo correo o mejor por una llamada. Con permiso... —Ella habló entre dientes y salió de la oficina.

Él cogió el control de las cortinas de la oficina y comenzó a bajar esas persianas. Quería evitar seguir observando a Gloria.

Trató de concentrarse por un par de horas hasta que vio que Gloria le respondía los correos. Le fastidiaba que ella pudiera trabajar tan tranquila, mientras él apenas podía concentrarse en hacer lo que debería.

Pasó enfadado parte del día y también durante la tarde después del almuerzo. Sus reuniones previstas se habían llevado a cabo en la hora indicada. Para él se había acabado el trabajo por ese día, pero se negaba a irse a su casa. Cogió el teléfono y lo levantó para que Gloria le contestara.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó con acritud la chica del otro lado del teléfono.

—Ven.

—Estoy ocupada haciendo un par de copias que me pediste.

—Desocúpate ahora y ven. —Colgó el teléfono con fuerza, tanta que lo más probable fuera que lo hubieran oído todos en el piso.

Gloria miró el tubo telefónico y lo golpeó de igual manera que Henry. Parecía estar jugando a quién de ellos era más caprichoso o enojón.

Se levantó de su silla giratoria y fue hacia la puerta de la oficina que estaba cerrada completamente.

—Te desocupaste muy rápido, Gloria —pronunció sarcástico.

—Sí, porque me necesitaba mi jefe. ¿En qué puedo servirte?

—A mí en nada en este instante, solo quería verte y saber que no estuvieras contorneando la cadera con tus compañeros de trabajo o con algún gerente...

¡Lo dijo! ¡Lo dijo! Por fin había soltado su veneno. Se sentía tan bien soltar eso que tenía atorado en su garganta. No podía seguir viendo a Gloria sin decírselo.

—¿Perdón? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Gloria, molesta. Lo que le preguntaba era para que lo considerara otra vez. No podía decirle eso a una chica joven, a su secretaria.

—Hoy te vi con no sé quién, charlando animada.

—¿Y qué tengo que hacer según el señor Henry? —increpó con el mismo tono que él.

—Pues mantener distancia, ¿o no? Pero tú ahí, sonriéndole como si fuera un conejo.

—¿Por esto estuviste insufrible todo este día? ¿Pretendes celarme o qué?

—Siempre he desconfiado de que te involucrabas con la gente de la empresa y he sido sincero con eso.

—Lo hubieras pensado antes de querer jugar conmigo al jefe y la secretaria. Esto es trillado. Volveré a mi lugar y nada más. Haré como que nunca he salido contigo una vez. Iré a trabajar.

—Gloria...

—Discúlpame, señor Trociuk, pero tengo cosas que hacer para mi jefe. Estoy aquí para trabajar y no para responder a los delirios de alguien.

Ella se retiró raudamente de la oficina y no fue a su lugar, sino que fue al baño. Se encerró en uno de los cubículos y se puso a pensar en lo que estaba ocurriendo. Henry se había vuelto loco porque la vio hablando. Ni siquiera eran novios, el asunto había sido algo casual y nada más. Era ofensivo y hasta horrible, sonaba tan misógino que era incapaz de pensar que existiera alguien así. Ella no lo permitiría. Si él seguía con esa forma de ser lo único que podía esperar era que la despidiera. Se moriría de vergüenza frente a su familia por haberle dicho en donde quedaba su casa y que su papá cruzara palabras con él. Si llegara a saber lo que Henry le había dicho, su padre se volvería loco.

Después de unos minutos, tiró el agua del inodoro y fue a lavarse las manos. No había hecho nada aparte de enfadarse de sobremanera, pero debía fingir que fue a hacer sus necesidades.

Al regresar a su lugar, continuó haciendo su trabajo, mientras recordaba con rabia lo que escuchó de la boca de Henry.

Cuando llegó la hora de irse, ni siquiera miró hacia la oficina cerrada. Salió del edificio y fue a la parada del autobús para esperar el que la llevaba a la universidad. Mientras estaba ahí, se colocó los auriculares para escuchar un poco de música. Los automóviles pasaban frente a ella que tenía la mirada perdida a la vez que oía las canciones, hasta que vio la camioneta de Henry que bajó la ventanilla del acompañante. Al leer sus labios le decía: «Gloria», pero ella ni de coña se subiría con él después de semejante trato que había recibido.

Los bocinazos no se hacían esperar. El semáforo estaba en verde y el único que no dejaba fluir el tráfico era Henry.

—¡Ven o me quedaré aquí hasta que alguien baje y me golpee! —exclamó Henry.

—Oye, jovencita, vete con él, no deja que pasen los demás y para colmo el sonido es molesto —le dijo a Gloria una señora que estaba sentada junto a ella.

Por pura insistencia de la señora y de las demás personas que probablemente deseaban pasar para llegar a sus hogares. Se levantó y fue con presteza a subir en la camioneta junto a Henry. Ella no se quitó los auriculares, estaba dispuesta a ignorar a ese señor.

—¿No vas a hablar conmigo, Gloria? —curioseó Henry que la veía mover la cabeza—. ¡Hola! —gritó al quitarle el auricular de un lado.

—¡Oye!

—Quisiera que me escucharas.

—Y yo no quiero hacerlo. Me recogiste de dónde estaba, ahora soportas mi genio, porque yo tuve que aguantar el tuyo.

Capítulo 24

—¿Tengo razón o no, Gloria?

—¿Razón de qué? —curioseó sarcástica.

—Quítate eso que no podemos hablar así.

—¿Y quién dijo que yo quería hablar contigo?

—¿Tienes algo con ese tipo?

—Sí, es mi compañero de trabajo y es la única relación que tengo con todos en la oficina.

—Salvo conmigo, ¿no es así?

—También contigo hasta esta mañana, hasta antes de escuchar las puñeteras tonterías que dices. Mejor bájame, quiero seguir escuchando mi música.

—No actúes como una niña.

—Y tú tampoco como un niñato tonto y celoso. ¿Qué piensas que soy? Soy una chica de su casa, no necesito andar de relación en relación, ¿escuchas? No me educaron así. No sé cómo te educaron a ti, pero te aviso que estoy adiestrada para lidiar con patanes. Sé que debo huir de relaciones tóxicas.

—¿Me estás llamando tóxico?

—Tóxico con todas las letras. Escucha, no tenemos nada, no somos novios... No tienes derecho a acusar o a reclamar, y no es una excusa.

—¿Por qué no somos novios no tengo derecho?

—Pues básicamente sí.

—Entonces somos novios...

—No quiero ser tu novia. Soy una persona temperamental, amable, pero insoportable cuando me buscan.

—No me ha gustado lo que vi. Sonríes mucho.

—¿Y qué te parece que soy? Una secretaria, recibo a decenas de personas en la empresa. Lo primero que hacen al salir del ascensor es verme. Debo ser simpática y dar una buena conversación, pero resulta que, mi jefe que cambia de asesores como de calcetines quiera que, aparte de lo desagradable que será él, yo haga como un adelanto de la amargura. Tu padre hizo que tomara un curso de atención al cliente.

—Me alegra lo del curso, pero ¿cuestionas mis decisiones?

—No soy nadie para cuestionar tus decisiones. Si no obtienes resultados es comprensible que hagas cambios.

—No sonaba así cuando lo dijiste antes, noté un tonito molesto en tu forma de decirlo. Tú

no eres así, Gloria.

—Tampoco soy alguien que se acuesta con toda lo oficina, pero tú puedes creer lo que quieras y también despedirme, así acabas con todas tus dudas.

—Te necesito en la oficina, eres mi mano derecha, sin ti me ahogaría en vaso de agua... —Henry extendió su mano libre para acariciar una pierna de Gloria. Después, aparcó junto a la acera y colocó el freno de mano.

—Llegaré tarde, Henry. Además, estoy enfadada contigo.

—¿Por qué no faltas hoy y vas conmigo a cenar? Podríamos comer un pollo frito. Es uno de mis vicios más peculiares, no creas que solo me gusta el caviar.

Él se pegó al cuello de ella por más que Gloria quería evitar el contacto debido a que todavía seguía molesta. Henry la acercó con su mano para poder besarla y devoró su boca en cuestión de segundos, lo hizo de una manera apasionada que no dejaba lugar a dudas que esperaba una reconciliación.

—Si seguiremos juntos no quiero volver a oír tonterías —dijo Gloria, decidida.

—Ahora somos novios, y ambos nos portaremos bien. No quiero problemas, Gloria, tengo la mente llena de ellos. Sí quiero estar a tu lado es para no seguir viviendo en un drama constante, hazme la vida fácil y solo consiénteme.

—Qué fácil es para ti. Nadie te ha acusado, parezco una furcia aceptándote. Ahora llévame a la universidad.

Henry parecía no escucharla, volvió a colgarse de sus labios para seguir besándola. Eso no la dejaba pensar en que si era correcto o no continuar con una persona como él que daba señales claras de pensar con la parte equivocada de su cuerpo.

Una vez que dejaron de demostrarse interés mutuo, Henry la llevó a la universidad y la dejó ahí. Él tenía cosas que hacer en su casa, como por ejemplo tomar unas clases virtuales de su carrera.

Su móvil sonaba dentro del coche, mientras él iba manejando, al levantarlo para ver quién llamaba, vio el nombre de un amigo suyo, pero aquel no le llevaría a nada bueno, por lo que optó por no contestar e ir a su casa. Eso era lo que debía hacer si quería encaminar su vida. Gloria era la primera influencia positiva para su cambio. Ella lo impulsaba a ser responsable y a pensar con claridad. Tenía menos dinero que él y quizá hasta conociera poco de cualquier negocio, pero sus consejos eran genuinos y con buenas intenciones. Estaba bien con ella, no necesitaba nada más. Sus amistades solo le sugerían salir de fiesta y olvidar sus problemas; sin embargo, al despertar siempre estaban ahí. Debía preocuparse por salvar su pellejo, porque en cualquier momento podría tener que verse en la penosa necesidad de compartir la empresa con algún socio y era lo último que quería hacer.

Los días siguieron pasando y Henry creía que la tranquilidad por fin cubriría sus pasos en la empresa. Los números se mantenían, pero tampoco tenían tendencia al alza.

—Aquí están los números de contabilidad... —comunicó Gloria que fue a la oficina de Henry.

Su jefe miró de un lugar al otro a ver su alguien estaba cerca y vio entrar a Gloria al lugar. Con su control bajó las cortinas y se levantó para tomar de la cintura a Gloria.

—No es lugar para estas cosas, Henry.

—¿No eres fantasiosa? Traes una falda y yo mucho ardor.

—Es mi trabajo, no voy a hacer nada aquí —manifestó mientras él quería que ella cediera besándola en el cielo.

—Será tu minuto más divertido, Gloria. No seas tan mojigata, ya te acuestas con el jefe, da igual en donde podamos estar, ¿no te parece?

—Murmurarán sobre nosotros y será incómodo tener que ver la cara de todos ellos en el almuerzo. Para ti es fácil porque sales a comer fuera de aquí, pero yo tengo que soportarlos a todos.

A él no le importaban las supuestas peripecias que contaba Gloria, lo que quería era tenerla, poseerla en este instante y satisfacerse. Ella no se daba cuenta de lo tentadora que le resultaba. Comenzó a acariciarle las piernas y levantar la pollera de ella lentamente buscando placer.

Capítulo 25

—Henry, basta, en cualquier momento alguien vendrá —rogó Gloria sintiendo los labios de él en su cuello al igual que sus manos subiendo por sus piernas para bajar sus bragas.

Sabía que no era lo correcto, pero la atracción por Henry era más fuerte que sus ánimos de no hacer nada en la oficina. El sentido del peligro de ser descubiertos era como algo excitante.

Levantó su pollera casi hasta la cintura de ella y comenzó aquel movimiento que la llenaba. Cuando ellos estaban juntos, deliraba, aunque prometía que sería la primera y última vez que tendrían sexo en el trabajo. Eso no hablaba bien de ninguno de los dos y menos de la secretaria. Existían muchos mitos alrededor de ellas. Si Gloria estaba con Henry no era por interés, porque ella tenía su trabajo y sus padres tenían buenos trabajos y suficiente dinero para seguir dándole una excelente vida si no trabajara. Estar con él era lo que le encantaba y en muchas ocasiones se sentía responsable por el actuar de Henry y siempre intentaba resolver todo antes de que llegara a sus manos. Buscaba alegrarlo y apoyarlo, ya que era algo que le gustaba y veía con mucha frecuencia en su casa.

Ellos eran novios, pero aún no habían establecido una llegada seria en casa de Gloria. A sus padres no le gustaba que ella saliera con Henry sin decirles qué relación tenían.

—Gloria, disfruto tanto de ti —pronunció en medio de la vorágine de placer que lo invadía. Trataba de no hacer mucho ruido, ya que las paredes eran finas y muchas veces se escuchaban las conversaciones de las otras gerencias cercanas.

Se enfocó en buscar su placer y un rato agradable para Gloria, pues sabía que ella disfrutaba de ese encuentro por cómo aceptaba sus caricias y porque la humedad que sentía en ella no podía ser símbolo de otra cosa más que del disfrute de ambos.

Cuando Henry acabó él trató de colocar la falda de ella correctamente; sin embargo, lo que se le escurría entre las piernas impedía que Gloria se sintiera normal.

Ella cogió unos pañuelos desechables del escritorio de Henry y trató de solucionar el inconveniente. Él la agarró de la cintura mientras ella se limpiaba.

—Es suficiente. No volveré a entrar aquí cuando veo así las cortinas.

—Es tu culpa, me dijiste que no podríamos vernos este fin de semana.

—Sí, tengo el cumpleaños de una tía en otra ciudad y estaremos de viaje, pero no era para que te tomaras ciertas libertades.

—Ahora te extrañaré menos, eso es un consuelo.

—Iré al baño y después voy a continuar trabajando.

Ella recogió los papeles que utilizó y se los llevó fuera de la oficina de Henry. Salió de ahí con el rostro sospechoso.

Fue al baño a cuestionarse un par de cosas, sobre lo correcto e incorrecto. Henry no siempre era correcto, de hecho, su moral era un poco dudosa en ocasiones, pero entendía que fue gracias

a la forma en la que creció, era un niño rico malcriado. Sus valores no eran iguales, pero tal vez eso era lo que le gustaba a ella, esa diferencia que tenían.

Una vez que terminó de higienizarse y sentirse mejor consigo misma, ella fue a su lugar y se puso a trabajar como si nada. El interno sonó y ella sabía que se trataba de Henry.

—¿Se te ofrece algo? —indagó la chica.

—Por supuesto, quiero verte.

—Henry...

—Estoy bromeando. ¿Puedes enviarme los presupuestos de insumos de las tintas?

—Ahora mismo. ¿Es todo?

—¿No quieres salir a cenar?

—Debo ir a la universidad y, además, sé cómo terminan tus salidas conmigo.

—Es que no te das cuenta de que eres hermosa y yo no puedo resistirme a ti. Podríamos ir de compras al mall.

—No insistas porque no voy a faltar a mis clases.

—Puedo darte días libres sin descuento para que no sufras al faltar...

—Adiós, Henry, ahora mismo te envío el email.

Ella colgó el teléfono y negó con la cabeza. No podía trabajar por su causa, siempre quería cosas y por lo general se trataba de persuadirla con algo. La universidad no era negociable, la estaba pagando con su trabajo. Si los del personal sabían que Gloria tenía permisos especiales y otras concesiones por ser la novia del jefe, se moriría de vergüenza. Le estaba costando trabajo callar bocas sobre el comportamiento de Henry, ya que la gente lo veía coquetearle sin mucho disimulo. Parecía que la acosaba. Gloria entendía el juego, pero le daba vergüenza que los demás sospecharan algo más allá de un buen humor extraño del jefe caprichoso al que estaban acostumbrados. Henry rompía el paradigma de la empresa y eso mantenía a muchos asombrados.

Durante los últimos días acostumbraban a irse juntos. Henry la recogía a un par de calles de la empresa y la llevaba a la universidad, no sin antes intentar robarse alguna atención de ella. Estaba atenta a que le llegara la regla después de tantas veces en que habían hecho cositas por ahí. No se sentía extraña, por lo que esperaba que su reloj biológico fuera exacto ese mes como los anteriores.

Al pasar de los días, como ella lo supuso, su regla le había llegado sin ningún retraso y eso suponía el mejor de los alivios y un descanso de tanta emoción y calentura de Henry. Le gustaba «relacionarse íntimamente» con él, pero de vez en cuando necesitaba un descanso.

Un lunes por la mañana, llegó el susodicho vuelo a California y ella tendría que entregarle los pasajes. Entró a la oficina con el café y lo que habían enviado las personas de la aerolínea. Todavía no le había dicho a Henry que debía viajar y que ella lo había olvidado. Estaba segura de que lo extrañaría demasiado.

—Aquí está tu café. ¿Cómo amaneciste? —preguntó Gloria.

—Triste sin ti. Estaba revisando la agenda que me hiciste y tengo el viaje mañana, pero no me han llegado los pasajes.

—Es lo que he traído con tu café. Han venido muy temprano. Es en primera clase, ¿verdad? —Ella le pasó los pasajes.

—Sí. ¿Sabes que tú y yo podríamos estar felices y juntos en Chicago?

Capítulo 26

—No puedo creer que digas eso ahora. No lo pensaste antes cuando te compré esos pasajes. Es un poco tarde para arrepentirse. Además, voy a la universidad, no perderé clases por eso.

—Era solo una idea que me entusiasmaba mucho, soñar no cuesta nada. Mañana no vengo a trabajar, ¿no crees que podrías consentirme saliendo conmigo? Me iré por unos días y me sentiré solo sin verte. Las últimas semanas hemos estado más juntos que nunca, costará esto de separarnos.

—Será algo temporal, pero puedo hacer una excepción, solo porque te irás lejos de mí, de otra manera no lo haría. ¿Me llevarás a casa?

—Claro.

—Le avisaré a mis padres que saldré contigo por la noche.

—Iremos a mi departamento deshabitado, llevaremos unas botanas y cenaremos románticamente a la luz de mi chimenea eléctrica.

—Guau... Suena a un plan concordado por tu mente para que terminara en tu cama.

—¿Cómo puedes creer algo así de mí, Gloria?

—Ya te he cogido la maña, pero como me encantas consentirte es mi pasión.

—Eso me reconforta. —Él se levantó de la silla y la cogió de la cintura.

—Nos verán, aléjate —dijo Gloria que se hizo a un lado. Las cortinas estaban arriba y cualquiera podía ver lo que hacían.

—Entonces soportaré hasta la salida para poder estar contigo.

—Más te vale, Henry. Me iré, tengo varios pendientes. Tendré que encargarme de muchas cosas cuando no estén.

—Eres mi primera dama, no lo olvides.

—Es por lo que tengo que trabajar mucho. —. Ella le sonrió y se retiró de la estancia.

Gloria se sentó en su lugar y sonrió por un minuto, pero después se entristeció. No vería a Henry en varios días, lo que significaba que no la besaría, ni la llevaría a la universidad, él estaba incluido en todas las actividades de ella, eran novios y eso era lo que hacían los novios.

Aprovecharía para disfrutar esa última noche antes de que él se fuera a Chicago.

Cómo habían pactado, fueron juntos a comprar lo que necesitaban de una tienda. Gloria se ofreció a preparar una cena sencilla, pero deliciosa.

—Creo que has dejado algo en la heladera desde la última vez que estuviste aquí —dijo Gloria que encontró verduras podridas en el sector de verduras cuando abrió la heladera para meter unas bebidas.

—No me digas. —Él echó un ojo a la que ella decía y era cierto. Aquel era un ecosistema completo—. No lo han limpiado bien.

—¿Quién no lo ha limpiado bien?

—Me has pillado, fui yo, olvidé las verduras. No sé cocinar, ¿a quién se le ocurre comprarme verduras?

—A mí, que he traído varias y no me dijiste nada.

—Puedes llevártelas a tu casa después...

El móvil de Gloria comenzó a sonar. Era el padre de la joven.

—Es mi papá —contó Gloria sin que Henry le preguntara.

Él se pegó a ella cuando cogió el móvil para hablar.

—Hola, papá —saludó.

—¿A qué hora vendrás? ¿En dónde estás? —curioseó su papá.

—Estoy con Henry, voy a preparar una cena deliciosa porque mañana se va a Chicago

—¿Estás en su casa?

—En su departamento...

Ella escuchó que su padre maldijo por lo bajo.

El novio, mientras tanto la besaba en el cuello y los brazos esperando a que cortara. El padre de Gloria era un hombre muy celoso, entendía que estaba sufriendo de celos crónicos por culpa de él.

—Papá, casi tengo veinte años, ¿sí? Es algo normal que las chicas le hagan una cena al novio.

—Primero jefe, después novio y, ¿después qué? Exnovio, ¿verdad?

—No exageres. Llegaré temprano a casa, no te preocupes tanto por mí. Te quiero mucho. Henry me llevará. Estoy segura con él.

—Te quiero aquí a las diez treinta.

—Está bien, papá. Un beso.

Colgó la llamada y dejó su móvil a un lado.

—Escuché que te dijo que solo hasta las diez treinta.

—Sí, así que, debo apresurarme para cenar si quiero pasar un rato contigo. —Ella sonrió y se propuso hacer un sándwich con una variedad de jamones, queso, mayonesa, rúcula, brotes de soja, aceite de oliva y aceitunas. También una salsa de tomates Cherry con ajos para mezclar con una pasta.

—Espero que ir allá sea bueno para la empresa. Estoy enfocado en sacar adelante todo y

mis esperanzas están ahí.

—Todo irá bien, tranquilo. Ahora ayúdame a cortar las verduras. Te pondré a trabajar.

—¿Lavar no es suficiente?

—Nunca dejaría que mi jefe lavara las verduras, podría morir de algo, no confío en ti.

Los dos se divirtieron muchísimo en la cocina y después de comer la pasta con el sándwich bebieron un poco de vino blanco antes de ir a la cama y despedirse como Dios mandaba.

Al llegar la hora, se despidieron en la puerta de la casa de Gloria. Se dieron un beso apasionado y se dijeron adiós.

De nuevo la sonrisa de Gloria se había borrado desde de que él se fue, todavía no había salido de la ciudad y ella quería llorar.

Fue a su habitación y le escribió a su compañera de universidad para que le pasara los apuntes. En medio de aquel intercambio de mensajes, la invitaron a una discoteca el sábado. Estaría libre, ya que Henry estaría lejos y podría aprovechar el tiempo para hacer algo distinto. Aceptó de inmediato la invitación.

Los días laborales para Gloria eran eternos. No le había preparado café en un par de días. El lunes él debería estar en la oficina de vuelta, por eso lo mejor era salir a distraerse para evitar pensar en él.

La noche del sábado por fin había llegado, tenía mucha expectativa de ir con su amiga a la discoteca. Por supuesto que no bailaría con nadie, solo quería salir del ambiente en el que se encontraba.

—Cuando tu novio no está aprovecharás para ser un poco libre —comentó su amiga Mary.

—Por supuesto que sí. Beberé algo diferente a vino y cerveza —rio Gloria al decirlo.

—Bailarás con otros chicos también, ¿o no?

—No, no quiero. Henry es celoso y si sabe que me puse a bailar con un desconocido y estaba tomando bebidas, me dará un regaño peor que el de mi padre.

Capítulo 27

Al llegar a la discoteca, la dos pidieron sus respectivos tragos para tomar. A Gloria le gustaban los dulces.

Las dos bailaban juntas con sus copas llenas de bebida y reían divertidas hasta que Gloria se acarició el estómago y sentía como si la bebida le hubiera caído mal. Comenzó a sudar frío y tuvo ganas de vomitar.

—Mary, voy al baño... —avisó—. No me siento muy bien.

—Has bebido mucho, te acompañaré.

Apenas llegó al inodoro, Gloria parecía Emily Rose vomitando. No sabía cuándo había comido todo lo que estaba saliendo de su cuerpo. Era una sensación horrible, pues el vómito le había salido hasta por la nariz.

Su amiga cogió el cabello de ella para que no terminara empavonada con su propio vómito.

Minutos después trataba de recuperarse sentada en la tapa del inodoro.

—Me siento tan mal... —Gloria comenzó a llorar.

—Vamos a tu casa. ¿Te parece? Pediré un vaso de agua antes de irnos.

Gloria ni siquiera podía pensar bien, quería ir a su casa y abrazar a su mamá, se sentía fatal. Su amiga la subió al automóvil para llevarla a su casa, ya que ella también conducía y no había bebido tanto como supuestamente Gloria lo hizo. Le dolía la boca del estómago y la garganta, pero eso no importaba. Cogió su móvil para llamar a su mamá. Cuando le contestó, solo podía llorar.

—¡Por Dios, Gloria, ¿qué ocurre?! —increpó su madre, desesperada al escucharla de esa manera. Creía que algo terrible le había pasado.

—Vomité mucho, mamá. Me duele todo el estómago.

Seguía llorando mientras hablaba, pero escuchar la voz de su mamá la calmaba.

—Tranquila, ¿quieres que vaya a buscarte? Te llevaremos al hospital.

—Estamos camino a casa, llegaremos pronto si no detengo el automóvil de Mary para vomitar otra vez.

—Por favor, no vomites en mi coche, Gloria.

—Tu papá y yo estaremos dependientes con el coche encendido para llevarte al hospital.

—Sí, mamá...

Gloria cortó la llamada y colocó su mano para sujetar su cabeza, ya que, si no lo hacía, terminaría muy mal.

Una vez en la vereda de la casa, Mary la llevó hasta sus padres para que se encargaran de

ella y se ofreció a seguir cerca por si necesitaban algo.

—Tranquila, Mary, nosotros la llevamos. Gloria estará bien —habló el papá de ella.

Sus padres la ayudaron a subir al coche y partir hacia urgencias del hospital más cercano. Por más que ya estaba con ellos, sentía temor al encontrarse tan mal, como nunca. Además, comenzaba a marearse, lo más probable era que tuviera una intoxicación por las botanas de la discoteca o algo de su trago estaba adulterado.

Llegaron a urgencias y describieron sus síntomas. No tardaron en revisarla, sacarle un poco de sangre y colocarle una vía para hidratarla después de haber vomitado tanto.

Se sentía mejor, pero con un fuerte dolor en el estómago. Estaba recostada en una camilla aislada de los demás por una cortina. Dos horas después, alguien de la guardia se acercó con los análisis de sangre de Gloria.

—Aquí tenemos los resultados —dijo el médico.

—Tengo una intoxicación, lo más probable es que comiera algo que me cayó mal.

—Es probable, pero también podría deberse a un embarazo. En el examen de sangre salió una alta concentración de la hormona de embarazo.

Tanto Gloria como sus padres no podían creer lo que ocurría. No podía estar embarazada, porque ella había menstruado, por supuesto que sí.

—¡Sabía que acabaría en esto! ¡Con ese rufián! —exclamó el papá de Gloria.

—Tiene que haber un error. Mi menstruación es completamente normal. No puede ser, la tuve hace semanas y debería llegar en estos días...

—Pues si ha estado sangrando embarazada, hay que revisarla. Menos mal ha llegado para pasar un par de horas hasta que llegue la ginecóloga. Por el momento, se quedarán aquí y la ingresaré como un embarazo de alto riesgo.

La mamá de Gloria se abanicaba con la mano, se sentía nerviosa y desesperada por lo que ocurría. Su hija, tan centrada e inteligente estaba embarazada y era culpa de ellos que la habían dejado hacer de las suyas durante todas esas semanas con su jefe.

El doctor se retiró y ella se quedó en silencio y comenzó a llorar otra vez.

—Las lágrimas no te salvarán, Gloria. ¿Qué crees que pasará ahora cuando vuelva el tal Henry? Te juro por mi vida que se borrará. —alegó el papá de Gloria.

—No importa lo que pase, es nuestro nieto o nieta. Somos cristianos y ella lo tendrá, no importa lo que diga nadie. Si ese hombre pretende que atente contra la vida de su propio hijo, Gloria saldrá de ese trabajo.

—Les juro que es una confusión, mamá...

—No es una confusión cuando yo sabía lo que pasaría, Gloria. No quería dejarte ir con él a ningún lugar y era por esto. Eres tan joven para estar embarazada —siguió el padre, preocupado.

Gloria no dejaba de sentirse culpable, ¿cómo le diría eso a Henry? ¿Cómo lo tomaría?

Estaba segura de que se querían y que no sería un problema para ambos un bebé en ese momento.

—Trata de no agobiarte, Gloria. Puede hacerte daño, no pienses en nada que te perturbe —pidió su madre que tomó su mano.

—Se lo tengo que decir a Henry. Está en Chicago y... No puedo decírselo por teléfono.

—Espera al lunes, ahí le dirás todo. Pase lo que pase estaremos contigo. Tu papá está muy enfadado, pero no por eso dejará de amarte. Se siente mal porque fuimos permisivos contigo. En realidad, creíamos en ti y en tu sentido de responsabilidad.

—No merezco la confianza de ustedes. Lo lamento, pero quiero tanto a Henry que me dejé llevar por mis sentimientos.

—Pues ahora veremos qué ocurrirá cuando él aparezca. Más vale que acepte a ese hijo de ustedes, de lo contrario, me conocerá.

—Papá, estoy segura de que quizá será un poco duro para Henry, pero estará todo bien. Se ha vuelto responsable con la empresa y estudia, eso significa que existe un cambio en él.

Capítulo 28

Su fin de semana había sido miserable. La mandaron a su casa en la madrugada del domingo para que se recuperara. Debía cuidarse e ir con calma por la vida si no quería perder al bebé.

En ningún momento consideró la idea de quedar embarazada, pero se confió. Fue la mujer más tonta del mundo y ahora no sabía qué hacer, ya que el padre de su hijo o hija ni siquiera estaba listo para serlo. Todavía no era un buen jefe, aunque sí había sido un buen novio, tal vez un poco celoso al principio de esas semanas que llevaban saliendo.

Tenía una crisis existencial en ese momento, quería que la tierra se la tragara, porque no sabía qué hacer. No imaginaba qué reacción tendría Henry y eso la estaba matando. Aparte de que le preocupaba la salud de ella y del bebé que estaba en camino. ¿Qué pasaría con ella, sus estudios, su trabajo y sobre todo su relación con Henry? Lo sabría mañana al llegar. En el fin de semana no le había escrito nada, no le había informado sobre sus reuniones.

Le resultaba difícil ver como los minutos de su reloj pasaban con una lentitud agobiante que le producía mucha ansiedad por saber lo que sucedería. Su pecho palpitaba como si tuviera un caballo dentro, corriendo en alguna carrera, queriendo llegar al primer puesto. También se le dificultaba respirar como antes. No sabía si solo era ansiedad o pánico, no sabía la diferencia entre ninguna de ellas, pero en ese instante podía describir que podía tener cualquier cosa.

—¿Has descansado algo, Gloria? —preguntó su mamá que entró a la habitación con un zumo de naranja en la mano.

—No, mamá. En este momento es imposible que pueda cerrar los ojos para descansar. Eché a perder mi futuro.

—No quiero decir que es así, pero no hiciste caso a las señales de este asunto. Un jefe y una secretaria no terminan bien, ¿entiendes? Además, todavía eres una niña, serás mamá a los veinte años.

—No quiero ser mamá a los veinte. ¿Qué pasará con mis estudios y mi trabajo?

—Las clases las tomas virtuales y el trabajo no te hace falta. Ya ves lo único que te ha traído trabajar tan joven. Caíste con el primer farsante.

—Mamá, lo estamos juzgando sin conocerlo.

—Tú ya lo conocías, no puedes decir que era el mejor hijo, ¿cómo crees que será siendo padre?

—Del Henry que era un vividor ha quedado muy poco. Tengo fe en que logrará sacar su empresa al frente. Eso lo tiene muy ocupado y no sé cómo recibirá esta noticia.

—Solo no te hagas ilusiones. Tiene la mente en otro lugar. Si acepta al niño o niña, lo festejaremos, pero si no, aquí nos tienes a tu padre y a mí.

—Él no quiere saber de mí.

—Tal vez esté un poco decepcionado de él mismo, de la confianza que te dio sabiendo que todavía no estabas tan madura para recibirla. Nos engañaste como lo haría una quinceañera, Gloria.

Se sentía culpable por hacer sufrir a sus padres, pero para motivar un poco la desazón de su familia, lo único que podía hacer era continuar sus estudios y sobrevivir en el trabajo con un bebé de su jefe en el vientre.

Había llegado el temido lunes para Gloria. Se preparó para salir y lo hizo con unos zapatos más bajos. Su padre incluso acomodó cojines en el asiento para llevarla.

—Quiero que renuncies a ese trabajo, Gloria. Ni siquiera vale la pena pelear por una indemnización o dinero en esa empresa —pronunció su padre.

—No quiero apartarme de Henry, papá. Debo saber cómo reaccionará.

—Yo te lo digo, pero no quiero hacer la dramatización o me pondré histérico y hasta podría golpearme por culpa de la ira que tengo en su contra.

—No me ha obligado a nada. No lo veas como alguien malvado.

—¡Es un desgraciado y tú una tonta! Estoy enfadado, no me provoques siendo una inocente secretaría. Ni quiero que me digas una sola virtud que pueda tener porque para mí cualquiera que cites será inútil, todo para limpiar la imagen de ese hombre es completamente inútil. Él es un infumable.

Era cierto, no podía intentar maquillar la realidad: Henry no era el mejor hombre del mundo. De hecho, era uno de los peores que podían existir si evaluaba sus veintisiete años de vida.

La dejó en la puerta para que ella pudiera avanzar sola. Saludó al guardia de la entrada y siguió su camino hacia el ascensor. Una compañera de trabajo se sumó a Gloria para ir al piso.

—¿Sabes algunas novedades del jefe? —curioseó la chica.

—Hoy debe estar en la oficina de vuelta. Esperemos que sean buenas noticias las que trae.

—Hay que hacer como las ratas, Gloria, creo que deberíamos abandonar este barco —bromeó la joven que quedó en un piso antes.

Ella solo pudo fingir una sonrisa para no decir que estaba en desacuerdo con lo que decía.

Llegó a su lugar y la invadió un terrible aroma a café. La limpiadora había puesto a funcionar una máquina de café en el piso de presidencia. Las náuseas la invadieron y comenzó a tener fuertes arcadas. Ante eso, cogió un aromatizador y lo colocó a su alrededor para intentar seguir con vida.

Henry no había aparecido hasta las dos de la tarde. Entró con unos lentes negros a la oficina, se sentó en su lugar y llamó a Gloria, ya que ella parecía estar en otro planeta y ni lo había visto.

Al ver que el interno era el de su jefe, ella casi se desmayó del susto. Miró dentro de la oficina y él estaba ahí con el tubo en la oreja esperando que ella le contestara. La mano le

temblaba y hasta había olvidado cómo contestar.

—No me saludaste, Gloria, ¿estás bien?

Quería decirle que no, que no estaba bien, pero primero quería escuchar lo que él tuviera que decir.

—Perdón, estaba distraída. ¿Cómo te fue?

—Ven, conversaremos sobre eso.

Capítulo 29

Ella colgó la llamada y tragó saliva antes de ir hacia la oficina. Al menos no había bajado las cortinas, ya que eso sería terrible.

Entró al lugar y fue a sentarse frente a Henry que se quitó los lentes oscuros y ella pudo ver que él tenía los ojos morados.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Gloria al verlo de esa manera.

—Malas noticias y una pelea. No he podido lograr nada, fui a un bar con algunos amigos que estaban en Chicago y peleamos con otros. Tomé demasiado...

—Pero ¿cuál fue la mala noticia

—Es obvio, Gloria. No conseguí lo que fui a buscar. Lo único que tengo es una citación a la corte en un par de semanas. Haré cosas que no quería y una de ellas es pedir un préstamo a la empresa más exitosa que tengo en el grupo. Quisiera que con eso se pueda hacer algo. Espero no recibir más malas noticias, lo último que espero es que me amarguen la vida. Menos mal estás aquí, Gloria... —Él cogió su mano y la miró en el rostro—. Te ves muy pálida. Maquíllate después, sé que es uno de tus mejores hábitos.

Gloria forzó una sonrisa y se rascó la nuca. ¿Qué haría? ¿Cómo le diría el asunto del embarazo? No podía decírselo aún, debía considerar todos los puntos antes de dar el paso. ¿Cuándo sería el momento perfecto?

—Puedo maquillarte un poco para que no noten la golpiza que te han dado.

—Podríamos probar, ya que si aparezco con esta cara frente a la junta directiva me negarán todo sin escucharme. ¿Y tú qué has hecho?

—Yo... Fui a una discoteca con Mary y terminé en el hospital. No me peleé con nadie. Tuve una intoxicación por algo que comí ahí, supongo.

—Si hubiéramos estado juntos, no nos hubiera ocurrido nada. Prepara un café para mí y también quiero un par de pastillas para el dolor de cabeza.

—Te lo traigo en un momento.

No le dijo nada de lo que a ella le quebrantaba, prefirió quedarse callada, aunque no sabía por cuánto tiempo, quizá tampoco el trabajo fuera el mejor lugar para decírselo.

Dejó pasar unos días hasta que llegó el viernes y ella cada vez parecía más distante, ya que estaba evasiva cuando Henry quería acariciarla más de lo debido. Cada vez Henry tenía más respuestas negativas de las demás empresas del grupo por lo que no le quedaba más que maquillar la contabilidad de la empresa y pedir un préstamo bancario esperando que eso se aprobara. Eso no se lo habían sugerido sus asesores, él mismo se asesoró con sus escasas habilidades y su almohada.

Como todos los días, se encontraron cerca del trabajo para que pudieran irse juntos a la universidad en donde él la dejaba y después Henry iba a su casa. Durante todo el trayecto, ella

escuchaba las peripecias de un empresario millonario que bien podía vender su parte de la empresa y simplemente ser feliz viviendo de las utilidades y de su herencia, pero era más fuerte su culpa por no haber prestado atención a su padre que mantener a flote, aquel *Titanic* era la única opción para sentir que no había sido todo un fracaso en su vida.

Necesitaba contarle lo que a ella le aquejaba, estaba cansada de escucharlo quejarse de la vida como si no existieran cosas peores.

—Deberías dejar de estresarte tanto, Henry —lo aconsejó, cansada.

—¿Estresarme? ¿Crees que no tengo razones para ello? Te cuento algo, Gloria. Hay familias y hay dinero ahí. No sabía que debía preocuparme tanto por las cosas una vez que mi papá murió. Tengo a más de cinco mil familias en mis hombros, haciendo que las empresas sigan su curso. Si demuestro que soy incapaz y me voy a descansar siguiendo tu consejo, me sacarán de mi propia empresa. ¿No sabes lo que le hicieron a Steve Jobs? No es tan fácil jugar con la reputación de años que han construido mi padre y mi abuelo. Sé que no he sido lo que esperaban y que debí estar antes, pero no me rendiré.

—Lo sé, pero te veo muy agobiado cuando hay cosas más importantes.

—Y según tú, ¿qué es más importante, Gloria? ¿Tus estudios, tu maquillaje, tus prendas? —inquirió burlón.

—Estoy embarazada, Henry...

Él detuvo su coche al costado de la carretera, porque no entendía si era una broma o no.

—¿Estás de broma?

—No estoy bromeando, es la verdad.

—Maldición...

Los dos se quedaron en silencio sin decir nada. Gloria cruzó sus brazos bajo el pecho como si estuviera enfadada, ya que su acompañante pensaba que solucionaría todo con una simple maldición.

La mente de Henry era un torbellino. Todos los lugares disponibles en su cabeza estaban llenos como para pensar en un hijo.

No podía discutir el asunto dentro del coche, por lo que se colocó en marcha, pero no para llevarla a la universidad, sino para ir a su departamento y hablar del tema. Dejaría claro lo que le venía a la mente.

Sabía que la llevaba camino al departamento que tenía. La situación estaba tan lejos de ser como la primera vez que fueron al sitio. Los dos tenían el rostro serio y no se hablaban. De la misma manera bajaron del coche y fueron al ascensor. En ese instante comenzó a notar que Henry estaba nervioso y le dio la espalda.

El corazón de Gloria latía con fuerza, no sabía qué esperar de la conversación que tendrían.

Al salir del ascensor y entrar en el departamento, Henry arrojó sus llaves sobre la mesada de la cocina y buscó algo de beber en el refrigerador.

—Si es una broma, es el momento perfecto para decirme que solo querías estar a solas conmigo —dijo Henry.

—Ya te dije que no es una broma. Me encantaría que fuera una pesadilla, pero estoy embarazada.

—¿Cómo es posible?

—Haces preguntas estúpidas que merecen que alguien te golpee.

—¿Y cómo sé que es mío?

—Bien, esto es suficiente.

—¡No entiendes me cuesta asimilarlo!

—¡Me cuesta más a mí porque es mi vida y mi cuerpo!

Capítulo 30

—¡Debiste cuidarte, Gloria!

—¿Quién tiene veintisiete años? ¡Tengo diecinueve años! Apenas he acabado la High School y he conseguido mi primer trabajo, pero como siempre todo se trata de ti, de tus problemas, de tus cosas, de tus necesidades... Solo existes tú. He querido decírtelo por días, pero siempre he priorizado tu bienestar por sobre el mío. Este embarazo es de alto riesgo, puedo perderlo.

—Que lo pierdas es lo mejor que puede ocurrir. Y sí, las cosas son exactamente como dices. Se trata de mí, de la empresa. No quiero otro problema, Gloria. Estoy contigo porque me haces feliz, porque eres paz y todo lo que necesito para olvidarme de lo que me aqueja y ahora sales con un bebé. No estoy listo, no quiero ser padre. No tengo la madurez ni la cabeza suficiente.

—Yo tengo que madurar de golpe porque al parecer me tocará ser madre y padre para este niño.

—¿Y qué vas a hacer con él? Querrás obligarme a que me haga cargo, que lo visite y mil otras cosas que no tengo contemplado en este momento. Tú lo quieres, no yo. Si sigues con esto del bebé no creo que podamos estar juntos otra vez. Gloria, estamos bien así, somos jóvenes, ¿por qué tener a ese niño?

—Porque es nuestro, porque es una vida y porque jamás me perdonaría siquiera pensar en matar a alguien. Lo mejor es que me vaya, no pienso insistir en nada. Esto se terminó. Tampoco creas que te pediré una pensión o para que lo reconozcas porque eres rico. No le faltará nada con mi familia. Tengo el apoyo de mis padres para salir adelante como sea. Espero que no te arrepientas de la decisión que has tomado. No tengo nada que perdonarte, fue mi culpa por fijarme en un hombre inmaduro que desde un principio se acercó a mí por las razones equivocadas y yo caí como una verdadera estúpida. Adiós, Henry.

Ella se dispuso a salir del departamento.

—Te llevaré...

—Te lo agradezco, pero no quiero. Desde este mismo instante estoy sola con mi hijo.

Cerró la puerta con fuerza y se fue. Gloria lo había dejado en aquel lugar. La fugaz aventura con su secretaria había terminado de manera abrupta por culpa de un bebé sobre el cual no quería ejercer su paternidad. Él todavía pensaba en divertirse con la madre, no quería cambiar pañales o algo como eso. Ellos eran tan jóvenes y felices para arruinar sus vidas así. Gloria era egoísta al pensar solo en lo que ella quería y no lo había escuchado.

Ella lo estaba obligando a tomar una decisión que no implicaba algo que él quisiera hacer, pero que era lo mejor, o no podría continuar con sus objetivos. Estaba enfocado en solucionar los problemas que lo aquejaban y lamentablemente Gloria se había convertido en uno.

Salió del edificio de departamentos de Henry y paró un taxi al poco tiempo de estar esperando. No iría a la universidad, ya que iba tarde, molesta, cansada y decepcionada de la vida. Era demasiado para alguien de su edad que se enamoró del hombre equivocado. Su decisión

había hecho más difícil el camino a recorrer. Sus padres le habían puesto las cosas sencillas, pero ella quiso dificultarse sola.

Su corta relación que había mantenido la estaba marcando para siempre. Este sería su destino como madre soltera, pero todavía le quedaba estudiar y trabajar o quizá emprender algo. No sabía qué hacer con un hijo en camino. Henry solo era su jefe, no sabía cómo sería su relación en el trabajo. Tal vez hasta mejor era que dejara de trabajar y pensara en cómo construir una vida con un pequeño individuo como acompañante.

Sus padres la vieron llegando temprano a la casa. Dejó sus cosas en el salón y fue a la cocina a buscar algo de comer.

—¿No fuiste a la universidad? —preguntó su mamá que la vio sacando un pan, mantequilla de maní y mermelada de arándanos.

Cogió un cuchillo para untar lo que había puesto sobre una tabla de picar y empezó a preparar un sándwich. Trataba de mantenerse tranquila para que sus padres creyeran que no le afectaba lo que había ocurrido. Ya tenían mucha carga con una hija joven y embarazada para angustiarlos con su tristeza.

—No. Henry terminó conmigo y como conversamos sobre el bebé, no me dio tiempo de hacer algo más. No quiere hacerse responsable del niño y tampoco quiere darle su apellido. Estoy sola.

—¡Desgraciado! ¡Sinvergüenza! Me va a oír —gruñó su padre.

—¿Y cómo queda tú trabajo, Gloria? Supongo que no volverás a ir —dijo su mamá.

—Iré hasta que me despida o hasta que quiera hacerlo.

—No quiero que sigas yendo. Le faltará vergüenza para verte todos los días —espetó su padre.

—Está bien. Espero que te despida pronto, ese dinero servirá para el nacimiento del bebé y todos tus estudios. Lo mejor sería que descansaras. El doctor te advirtió que el asunto de tus sangrados no es una menstruación normal.

—Ya sé, mamá, pero iré hasta donde pueda y fin... Me cuidaré. Pronto terminará el semestre y quién sabe lo que ocurrirá la próxima semana.

Le dio una mordida al sándwich que había preparado e hizo cara de asco. Eso que metió en su boca tenía un sabor extraño. Lo dejó de lado y sacó un galón de leche para servirse un poco. Debía consumir algo o se desmayaría. Su estómago rugía con fuerza y lo que preparó para comer no era de su agrado.

—¿Alguien quiere el sándwich? Me ha caído mal. Solo beberé leche.

—Cualquier cosa te caerá mal si solo has recibido malas noticias en estos días —razonó el señor Roberts que trataba de encontrar alguna razón para mantener la calma y no matar al padre de su nieto en camino.

—Lo único que me interesa es no ser una carga más para ustedes. He fallado una vez, espero no volver a hacerlo en lo que me quede de vida. No volveré a cometer ningún error, lo

prometo.

Capítulo 31

La semana laboral había iniciado y Gloria había ido como siempre a la oficina. Encendió su ordenador y esperó a que Henry llegara. Ella sabía que sería difícil enfrentarlo. No tenía intención de darle un trato distinto al de jefe.

Lo vio llegar y él la miró, pero pasó de largo sin saludarla. Apenas se sentó y cogió el teléfono.

—Buen día, Elizabeth. Necesito que me recibas en tu oficina en un momento —dijo Henry que hablaba con una persona de la empresa.

—¿No prefieres que vaya a tu oficina?

—No, iré a la tuya.

Cortó la llamada y colocó sus cosas para iniciar el día, aunque minutos después abandonó su asiento y fue hacia la salida de su oficina.

—Si alguien pregunta por mí, le dices que no estoy y que regresaré más tarde. No hay un horario —mandó.

—Sí —acató sin mirarlo.

Ninguno de ellos quería mirar al otro. La situación era demasiado incómoda para poder sobrellevarla. Sería difícil que ambos sobrevivieran en el trabajo.

Henry fue hacia la oficina de Elizabeth y abrió la puerta sin tocarla.

—Buen día, Henry, ¿cómo estás? —indagó Elizabeth.

—Bien, Elizabeth. Quiero pedirte que prepares el finiquito de Gloria.

Elizabeth estaba sorprendida por el pedido. De hecho, no lo creía, ya que el mismo jefe de ella la halagaba en el trabajo al igual que el resto. Era una excelente compañera de trabajo y una empleada excepcional.

—Por favor, siéntate, Henry. ¿Puedo preguntar la razón?

—Está embarazada y necesito a alguien de todo tiempo como mi secretaria. —Se sentó cruzando las piernas.

—Ella no ha comunicado ese embarazo.

—Entonces es mejor, así ahorras una buena pasta. No, no hagas caso a lo último que dije. Dale lo que corresponde por un despido injustificado y otórgale una bonificación generosa. El dinero saldrá de la otra parte del grupo, no te preocupes. Prepara el cheque y lo firmaré. No quiero que este asunto pase del mediodía.

—¿Quieres que se lo entregue yo o ...?

—Hazlo tú. No tengo el valor para hacerlo yo.

—Esto demorará unos veinte minutos. ¿Esperarás o irás a tu oficina?

—Esperaré aquí.

Él había decidido despedir a Gloria, no podía tenerla ahí, acusándolo con su mirada. Si en algún momento decidía que quería ser responsable de su hijo, le hablaría, pero no era saludable que los dos siguieron trabajando juntos. De hecho, no podían hacerlo, era demasiado incómodo para los dos y lo mejor era que se fuera a su casa a descansar. No le haría falta nada porque sabía cómo vivía. Era una niña rica, no millonaria, pero acomodada. Sabía que ella se enfadaría al ser despedida y era comprensible, pero debía pensar en lo que le favorecía a los dos.

Durante la hora de dormir había pensado en el asunto del embarazo y no estaba seguro de ser padre. Había salido con Gloria muchas veces en poco tiempo, lo de ellos había sido algo fugaz y apasionado, pero no sabía si era lo suficiente para asumir la paternidad y darle un compromiso. Tenía mucho que hacer para tener que ocuparse de cambiar pañales, llevar a un niño a la escuela y otras cosas. Eso si quería ser un buen padre, o también podría ser como el suyo, que le había dado todo, pero nunca su compañía. Su madre de igual manera lo había dejado en manos de niñeras comprándole todo lo que le gustaba. Solo lo sacaba a pasear para presumirlo con sus amistades y comprarle más cosas que no le interesaban. Una vez que llegaban a la casa lo ignoraba y volvía a lo importante. A veces pasaba largos períodos de tiempo sin verla por sus viajes por el mundo sin su padre. Los dos fueron malos padres y él no estaba interesado en ofrecerle algo así a su hijo con Gloria. Sería el peor ejemplo, no era bueno para eso. No sería un buen padre, porque no había sido tampoco un buen hijo.

Después de que Elizabeth terminara de hacer el finiquito y de confeccionar el cheque, él lo firmó y regresó a su oficina.

Para su fortuna ella no estaba en su lugar en el momento en que él fue a entrar a su recinto.

El teléfono de Gloria sonaba sin parar, ella fue corriendo desde el baño al oírlo. El interno correspondía a Recursos Humanos. Cuando lo vio, supo que había llegado el momento, no había otra razón para que la llamaran de ahí. No era su cumpleaños para hacerle una fiesta sorpresa.

—Buen día, habla Gloria... —respondió con las manos temblorosas.

—Buen día, Gloria, ¿puedes pasar por mi oficina? —habló Elizabeth.

—Termino un asunto pendiente y estoy contigo en un minuto.

Gloria dejó el teléfono y comenzó a juntar sus pertenencias. No eran muchas, pero tenía sus implementos de belleza, su taza, un par de libros y fotos. Los metió en la mochila de la universidad. Después comenzó a organizar lo necesario en el ordenador para que la próxima secretaria encontrara todo lo necesario para seguir el trabajo. Ella no era indispensable para la empresa, solo lo era para su familia.

Al acabar, suspiró y fue a escuchar su destino.

Por más que hubieran terminado y no en buenos términos, Henry vio el segundo exacto en que Gloria regresó y lo hacía con una carpeta en la mano y lágrimas en los ojos. Lo único que podía hacer era bajar las persianas y tratar de concentrarse. Sobreviviría un par de días mientras buscaban una secretaria que pudiera reemplazar a la tan eficiente Gloria.

Cuando creyó que se concentraría, su puerta se abrió y ahí estaba ella que se había limpiado las lágrimas, pero sus ojos todavía estaban rojos.

—He terminado los pendientes y le dejo todo en excelentes condiciones. Todo está ordenado y enumerado en los cajones y otros muebles que están aquí en la oficina...

—Espero que entiendas la razón por la que esto ocurre, Gloria.

—Claro que sí, jefe. Entiendo todo a la perfección.

—Debes descansar por tu bebé

—Por nuestro bebé, pero gracias por preocuparte tanto por mí —escupió sarcástica.

—No puedo responsabilizarme por él, no puedo darle la misma vida que tuve.

—Sé que no puedes. Es más importante todo esto que un hijo, al menos para ti.

Capítulo 32

—Tal vez calmen las aguas pronto, Gloria.

—¿Para qué me dices eso? No volveré a trabajar aquí y menos a verte a ti que eres un cobarde.

—No quiero discutir, Gloria.

—Nunca quieres algo ajeno a lo que a ti te interesa, pero no quería ir sin darte algo con todo el sentimiento que tengo.

Ella se acercó a Henry y descargó en el rostro de él una sonora bofetada.

—Para que al menos te duela algo, Henry...

Le dio la espalda y se fue mientras él aguantaba las ganas de dar un aullido de dolor por semejante golpe dado con la fuerza de una patada de caballo.

Se mordió los labios para no gritar. Ni los golpes que recibió en la discoteca fueron tan fuertes como este que casi le da vuelta el cuello.

Dejó el móvil corporativo y se fue, aunque no sin antes borrar el número de Henry del suyo. A él lo sacaría de su vida en todos los aspectos que pudiera, ya que quedaba algo mucho más importante que era el hijo que ambos tendrían o al menos que ella tendría y del que se encargaría.

Llamó a su padre a la salida del trabajo. No había pensado en molestarlo, pero necesitaba su contención, alguien que la cuidara solo como él lo hacía.

—Papá, disculpa que te moleste, ¿podrías venir a buscarme? Me han despedido. Henry me despidió.

Las palabras que pronunció el padre de Gloria fueron ininteligibles, ya que el señor tenía muchas ganas de ir a armar un escándalo en esa empresa y hundirlo.

—¿En dónde me esperarás?

—En la parada del autobús.

—Estoy saliendo, dame unos minutos y nos vemos.

—Sí, papi.

Le puso los auriculares al móvil para poder olvidar sus penas. Había llorado lo suficiente para no hacerlo ahí frente a las demás personas que subían y bajaban de los autobuses. Desde mañana, ya no tendría la rutina de despertarse temprano, trabajar ni tampoco cobrar un salario. Su dinero quería usarlo lo mejor posible para lo que tuviera que acontecer con el niño. Debía pagarse un buen seguro para cuando tuviera que parir, ya que con solo las consultas se había ido una pequeña fortuna de dinero sin contar los medicamentos. Con el monto de su finiquito tendría que hacer magia para su supervivencia y depender lo menos posible de sus padres. Apenas pudiera, volvería a buscar un empleo para pagar una guardería y un par de cosas más. Su mente era un torbellino de situaciones que no tenía manera de solucionar.

Su cerebro buscaba formas de compensar lo que había hecho con ideas y presuntas soluciones. Había decepcionado a sus padres y no podía asumir ese cargo de conciencia. Le habían dado su confianza y ella lo primero que hizo fue arrojarse a los brazos de alguien que tenía banderitas rojas hasta en las pestañas. Pasó por encima de sus propios principios porque se enamoró de un hombre que parecía ser alguien redimido y arrepentido por su mal proceder. No solo la había apoyado como secretaria, sino como su novia, dándole ánimos, ideas y contención. Nada de eso contaba para ese chico mimado y malvado.

***

Henry llegó a su casa y vio a su madre, a la que escasamente encontraba en la residencia, ya que se sentía sola o deprimida y tomaba un avión a un destino desconocido.

—¿Cómo es eso de que Gloria ya no es tu secretaria? No puedo creerlo. Ella era lo único bueno en esa empresa que está por arruinarte —preguntó la señora Trociuk.

—Han pasado cosas mamá. Ella está embarazada, no puede quedarse ahí...

—No es una enfermedad contagiosa, eres un tonto. Mándala a otra parte del grupo. Sabes que el permiso por maternidad es mínimo.

—El problema es que está embarazada de mí, no puedo tenerla ahí.

—No puedo creer que te involucraras con tu secretaria. Gloria me agrada, pero no sé si lo suficiente para que sea la mamá de tu hijo. Es una empleada.

—Su familia está bien ubicada, solo trabajaba por gusto y no por necesidad. Quería sumar experiencia en su currículum.

—Vaya que ha sumado algo a su currículum. ¿Piensas hacerte responsable? ¿Te harás una prueba de ADN?

—Ni me haré responsable ni tampoco me haré un ADN. Estoy seguro de que es mío. No había momento para que me engañara.

—Yo sí quiero un nieto, Henry.

—¿Para qué? ¿Para decirle que no puedes ir a sus actos de la escuela, porque tienes un evento o porque la peluquería es más importante? Fuiste una mala madre y serás una pésima abuela. Yo seré un padre horrible y por eso es mejor que ni siquiera piense en ese hijo. Le dije que abortara, pero es un asunto suyo tenerlo.

—Pensé que te quise lo suficiente, pero ahora me doy por enterada que no es así. Hubo veces que llegué tarde a tus eventos, pero no me los perdí. Tienes recuerdos convenientes.

—Al igual que tú, mamá. Todo muy selectivo. Lo que sé es que Gloria salió de mi vida de la misma manera tan fugaz como cuando entró. Sobreviviré a su ausencia, tengo muchas cosas que hacer, no hay tiempo de pensar en si esto fue bueno o malo. Iré a bañarme y a jugar tenis.

Él dejó a su madre en el salón, pero ella no perdió tiempo y cogió una agenda de la casa. Su difunto esposo tenía muchas cosas anotadas y entre ellas estaba el número particular de Gloria.

El móvil de Gloria sonaba con insistencia. No reconocía el teléfono fijo que la llamaba.

—¿Hola? —respondió.

—¿Cómo estás, Gloria? Soy la señora Trociuk.

Gloria no dijo nada por un momento. ¿Qué quería esa señora con ella?

—Hola, señora, ¿cómo está?

—Me sorprendió tu salida de la empresa. Hoy llamé y no contestaste tú.

—Sí, me despidieron.

—Henry me dijo la razón, estás esperando un hijo suyo...

—Sí. No quiero ser irrespetuosa, pero ¿para qué me llama? Si quiere que lo aborte es mejor que se ahorre la plática y también si cree que los demandaré y le sacaré dinero por el niño. No es esa mi intención.

—Lo sé, Henry me dijo que no lo reconocerá, pero quería decirte que yo sí quisiera conocer a ese hijo. Al menos quiero estar al tanto de su salud.

Capítulo 33

—Prefiero cortar cualquier relación con Henry. No se ofenda, señora, él es un cobarde.

—Entiendo, Gloria. Espero que alguna vez me dejes conocerlo. Permíteme saber cuándo nacerá y dónde. Si no quieres que él esté no te preocupes, quizá ni le interese saberlo.

—Es cierto. Lo pensaré, señora Trociuk. Qué tenga una buena noche.

Se despidió de la mujer y dejó a un lado su móvil. Fue a buscar su mochila. Cogió las llaves del coche de su papá y de nuevo tomó el móvil, era hora de ir a la universidad.

Iría mucho más cómoda que todos los días. Sus compañeros de universidad pronto comenzarían a ver qué su panza se hinchaba. De hecho, después de bañarse todos los días se miraba el vientre para saber si comenzaba a notarse el embarazo. No quería entusiasmarse porque estar embarazada no era nada bueno, pero el bebé no tenía culpa y, además, no fue concedido bajo presión o de manera violenta. Ella se encariñó con Henry al punto de convertirlo en el centro de su vida. Otro sería su nuevo universo que siempre le recordaría al hombre que había jugado con ella. La desechó sin duda alguna, como si ella solo hubiera servido para que se acostaran y para los momentos hermosos. Debía odiar a su hijo, darlo en adopción o abortarlo, pero no era de esas personas que pensaban que justos pagaban por pecadores, todos hicieron algo malo y correspondía pagar por eso. Ella cometió el error de enamorarse y su error tuvo una pequeña consecuencia que crecía cada día más en su cuerpo.

Pasaron unas semanas y recibió un mensaje de Henry con un desabrido: «¿Cómo te encuentras?», ni siquiera se inmutó en responderle, terminó bloqueando el número corporativo del cual le escribió. Olvidó que el particular lo había bloqueado, pero no con el otro.

Estaba a punto de terminar el semestre y le faltaban unas materias para rendir. Ese día debía ir a rendir una. Cogió todas sus prendas para poder vestirse al salir del baño. Con su toalla en mano entró al baño y comenzó a bañarse. Cuando se dispuso a limpiar su entrepierna, notó que tenía mucha sangre saliendo de ahí. Su corazón se paralizó y no sabía qué hacer.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó con desesperación—. ¡Mamá!

Insistió con los gritos mientras con lentitud iba a buscar una compresa en el botiquín del baño.

—¿Qué ocurre, Gloria? Estaba cocinando...

—¡Estoy sangrando, mamá! ¡Voy a perder a mi bebé!

La madre de ella también palideció.

—¡Vístete como puedas! ¡Iré a por tu padre para que te llevemos al hospital!

Trataba de no hacer nada de esfuerzo, mientras a la vez lloraba por temor a lo que pudiera pasarle al bebé. No sé cuidaba como debería, estaba siempre yendo y viniendo de la universidad, subiendo y bajando escaleras de la casa. Era su culpa si algo le ocurría.

—¡Gloria! —la llamó su papá que la vio recostada con el pelo mojado y con lo poco que

pudo ponerse para cubrirse.

La cogió en brazos con cuidado y fueron hacia la salida de la casa. La recostó en el vehículo y al mismo tiempo su mamá le entregaba una toalla.

A toda prisa, pero con cuidado la llevaron al hospital donde la habían atendido la última vez. Todavía le habían faltado días para su control del embarazo.

Al llegar a urgencias, la llevaron de inmediato para hacerle unos estudios. Lo único que podía hacer Gloria era llorar sin parar por el destino de su hijo.

—¿Estará bien? —preguntó con temor a lo que le pudieran decir.

—Le haremos una ecografía y otros estudios para saber si estará bien. Trate de mantener la calma —dijo el médico que la atendía, ya que ella temblaba como si tuviera mucho frío.

Esperaron pocos minutos para que alguien les dijera algo. Ella estaba en la camilla, mirando al techo, mientras sus lágrimas entraban en sus oídos.

—Gloria, cálmate —pidió su mamá que no le soltaba la mano. Estaba tan asustada como ella.

—Debería alegrarme si lo pierdo, pero no quiero hacerlo, amo mi hijo, mamá, no lo quiero perder.

—No lo vas a perder. Debes calmarte, Dios dirá lo que pasará, no pierdas la fe —pidió su madre.

El padre de ella le dio un beso para calmarla.

El médico apareció con un par de hojas y se dispuso a leerlas.

—Tiene un serio desprendimiento de placenta. Necesita quedarse internada por si necesitamos hacerle una limpieza...

Esas palabras hicieron llorar aún más a Gloria, esa parecía una terrible sentencia para ella.

La ingresaron al área de ginecología para que pudiera ser tratada. Por llorar demasiado se quedó dormida. Sus padres estaban con ella intentando darle soporte emocional ante el momento que estaban atravesando. Ellos sabían que por más joven que fuera Gloria, la situación era más difícil sin el apoyo del hombre al que le entregó su confianza. Lo único que le quedaba era soportar todo lo que vendría y sería solo con la ayuda de ellos. Sabían que su hija no se daría por vencida ante nada y que remaría en las peores corrientes.

Cuando Gloria despertó, miró el techo y no lo reconoció. No sentía ninguna molestia o dolor salvo por las agujas que tenía colgando de su brazo. Ni siquiera sabía que le estaban poniendo. Distinguió a sus padres que estaban cerca en aquella habitación que era casi blanca. Agradecía tenerlos a su lado. Hubiera esperado que Henry se preocupara por ella de la misma manera en que ellos lo hacían. Estaban ahí con temor por la vida de ella y por la del niño que pendía de un hilo. Esa noche era crítica para definir su futuro. Si no salían bien de esta emergencia, juraba por su vida y la de su hijo en la condición que estuviera que se vengaría de Henry, no sabía cómo ni por dónde empezar, pero albergaba en su corazón mucho rencor que fue creciendo con las semanas después de su despido. Era demasiado cobarde para que las cosas le

salieran bien en la vida.

Capítulo 34

Seis años después...

Gloria escuchó la llamada para el abordaje para regresar a Nueva York y recoger las cosas del apartamento que arrendaba en ese lugar. Sus padres habían regresado a Seattle, ya que todo estaba definido para que pudieran retornar después de tantos años.

Abordó el avión y se sentó en su asiento de primera clase en compañía de su revista de economía. Ahí fue donde vio que Henry Trociuk estaba poniendo en venta las acciones de su empresa. Por fin había decidido que no podía solo. Le dio mucha rabia enterarse que no había conseguido lo que quería. Prefirió a esa empresa estúpida antes que, a su hijo, pero ya no tenía sentido pensar en el pasado tan doloroso que la aquejaba.

Al llegar al aeropuerto de Nueva York, su amigo y socio, Frank Rodeen, tenía un cartel con su nombre. Uno que solo podía avergonzarla como no tenía idea.

—¡Oye, Gloria! ¿Me estás ignorando? ¿Por qué?

—Guarda ese cartel ridículo y excéntrico. Somos dos personas serias —lo reprendió cogiendo aquella cartulina para dejarla en el basurero—. ¿Cómo que globos y corazones pésimamente dibujados? Mejor hubieras venido disfrazado de conejo.

—Compré el traje, pero me ha quedado pequeño, se me veían los tobillos.

—No seas tonto. De la misma manera hubiera pasado de largo.

—¿A dónde crees que vas con esa enorme maleta?

—Puedes llevarla si gustas. Todo lo que hice en Nueva Jersey ha sido excelente. Tenemos dos nuevos clientes y esto va viento en popa. ¿Compraste las acciones que te pedí?

—Ese capricho nos puede costar muy caro, Gloria...

—¿Por qué no ves oportunidades como yo?

—A ver, dime una ventaja de esa empresa.

—Es de nuestro rubro, pero nosotros hemos innovado y nos va excelente. ¿Quién es la experta en marketing?

—¿Quién es tu socio?

—Vale, Frank. ¿Te pondrás en plan amargura en los primeros minutos de mi llegada?

—Por ti estoy mudándome a Seattle.

—No me culpes, eres un nómada, primero vienes de Canadá y después a Estados Unidos. Debes recorrer todo este país conmigo. Estamos creciendo a pasos agigantados. Te agradezco que decidieras invertir en mi idea en estos años. Admite que has tenido buenas ganancias conmigo. Confía en lo que haré.

—Confío en ti, pero no en las cosas guiadas por la venganza.

—Esto saldrá bien. Él debió contratarme como su asesora, yo lo hubiera salvado, pero es un tonto.

—¿Todavía quieres al tonto?

—Por supuesto que lo quiero, pero ver destruido. Quiero despojarlo de esa empresa, tal vez así sienta un poco de lo que me hizo sentir a mí.

—¿Por qué mejor no piensas en buscar un novio que te quiera y te consienta?

—Lo nuestro no funcionó, Frank, estamos mejor como buenos amigos.

—No me refiero a mí, tú tienes un pésimo carácter, no te quiero a mi lado. Me refiero a otra persona que pueda ser tu víctima.

—Tal vez cuando concrete lo que espero de la empresa de Henry. Ahí podré liberarme un poco.

—¿Has pensado que cuando se encuentren preguntará por el bebé?

—No creo que se acuerde de él, pero si lo hace le diré lo mismo que a su madre: que murió. No tengo por qué sentir pena o lástima por una persona que nos arrojó de esa manera. Hoy puedo ver en retrospectiva lo tonta que fui al involucrarme con él. Mi vida sería tan distinta si no lo hubiera hecho.

—Es cierto, serías una empleadita y no me hubieras conocido en el banco en donde estaba tu padre.

—Siempre te jactas de que te conocí. Hay que buscar un camión de mudanzas para llevar todas nuestras cosas. Puedes vivir con nosotros en la nueva casa de Seattle, la otra la vendimos después de salir del hospital. Fue duro dejar todo eso atrás, pero fue lo mejor. Mis padres siguieron teniendo buenos trabajos y pudimos empezar de nuevo en otro lugar. Abandoné mi carrera y escogí otra que me abrió los ojos hacia lo que yo esperaba.

—Prefiero no molestar en la intimidad de tu familia. Alquilaré un piso con dos habitaciones si quieres venir conmigo.

—No dormiré contigo ni por error, ¿está bien?

—Tenía que intentarlo.

Los dos salieron abrazados del aeropuerto y fueron hasta el coche de Frank. Llevaban tres años siendo socios. Él tenía el dinero y ella el potencial para hacer un nuevo negocio. Frank era un inversionista canadiense al que conoció un día en el que fue al banco en el que estaba su padre y ahí existió como una atracción de parte de él para ella, pero Gloria fue sincera y le contó lo que había ocurrido años atrás. Prefirieron continuar como amigos y después como socios, pues comenzó a hablarle de sus proyectos de publicidad y las nuevas tecnologías. Lo convenció y le ayudó a agrandar su pequeño emprendimiento de marketing hasta convertirlo en poco tiempo en uno de los más exitosos de Nueva York, extendiéndose hacia los demás estados con rapidez. Ella estaba a la vanguardia y bien informada de lo que el mercado deseaba. Las personas que trabajaban para ellos eran las más capaces de la industria. También comenzaron a producir adelantos de películas y no solo publicidades para televisión, radio o cartones de leche.

Gloria nunca imaginó que cambiaría de carrera, pero durante semanas después de su internación comenzó a navegar en internet e informarse de todo. Con lo que ella sabía sobre la empresa de Henry más lo nuevo en el mercado publicitario, comenzó a ganar dinero con cortometrajes en redes sociales y de ahí fue creciendo hacia marcas más importantes. Juraba que tenía incluso más dinero de lo que podía producir esa empresa de Henry. Sabía que no le llegaría a los talones a un conglomerado tan grande de empresas. Él siempre sería multimillonario por más que perdiera esa empresa. Lo único que ella quería era sacarlo de ahí y que viera cómo el éxito iba de la mano de ella. Le haría saber lo que había perdido por ser el peor y más perverso de los hombres.

Capítulo 35

Henry Trociuk seguía dando batalla en la empresa que de repente levantó vuelto, pero otra vez quedó en el olvido con una nueva y pequeña publicitaria de nombre Imagine Co. Lo había desplazado con sus nuevas ideas. Tuvo que reestructurar su departamento creativo unas siete veces en esos años, pero nada duraba demasiado por lo que decidió escuchar a su prometida, Kathie, con la que llevaba saliendo un año. Ella era una mujer inteligente y guapa que había trabajado para él como gerente de productos dos años atrás. Volvieron a encontrarse y comenzaron a salir.

Después de lo que había pasado con Gloria, él no volvió a tener alguna relación con alguien dentro de la oficina. Ella lo había marcado y para mal, ya que no había podido olvidar lo que le hizo. Durante mucho tiempo le escribió al número que ella le había dado como personal, pero nunca le respondió y cuando fue a buscarla a su casa un par de meses después del despido, ese lugar se había vendido. Desapareció sin dejar rastro, ni siquiera tenía un perfil en línea para saber lo que había ocurrido con ella, tampoco sabía si su hijo o hija estaba bien o vivo. En aquel entonces no le había importado, pero el remordimiento de saber que tenía un retoño en algún lugar de Estados Unidos lo volvía loco. Había buscado los datos de los padres de ella, pero lo único que consiguió fue que el padre lo mandara a marte, le cortara la llamada y lo bloqueara. No le dieron una sola información sobre Gloria.

Con el tiempo tuvo que seguir su camino y eso incluía la parte sentimental. No quería que dos meses de intensa relación pudieran decidir sobre su futuro. Él logró terminar su carrera de administración y eso se lo agradecía a Gloria que lo había impulsado a prepararse. Tomó unas citas con un psicólogo para que lo ayudara a superar sus momentos de ansiedad. Nadie podía creer que el dueño de un enorme conglomerado estuviera en tratamiento, pero él tenía muchas cosas pendientes que lo orillaron a tomar malas decisiones. Esta vez había decidido soltar esa empresa para que pudiera volar con ideas nuevas.

—Buen día, Henry. Estaba por aquí cerca y decidí venir a verte. Quería preguntarte sobre la recepción, ya que no me he decidido sobre las bebidas. En dos meses es nuestro matrimonio y estoy apresurada con lo de las tarjetas. Deben ser perfectas... —dijo Kathie que se sentó frente a él.

—Habla con la gente creativa y pide que hagan como te gusta.

—¿Puedes involucrarte un poco con esto?

—Lo siento, es que estoy a punto de leer un email. ¿En qué quieres que te ayude, Kathie?

—A decidir los colores.

—La tendencia es neutral, me gusta todo lo neutro. ¿Está bien? ¿Ahora puedo leer mi mail? Espero noticias importantes.

—¿Más importante que nuestro casamiento?

—Es importante, pero falta mucho para eso. No seas impaciente.

—Ya quiero que dejes de estar aquí. Ve a las otras empresas, involúcrate con el éxito, aquí

solo encuentras frustración y fracaso.

—Estoy en eso. ¿Me dejas leer el email?

Ella bufó y fue a prepararse un café.

—¿Quieres un café?

—Sí, pero solo el de la máquina. No me gusta que arruinen el café con sus preparados.

—Porque nadie lo hace como tu antigua secretaria, Gloria.

—¿Y algún problema con el café de Gloria? No le pedí la receta cuando se fue. Grave error, supongo.

—No digo nada, pero como tu novia puedo prepararte un buen café.

Él solo quería silencio y Kathie estaba muy lejos de dárselo.

Comenzó a leer su correo y le avisaron que se vendieron todas las acciones en un cincuenta por ciento a Imagine Co. No podía creer que la competencia fuera inversionista en su compañía en un porcentaje tan alto, pero al menos estaría salvado con esa gente, solo que no le gustaba perder el control y tener que compartirlo.

Respondió el correo deseando saber cuándo se encontraría con el nuevo inversor. Ofrecería una buena cena en uno de los restaurantes más importantes de Seattle.

—Se te ha cumplido el sueño. Han comprado el cincuenta por ciento de la empresa. Ahora seré como el vecino molesto con el humo de la barbacoa.

—Me alegro. Por fin nos dedicaremos a viajar, a escoger casa y disfrutar de la vida —dijo Katie, sonriente—. Aquí tienes tu café.

Con solo colocar el café en su nariz, sabía que sería asqueroso, pero no se lo diría o no terminaría de irse.

—Bien, debo ir a contabilidad. Te quedas en casa. —Él le dio un beso en la frente y se retiró raudamente. Tenía mucho que conversar sobre lo que ocurriría con la venta de esas acciones.

—Quiero que te comuniques con Imagine Co para que indagues un poco sobre el dueño y cuándo vendrá aquí para que lo conozcamos —ordenó Henry a su secretaria.

—Por supuesto, señor. Estoy en ello —respondió Helen.

Ella llevaba trabajando con él cuatro años, era eficiente, pero ninguna secretaria sería tan buena como Gloria.

Al salir de contabilidad y saber de cabo a rabo lo que implicaba esta venta de acciones y cuando regresó a su oficina, su secretaria entró corriendo detrás de él.

—¿Y Kathie?

—Ella se ha ido, señor. Se aburrió de esperarlo.

—Qué suerte. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Sí, he hablado con la gente de Imagine Co en Nueva York, y dijeron que el jueves estarán en Seattle para reunirse con usted.

—Ahora sí, haz una reserva para la cantidad de personas que te dijeron y también incluye a Kathie, ella será mi esposa y puede asistir.

—Sí, sí. ¿Y la hora?

—Las siete de la tarde.

—Sí, señor.

La secretaria llamó al mejor restaurante de la ciudad y reservó el lugar para varias personas y solicitó que fuera en un salón privado, ya que conversarían de negocios en un ambiente relajado. Ya después irían a conocer las instalaciones.

Para Henry no se sentía bien perder el protagonismo, pero merecía un descanso de esa empresa que le había puesto los nervios de punta durante años.

Capítulo 36

Gloria decidió quedarse en el departamento de Frank en Seattle, ya que, si sus padres sabían que estaría cerca de Henry, enloquecerían y no acabaría el sermón.

Los coches de ambos fueron enviados a Seattle con las personas de la mudanza, por lo que si querían salir al menos ese día lo harían en taxi.

—Ya olvidaba cómo era tomar taxi —dijo Gloria que cogió su bolso para salir.

—Acabamos de llegar, Gloria, ¿irás a ver a tu familia?

—No, iré de compras. Ellos deben estar cansados, quiero que estén tranquilos. Los visitaré la próxima semana y les contaré las novedades si hace falta.

—Se enfadarán y lo sabes.

—Sí, pero supongo que sabrán que es parte de mi proceso de sanación interior.

—¿Te lo dijo un psicólogo?

—Sí, mi almohada es el mejor psicólogo. No me pasará nada, Frank. Además, tú estarás a mi lado como mi socio y amigo.

—¿Y si él está casado?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué puede importarme que una alimaña como esa esté casada? Bueno, sentiré compasión por la pobre estúpida que no sabe el tremendo premio al sufrimiento que se llevará.

—Tal vez solo ha sido inmaduro contigo, ¿no lo crees?

—Es probable, pero no creo que cambiara. Incluso, pienso que debe ser un drogadicto, borracho y problemático. Es un niño rico y mimado, no se puede esperar nada de él.

Para Gloria, nada de lo que era Henry le parecía correcto. Utilizaba todas sus fallas para odiarlo sin importar nada. Tampoco tenía mucho que decir de algo bueno que él hiciera por ella más que los ratos felices que habían pasado, aunque definitivamente pesaba todo el mal que le había causado en poco tiempo. No le dolió que la rechazara ni que la echara del trabajo, le dolió saber que jamás sentiría una gota de amor por aquel hijo que concibieron.

—¿Te arreglarás tanto para un perdedor? Yo no lo haría, cariño. Si nunca le importaste, ahora menos, ¿entiendes?

—De todas maneras, necesito una excusa para gastar dinero y la ropa siempre es una opción.

—Sí, seguro. No te sientas nerviosa porque lo verás después de seis años.

—No estoy nerviosa ni siquiera en uno de mis cabellos. Solo quiero salir y ver Seattle otra vez...

Salió del departamento de Frank y fue a buscar un taxi para ir a un centro comercial a por

unas prendas preciosas, no porque quisiera impresionar a Henry, solo quería que él supiera que a ella le estaba yendo tan bien en la vida que lo sacaría de su propio negocio. Ver su cara al saber que la persona a la que rechazó estaba a punto de quedarse con su empresa, era lo que deseaba. Todo esto lo había pensado por años y esperaba poder ver su rostro otra vez solo para burlarse. No había mucha malicia en su plan, mas que hacerle saber que era un desafortunado hombre por haber tomado la peor decisión de su vida.

Podían decirle que era rencorosa y no se ofendería. Gastaría hasta su último dólar por hacerle sufrir al menos un porcentaje de lo que ella había llorado y sufrido en esos años por su bebé. Él merecía todo el sufrimiento que pudiera entregarle. Nadie podría decirle que era justa o injusta, porque quien se derrumbó y volvió a levantarse fue Gloria y nadie más.

Con ansiedad contaba los días, horas y minutos para volver a verlo y así recibir un poco de paz y tranquilidad. Después de eso podría regresar a su vida normal, a esa que construyó con el tiempo. Amaba lo que hacía y para ella trabajar era lo mejor, ser empresaria, tener su propio dinero y vivir sin preocupaciones. Consiguió eso después de muchas lágrimas, tristeza y frustración. Estaba cerca de compensar su dolor con algo hasta que podría decirse inocente.

Después de estar indecisa entre varias prendas se las llevó todas. No quería sufrir por esas pequeñas decisiones que eran imposibles de tomar. En medio de su recorrido vio una tienda de bebés y se conmovió al mirar por la vidriera, pero rápidamente siguió su camino. Tenía algunas cosas que terminar y que con la mudanza no había podido hacer. Todo fue muy apresurado desde que supo lo de Henry. No quería que nadie se adelantara y que le arrebataran la oportunidad de hacerle daño con poca inversión. Él estaba regalando esa empresa por más que tiempo atrás saliera como empresario del año anterior por sus excelentes manejos. Las revistas de economía y finanzas lo amaban. Sus fotos eran las de un hombre exitoso. Sabía vender una imagen que no era real, al menos para ella.

Siguió concentrada en lo que debía hacer como proyecto para uno de sus clientes y poner a toda su gente a trabajar. Era agresiva en los negocios y por eso habían crecido en tan poco tiempo y también gracias a capacitarse con mucha frecuencia en todo lo que podría ayudar a tener más campo de acción.

Pasó toda la noche en ese proyecto, mientras su socio, el dueño del dinero le hacía una tabla de quesos y carnes frías para acompañarla con champaña.

—Seguiré sin acostarme contigo... —dijo ella entre risas después de coger su copa.

—Solo soy amable contigo. No creas que te lo pediré, aunque sería bueno para pasar este momento de ansiedad, ¿no te parece?

—No, no me parece. Cuando estoy en esta clase de momentos lo último que se me ocurre es tener sexo con mi amigo. No habla bien de ti ni de mí. Oye, ayúdame con esto... —Ella le mostró lo que estaba haciendo en el ordenador—. ¿Qué te parece?

—Que te falta dejar un poco el trabajo para tener ideas frescas. No estás concentrada y se ve.

—Está bien. Dejaré esto por ahora, pero lo retomaré pronto. —Ella se tomó la copa de champagne con rapidez como si tuviera sed.

—Deberíamos ver una película, así te relajas, nos relajamos y somos felices. Esto de la mudanza ha sido cansado para todos. Hay que guardar fuerzas para dentro de dos días. No querrás verte como un mapache con unas ojeras.

Capítulo 37

El día en que tenía que conocer a los inversores de Imagine Co, Henry fue a su casa a prepararse. No se sentía tan contento con la decisión que había tomado de poner el cincuenta por ciento de sus acciones a la venta a extraños que, pese a que estaban en el rubro de la publicidad, eran muy nuevos.

Cuando terminó de prepararse fue a buscar a Kathie para que lo acompañará. Estaba acostumbrado a ver a su prometida bien arreglada la mayor parte del tiempo. Ella estaba muy feliz porque decía que se quitaría la mitad del peso del hombro y podría concentrarse en esa relación que tenían.

—Estás muy guapa hoy —halagó Henry.

—Hoy pienso festejar una victoria tuya, querido. Esto hay que ponerlo en alto. Esta empresa es un verdadero dolor de cabeza para ti. Has tenido tanta suerte al tener a la competencia interesada en tu negocio.

—Es lo que no me gusta. Ahora tendré que estar pendiente de los gustos ajenos.

—Es una empresa exitosa, calma que estará en buenas manos y tú podrás darle un descanso a tu mente.

Kathie estaba harta de las idas y venidas de Henry respecto a ese lugar. Lo más saludable era que se deshiciera de él para poder enfocarse en su vida real que era la de un joven y atractivo multimillonario que tenía el mundo por delante y todo eso podría ofrecérselo a ella. Ya quería disfrutar de la paz y la tranquilidad que le daría la vida como esposa de alguien como Henry.

Los dos fueron al restaurante y preguntaron por la reservación que se había hecho a nombre de la empresa.

Los llevaron al salón privado y se sentaron a esperar con algunos de los gerentes a los que quería presentar a los nuevos inversionistas.

Gloria y Frank también habían llegado al restaurante. Ella no sentía nervios, su mente estaba preparada para cualquier enfrentamiento. Su corazón estaba tan frío que contaba los segundos para que él se diera cuenta de quién era su nueva socia.

—Ni siquiera te ves nerviosa sabiendo que vas a impactar con tu belleza y tu buen gusto —dijo Frank halagando a Gloria por su atuendo.

—Sé que me veo genial. Es un restaurante caro, ¿no crees que puedo conseguir a mi próximo novio aquí? —bromeó Gloria que estaba vestida con un exquisito vestido monocromático que marcaba toda su perfecta figura. Su maquillaje era sutil, solo sus labios resaltaban con el carmesí. Era fanática de los tutoriales para maquillarse y con los años había logrado la perfección o al menos lo que se adecuaba a ella.

—Siempre y cuando no sea tu mismísimo ex...

—¿Te refieres a Henry? Ya no como porquerías.

—Él es caviar y tú lo sabes. No caigas en sus garras otra vez, Gloria. Puedes caer en las mías.

—Basta, me haces reír, Frank.

Una vez que estuvieron en la recepción, la recepcionista los llevó hacia el salón privado que fue reservado para la ocasión.

Sin darse cuenta, Gloria inhaló y exhaló con fuerza. Frank la apoyó con una mano alrededor de la cintura de ella por si se le antojaba desmayarse o necesitaba apoyo moral para decir que tenía pareja.

Henry miró hacia la puerta por la que entraban la recepcionista en compañía de dos personas más. Cuando se dio cuenta de quién era la dama, creyó que estaba alucinando. Era idéntica a Gloria y eso que llevaba seis años sin verla. No pudo desviar su mirada de ella y era por todo lo que representaba en conjunto. Su parecido con Gloria y su gran atractivo.

—Buenas noches —saludó Frank.

—Buenas noches, soy Henry Trociuk —se presentó él y se levantó para saludar al hombre.

—Soy Frank Rodeen, es un gusto conocer a nuestro nuevo socio. Ella es Gloria Roberts, mi socia. Imagine Co lo formamos juntos.

Los ojos de Gloria no perdieron de vista a Henry. Ella le pasó la mano para que la saludara.

—Buenas noches, Henry Trociuk —correspondió como saludo.

—Gloria... —Él enmudeció al saludarla. No podía creer lo que vivía. Ahí estaba Gloria y era su oportunidad de saber qué había ocurrido con ella.

—Buenas noches. ¿No vas a presentarme, Henry? —preguntó Kathie que se acercó a él al verlo completamente perdido, como si estuviera desconcertado.

—Sí, sí, ella es Kathie, entiende mucho de marketing... —musitó sin mucho ánimo de presentar a Kathie con Gloria.

—Qué gracioso, Henry. Estamos comprometidos. Qué bueno que conoceré a tus socios.

A Kathie no le gustaba Gloria, ya que cuando Henry la vio quedó deslumbrado y entendía que había alguna cosa con ella. Coincidía su nombre con el de su antigua secretaria.

A Gloria no le había caído en gracia la noticia de que estuviera comprometido y no exactamente porque él le interesara, sino porque era otra parte en donde podría perjudicarlo. Ella no había podido encontrar la felicidad, pero aquel desgraciado sería premiado con una mujer bonita y una familia. Debía echarlo a perder todo. No solo tomaría posesión de esa empresa, sino también haría que él sufriera en ese compromiso.

La presentación continuó con los demás gerentes de la empresa de Henry. Cada uno de ellos era presentado por el mismo dueño. Gloria sabía que los ojos de Henry no dejaban de perseguirla. No parecía tener la intención de escabullirse como una rata.

La verdad era que ninguno de ellos podía apartar la vista del otro. Era esa atracción del

principio que los volvía a unir sin desearlo.

—Ya deja de mirar a la tal Gloria como si la conocieras, Henry —ordenó Kathie a quien nada terminaba de agradarle en ese lugar.

—La conozco es mi Gloria —replicó sin darse cuenta.

—¿Tu Gloria?

—Digo, mi exsecretaria.

—¿Es la de los cafés? Oh... Podría saludarla después y felicitarla por no dejar que nadie te haga un buen café para ti como lo hizo ella.

—Sería de mal gusto que le dijeras algo. Ahora déjame hablar con mis socios nuevos. Es lo que querías, ¿no es así, Kathie?

No era con exactitud lo que esperaba, no pensó que él estaría impactado por su antigua secretaria. Quizá él nunca le dijo toda la verdad.

Capítulo 38

Gloria y su socio, Frank, hablaban sobre parte de lo que serían los planes que tenían para la empresa de Henry.

—Lo primero y principal será cambiar algunas cosas de la empresa... —dijo Gloria que llevó una copa de champagne a sus labios al terminar de decir eso. Ella no había desviado sus ojos de las insistentes miradas de Henry. Él no dejaba de verla como si no fuera humana.

—¿Qué es lo que piensan cambiar? —preguntó Henry sin perder de vista a Gloria que cada vez más parecía atentar contra el poco buen juicio que tenía con sus labios carmesí manchando la copa. Se sentía seducido por ella y sabía que estaba mal, puesto que a su lado estaba su prometida, a la que quería olvidar.

—Quiero rediseñar todo. Cambiar su esencia. Ese lugar no levanta vuelo porque no tiene ideas importantes que aportar a la industria. Por eso hemos decidido comprar estas acciones sabiendo lo riesgosas que eran. Para nosotros es un reto hacer que esto despegue, pero lo conseguiremos. No es por halagarme, pero soy el cerebro de Imagine Co —respondió Gloria.

—Sé que no es asunto mío, pero es riesgoso cambiar el nombre de una manera tan arriesgada o de cuajo —opinó Kathie—. Fui gerente de productos en esa empresa y...

—Y por algo ha dejado de serlo, ¿no es así? Sabemos que no pueden mantenerse porque tiene pocas ideas que aportar en el rubro. No estamos en algo retro. El mercado marca las tendencias y debemos saber lo que quieren los usuarios y potenciales clientes de un producto —replicó Gloria con un poco de agresividad. No quería hablar con esa mujer.

La prometida de Henry se sintió casi insultada por lo que había dicho Gloria interrumpiendo lo que estaba diciendo, como si sus palabras no tuvieran importancia, siendo que ella también conocía el negocio de él. Debía sumarle a eso que le resultaba desagradable el tono de voz que utilizaba para dirigirse a Henry, lo trataba como si todo resultara obvio y como si él fuera un verdadero estúpido. Era engreída y petulante.

—Debería estudiar esa idea, ver el plan reflejado en algo... —alegó Henry que no estaba tan convencido con la idea de Gloria.

—Por supuesto que todo esto tendrá una planificación y no será de un día para el otro. Es un proceso largo el que enfrentaremos con un cambio de imagen...

Después comenzó a hablar Frank que quería bajar el nivel de alteración entre Gloria y Henry, pues era evidente que ella lo atacaba y él era como alguien que estaba a la defensiva, si no intervenía corría el riesgo de que Gloria golpeara a su exnovio hasta sentirse satisfecha y eso no sería hasta quizá dejarlo sin vida.

Sirvieron los elegantes platillos de la noche, pero Gloria no siguió bebiendo más champagne, pidió un agua tónica, ya que deseaba mantenerse sobria por si necesitaba que su intelecto hiciera gala.

Como recordaba, Henry seguía empeñado en la idea de que podría salvar a esa empresa. Comenzaba a darle lástima y quería burlarse de él, pero sería muy inmaduro de su parte. Lo que

ella tenía en su mente sería más doloroso, ya que lo sacaría lentamente de ahí. Cuando se diera cuenta la empresa sería de los inversionistas. Ella no tenía un interés real en lo que le pertenecía a él, solo quería que perdiera eso por lo que nunca vio el valor que ella tenía ni la oportunidad que le ofreció. Si la hubiera querido quizá las cosas serían distintas y no le hubiera tocado vivir tanta pena en un lapso corto de tiempo.

Las miradas entre ellos no cesaban, estaban a punto de decirse cosas sin abrir la boca. Casi podían comunicarse mentalmente por tanto mirarse.

—Voy al tocador —avisó Gloria a Frank que estaba conversando con los gerentes.

Ella se levantó y fue hacia la salida del salón privado.

Henry vio la oportunidad perfecta de encarar a Gloria. La siguió a una distancia prudente y la vio entrar al baño. Él, mientras tanto también fue a hacer sus necesidades en el baño de caballeros. Había bebido más de la cuenta y era por culpa de ella y su repentina aparición.

Gloria salió del baño y no se dio cuenta de que Henry la esperaba en la puerta.

—¿Dónde estuviste todos estos años, Gloria? —indagó haciendo que ella tirara su bolso al suelo.

—¿Por qué me asustas así? Estaba viviendo mi vida. No sabía que debía darte explicaciones de nada. No te importó despedirme, ¿por qué te importaría lo que hice después de mi despido?

—Fui a buscarte...

Una risa sarcástica escapó de los labios de Gloria.

—Me imagino que fue muy tarde, porque me fui de Seattle cuatro meses después de ser despedida. ¿Para qué me buscaste?

—Solo quería saber cómo estabas tú y el bebé. ¿Y dónde está él o ella?

—¿Te importa lo que pasa o pasó con él?

—No soy una criatura tan frívola, quisiera verlo.

—No puedes hacerlo porque ese bebé ya no existe. Una noche fui al hospital por un sangrado y lo perdí. Tu madre lo sabía, ¿no te lo dijo?

Él quedó en silencio y se sintió tan desilusionado, ya que en sus momentos más imaginativos se veía en compañía de un hijo, comprándole juguetes. Lo tenía presente en su mente de alguna u otra manera; sin embargo, todo eso se desvaneció en ese mismo instante.

—Ah, entiendo que no te dijo. Le dije que no te dijera nada, ya que no quisiste saber de él con vida, menos cuando estuviera muerto. Si tienes algo más que decir te sugiero que lo calles, no tengo ganas de escucharte un segundo más. No limpiarás tu conciencia conmigo preguntando por nuestro hijo, al menos por mi hijo, porque quien lo sufrió y lo lloró fui yo, sola, con el apoyo de mis padres, ¿dónde estabas tú, Henry? ¿En la empresa que jamás pudiste levantar? ¿Crees que valió la pena echarte más culpas al hombro? Ya era mucho tener en tu conciencia la muerte de tu padre y ahora también tienes la de mi hijo.

Capítulo 39

—No espero sentirme culpable por eso. No soy la misma persona de hace seis años, Gloria.

—Y yo tampoco si te has dado cuenta. Somos diferentes marcados por eventos distintos.

—¿Cómo eres la socia de Frank y tienes el mismo poder que él?

—Antes de ser socios Frank y yo fuimos algo más. Él tenía dinero y la idea corría por mi cuenta. Dejé mi carrera de periodismo y me enfoqué en estudiar marketing y formé un pequeño emprendimiento Imagine Co, que resultó ser un gran éxito, como tú no has podido tenerlo. Llevas años con este hueso, menos mal que he venido a salvarte —dijo burlona.

—Terminé mi carrera y me estoy especializando. Tú me ayudaste con eso.

—Al menos yo fui constructiva no como tú. En fin, trabajaremos juntos otra vez y te agradecería que te apartes para que pueda trabajar tranquila y hacer que las cosas funcionen. Date cuenta de que todo funciona mejor sin ti.

—Es mi empresa.

—No, es nuestra empresa.

—Dudo que quieras algo bueno, Gloria. Has venido con mucho odio.

—¿Quieres que te aplauda por todo? No, yo he venido por un objetivo y lo lograré. Te demostraré que tú eres el problema de este lugar y es mejor que te vayas con tu prometida. ¿Cuándo se casan? Quiero obsequiarles algo muy hermoso.

—En dos meses.

—Qué irónico que tú sí puedas rehacer tu vida con tanta facilidad... Puedes tener dinero, una novia bonita y planes de un futuro prometedor. Encontraste a alguien que en verdad te inspire.

—Y tú encontraste a Frank, ¿o no?

—Tal vez. Si me disculpas regresaré al salón junto a los demás.

—Me da mucha rabia que me culpes por todo, Gloria. Si te hubieras quedado...

—El hubiera no existe, Henry. El daño que me hiciste marcó mi vida para siempre y me convirtió en esto. Día y noche estudié y trabajé para comprar este pedazo de escombro para verte caer ante mí, si lo logró me sentiré satisfecha y sentiré que has pagado un poco de mi sufrimiento. Me rompiste el corazón...

—No creas que dejaré que me aplastes, Gloria. Me arrepiento de haberte perdido y de no poder conocer a... —No quería mencionar al hijo de ambos, era evidente que les producía dolor a los dos—. No lucharé, no me interesa ganarte en nada, mi meta es no hundirme.

—Tenemos objetivos distintos...

—Pensé que te perdiste, Henry —comentó Kathie que los encontró hablando en el área de

los baños. No quería dejar a su prometido cerca de esa mujer que no le daba buena espina.

—Nos detuvimos a conversar un poco, Kathie... —replicó Henry que sintió como su prometida lo cogía de la mano. Él se sentía tan incómodo que deseaba deshacerse de su agarre, no quería que Gloria lo viera así.

—Tú eres la famosa Gloria de la que me ha hablado Henry. Fuiste su secretaria, hacías el mejor café y eras muy eficiente. Qué buenos recuerdos tiene de ti —comentó Kathie con la intención de humillar a Gloria como ella lo había hecho antes.

—Fui su secretaria y ahora soy su socia. Él sabe lo eficiente que puedo ser. Me alegro de que conversaran sobre mí. Eso habla de la solidez como pareja, la sinceridad es importante. Fui importante en el principio de la vida de Henry como directivo de su empresa y no puedo creer que ahora compartiremos oficina en el mismo nivel. Siempre estoy para ayudarlo... —aseguró Gloria que arregló su oscuro cabello ondulado frente a un espejo.

Henry se sentía avergonzado por lo que Kathie había dicho, pero lo que no le agradaba tanto era la serenidad de Gloria al responder. No solo le dejó en claro cuál era su nueva posición a su prometida, también a él. Sería difícil tener que trabajar con ella y más sabiendo que lo odiaba.

—Iré al tocador... —Kathie pasó entre Henry y Gloria para entrar al sector de damas.

—Tienes una novia un poco metiche. Sería bueno que la ubicaras si no quieres que yo lo haga. No has sido sincero. No solo te he preparado cafés...

—No le anduve contando al mundo que fuimos novios.

—Por supuesto. No podrías enorgullecerte de tu secretaria embarazada a la que despediste. Oh, por favor, eso podría hablar mal del dueño del conglomerado de empresas más grande del país —habló con ironía.

—Es suficiente, Gloria.

—Nunca podrás negar tu pasado. No hagas un castillo de naipes si no quieres que un viento lo eche. —Ella lo dejó esperando a su novia en aquel lugar en el que conversaron y ella regresó a sentarse junto a Frank.

—Pensé que habías asesinado a Henry. No es una cosa malvada como la que pintas —murmuró su socio cerca de su oído.

—No tengo tanta suerte y además es un lugar público, Frank, sin decir que la novia de Henry fue a salvarlo como si estuviera en peligro. Aún no lo está.

—Pediremos un creme brulee y nos iremos, ¿está bien? Mañana visitaremos la empresa para recorrerla o tal vez lo hagas tú sola, ya que harás oficina ahí.

—Ni se te ocurra dejarme sola o soy capaz de cualquier cosa.

—Sabes que tú irás a quedarte ahí porque así lo decidiste desde un principio, yo solo iré una vez por semana. El arduo trabajo es tuyo.

—Solo será hasta que me sienta satisfecha.

—Uff... Eso puede tardar una eternidad.

Cuando Kathie salió del baño, Henry tomó una ligera ventaja con dirección al salón privado.

—Esa tal Gloria es una mujer antipática. ¿Qué se ha creído?

—Tú has buscado que te responda de esa manera.

—¿La estás defendiendo? Es una cochina secretaria que debió involucrarse con el tal Frank que se nota que es el que tiene dinero y que Gloria es solo una arribista convenenciera y vulgar.

—Ella viene de una familia acomodada, Kathie. No tiene defectos. Desde un principio ha trabajado por gusto y no por necesidad.

—Hagamos un altar para Santa Gloria. No harás oficina cerca de ella. Es una culebra.

—Esa culebra como le llamas ahora es mi socia te guste o no.

Capítulo 40

Por supuesto que no le agradaba la nueva socia de Henry. Quería averiguar más sobre Gloria, no se fiaba de ella, ya que no dejó de mirar en toda la reunión a su prometido. Ni siquiera intentaba desviar su mirada o fingir que no miraba hacia ella.

Regresaron al salón privado y se sentaron junto al resto de los demás integrantes de aquella reunión.

De nuevo las miradas entre Henry y Gloria no se hicieron esperar. Pese a que conversaban con los otros, entre ellos existía una conversación privada de miradas. Los reproches y los insultos por parte de Gloria pasaban desapercibidos por los ojos de Henry que querían saber más allá de lo que ella proyectaba. Buscaba a la chica alegre, vivaz e inteligente que conoció y no estaba tan interesado en el demonio en el que él mismo la había convertido según las propias críticas que ella le había hecho.

Después de que dieran por terminada la reunión, el valet parking fue a buscar el coche de Henry. Él esperaba junto a su novia. Kathie al ver que Gloria y Frank se acercaban para pedir su coche, colocó sus brazos alrededor del cuello de él y comenzó a besarlo.

Henry trataba de que no lo hiciera en sus labios, la esquivaba sin ser grosero. Después giró la cabeza y vio a Gloria y su socio presenciando aquel pésimo espectáculo que estaba dando Kathie.

A Gloria no le sorprendía ver aquellas muestras de afecto. A la prometida de Henry solo le faltaba orinarle en los pantalones para demostrar que era suyo. Claramente, la veía como una potencial enemiga.

—Si se te antoja puedo cogerte de la cintura o también puedo besarte para que se te pase el mal rato.

—¿Cuál mal rato? Él es el único que está siendo avergonzado por su novia en una cena de negocios. Tú y yo no haremos eso, somos sutiles, ¿verdad? Solo puedes colocar tu mano en la cintura y es suficiente para marcar el territorio, aunque no sea tuyo.

—Algo es algo... —Frank no perdió tiempo y colocó su mano alrededor de la cintura de Gloria para esperar al valet parking.

Al notar lo que había hecho Frank, Henry apartó a Kathie y observó con más detenimiento el atrevido movimiento que hizo para tocar a Gloria. Él estaba a punto de estallar. Detestaba ver a esa mujer cerca de un hombre. Eso lo dejaba pensando en lo que podrían hacer esa noche. Ella regresó a su vida para colocarla de cabeza. Ya no sentía que fuera por el sendero correcto, sino que se equivocó de camino y que debía retornar lo más pronto posible en donde era el correcto.

—Aquí tiene, señor... —El valet parking le entregó el coche a Henry y este le entregó una generosa propina.

Él le abrió la puerta a Kathie, pero todo lo hacía sin dejar de mirar a Gloria y su acompañante. Cuando salían del lugar, tanto los dos los despidieron con una sonrisa. Henry quería que se lo tragara la tierra. Maldijo por lo bajo y salió con rabia de aquel lugar.

—Nos quedaremos en mi departamento, ¿no te gusta la idea? —insinuó Kathie colocando su mano sobre la pierna de él.

—Saca eso de ahí si no quieres que choquemos —dijo enfadado—. Me iré a casa a descansar. Necesito estar repuesto para mañana.

—Eres el jefe. Si faltas todo seguirá igual. No seas tan fanático.

—Espero llegar pronto a tu edificio antes de que me enfade contigo. ¿Cómo pudiste avergonzarme de esa manera? ¿Crees que estábamos en una salida con amigos o entre la familia? Era una cena de negocios, con mis nuevos socios. No sé si llegas a entender lo que hiciste.

—Lo único que te molesta es que te viera la fulana esta, Gloria. No entiendo la razón de tanta deferencia con una secretaria que ascendió gracias a sus buenas dotes a socia de alguien adinerado.

—Tienes una sola opción ahora, Kathie, ¿te callas o te bajo?

Kathie escogió callar, pero no por mucho tiempo.

Mientras ellos peleaban en el coche, Gloria y Frank esperaban el suyo.

—Ya puedes retirar tu mano si no quieres que la retire yo... —manifestó incómoda.

—Bien, al menos hemos conseguido que Henry se fuera molesto. Oye, creo que le gustas y eso no me agrada.

—Alucinas. Me rechazó, ¿recuerdas?

—Es de sabios corregir nuestros errores. Su novia es bonita, pero ni siquiera es capaz de llegarte a los talones.

—Ni si me llegarás a bajar todas las estrellas del cielo me volvería a acostar contigo, ¿está bien? Años atrás me atrapaste en mis cinco minutos de estupidez.

—Fue el minuto más especial de mi vida —se burló Frank.

—Es exactamente el tiempo que duraste. Deberías checar eso.

Los dos subieron al coche y pagaron la propina antes de retirarse. Trataron de mantener el buen humor antes de ir a descansar.

La experiencia de volver a ver a Henry no solo hizo que su rechazo aumentara, sino también le hizo recordar lo que habían vivido y lo felices que fueron en aquella fugaz relación que después terminó en esto que ella era. Mientras él disfrutaba de una vida maravillosa y una prometida, Gloria se ahogaba en su propio veneno y nadaba en su bilis. Ver a esa mujer colgada de él casi hizo que le diera un soponcio, pero soportó gracias a que Frank era un excelente socio en todos los aspectos. Con su atractivo dejaba mal parado a cualquiera, solamente que ella no tenía tiempo para pensar en que él pudiera ser el mejor candidato del mundo. Ya lo dejó ir una vez y no sabría si sería bueno dejarlo ir en esta ocasión. No merecía vivir detrás de ella que solo tenía objetivos maliciosos que él apoyaba. Era demasiado bueno para estar con alguien tan envenenado como ella.

—Si no te sientes preparada te acompañaré. Si desconfías de lo que puedes lograr, también estaré ahí. Aprovéchame que pronto iré a buscar otros negocios. Así somos los inversionistas, querida.

—Estaré bien. Debo enfrentar mis temores y mi odio. Eres una gran contención para mí.

—Solo llámame si crees que caerás en sus brazos, prometo devolverte al objetivo con tal de que no te toque...

Gloria le sonrió y negó con la cabeza. Frank era especial.

Capítulo 41

Cuando llegaron al departamento, Gloria fue a su habitación y comenzó a sacarse los zapatos de tacón. Sus pies le dolían. También se quitó el vestido ceñido al cuerpo y buscó una prenda cómoda para dormir. Después fue al baño para hacer su rutina de limpieza de cutis.

Con el agua tibia enjabonando su rostro, su mente empezó a elaborar escenarios de lo que podría vivir al día siguiente. Ver a Henry todos los días no sería fácil, pero estaba ahí para enfrentarlo. Desde un principio supo que la dificultad sería su principal compañero. Él había hecho que confesara todas sus malas intenciones como una verdadera tonta, pero era un momento que quizá esperó por demasiados años para enfrentar. No quería creer que él la buscó. Ese hecho no podía disminuir el castigo que él debería recibir. No quería creer en un arrepentimiento, pues eso podría afectar sus ánimos. Había sacrificado mucho por llegar hasta ahí.

Suspiró y trató de recuperar el rumbo de sus pensamientos. No dejaría que una mentira de Henry que era para quedar bien hiciera estragos en sus planes de años. Nadie la haría cambiar de opinión. Estaba ahí para hacer daño y no para volver a ser dañada.

Cuando terminó su limpieza, ella comenzó a buscar una emisora para escuchar música en la radio instalada en la habitación.

No tardó mucho en quedarse dormida, pero eso no le impidió que pensara en Henry y en la novia que tenía. Le había caído como una patada en el hígado y quería que desapareciera. Su intención no era hacerle daño a ella, sino a él. Sin embargo, sospechaba que saldría salpicada si estaba siempre a su lado.

Por la mañana, ella preparó un café negro y lo colocó en un vaso térmico para tomarlo de ida a la empresa.

—Me voy. Te dejé café en la máquina, Frank. Sé que te gusta frío —comunicó abriendo la puerta de la habitación de él.

—Mmm... —respondió Frank que parecía haber sido devorado por la almohada.

Ella volvió a cerrar la puerta y siguió su camino para ir al estacionamiento y subir a su coche. Tendría muchos requerimientos que hacer cuando llegara en el edificio. Exigiría un lugar propio y por lo pronto esperaba compartir el espacio con él.

Llegó hasta el lugar y se colocó los lentes de sol. Ella aparcó en el lugar del mismo Henry y eso era para provocarlo.

—Disculpe, señorita, no puede estacionar ahí. Es el lugar del señor Trociuk —comunicó un guardia de seguridad.

—Al señor Trociuk no le molestará dejarle el lugar a su socia. Dígale que aparque en cualquier sitio.

Gloria continuó su camino hacia el ascensor y ahí comenzó a tomar aire para ver cómo estaba esa empresa a la que recordaba con cierta nostalgia.

Sabía en donde se encontraba la oficina de Henry y por supuesto que iría a esperarlo en ese lugar.

—¡Disculpe, disculpe! —exclamó una secretaria que la seguía con sus zapatos altos al ver que una mujer elegante entraría a la oficina de Henry sin ser la prometida de este.

—¿Eres la secretaria de Henry? No te preocupes, soy la dueña de Imagine Co. Lo esperaré aquí, en su oficina.

—El señor se enfadará.

—No te preocupes que yo puedo lidiar con él. Ya usurpé su lugar para aparcar.

La secretaria pudo verla entrar a la oficina y sentarse en el sillón de él. Solo le quedaba rezar para que él no se enfadara.

Gloria miró lo que había a su alrededor. No había cambiado mucho ese sitio, aunque sí le pusieron un inalámbrico y una pantalla adicional. Tenía una triste máquina para hacer café, no se parecía en nada a aquella que ella usaba para prepararle uno.

Comenzó a abrir y cerrar cajones. Encontró el modelo de las invitaciones para la boda y se le ocurrió hacer una diablura.

Henry llegó a su empresa y vio un lujoso coche aparcado en su lugar. El guardia de seguridad corrió hacia él antes de que diera explicaciones.

—Una mujer muy mandona vino y dijo que no le molestaría estacionar en otro lugar, señor Trociuk.

Sospechaba que esa mujer mandona se llamaba Gloria. Si comenzaban el juego así, él también tenía la forma perfecta para hacer gala de su tenacidad.

—No hay de que preocuparse. Me quedaré detrás de ella...

Sin dudarlo, él cerró la salida del coche de Gloria y fue hacia dentro del edificio para tomar el ascensor. Cuando llegó a su piso, su secretaria se había pegado a él como una sanguijuela.

—No me digas que hay una mujer mandona en mi oficina...

—Dice que es su socia, la dueña de Imagine Co.

—Sí, es ella. No te preocupes. ¿Le llevaste café?

—Ella venía con un vaso térmico en la mano.

—Ah, bien...

El cristal de su oficina lo dejaba ver que Gloria había encendido un ordenador y estaba trabajando o quizá navegando en internet desde su asiento. Al parecer él debería buscar su propia oficina, ya que ella pensaba que había comprado todo ese lugar.

—Buen día, Gloria.

—Puedo apostar que la contraseña de tu ordenador sigue siendo director1234. No lo tengo aquí para hacer mis comprobaciones, pero lo supongo, ya que no ha cambiado mucho este lugar.

Quizá la silla y el teléfono.

Él se sentó en una de las sillas para invitados de su propia oficina.

—¿Sabes que compraste el cincuenta por ciento y no el cien por ciento?

—Sí, pero me lo merezco. Mi oficina en Nueva York es mucho más amplia.

—No lo dudo.

—Encontré estas cosas curiosas aquí. ¿Estás seguro de que tu prometida fue gerente de producto? Tiene un pésimo gusto, por algo esta empresa ha caído en picada. Estas tarjetas son muy tristes. Me ofrezco a hacértelas.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no eres de fiar.

—¿Tienes miedo de que ponga mi nombre en lugar del suyo y que seamos nosotros quienes nos casemos? No te preocupes, no estoy tan loca y desesperada. Traje un poco de café, del que hago, ¿no quieres probar? Tu novia dijo que los míos son los mejores, veremos si así siguen.

Capítulo 42

Ella le pasó el vaso térmico para que él pudiera probar el café. Henry la miró con un poco de desconfianza, pero por más cambiada que estuviera Gloria, la veía igual de pícara que antes.

Probó el contenido y asintió.

—Tu café, sí, es tu café... —dijo entregándole una sonrisa.

—Le puedo dar clases magistrales a tu secretaria y a tu nueva esposa el tiempo que estaré aquí.

—Hablando del tiempo que estarás aquí, ¿te moverás de mi lugar? Te ofrezco la sala de juntas para que puedas trabajar ahí sin que nadie te moleste.

—Está bien, iré a ese lugar. Traje lo necesario para sobrevivir. Atenderé los bocetos de un cliente y después trabajaré contigo para la nueva imagen de este lugar. Si estará ligada a una empresa exitosa del mismo rubro, debemos hacer algo bueno y tengo un par de ideas, obviamente mucho mejores que tus invitaciones para el matrimonio.

—Puedes decírselo a Kathie cuando la veas.

—¿Y qué hace?

—Ahora mismo no tiene un trabajo fijo.

—Es una vaga.

—Por favor...

—Cualquier otra mujer trabajadora sería mucha arena para tu camión o no.

—Deja de envenenarte contra ella. No le hagas caso.

—Es desagradable, pero imagino que alguien pudo habértelo dicho.

—Mi mamá, por supuesto.

—La señora Trociuk siempre es tan ejemplar.

—Apoyaba una relación entre tú y yo, pero todavía me falta reclamarle que no me dijera nada del niño. ¿Cómo es su nombre?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Supongo que tiene una tumba.

—Se llama Erik.

—Me gusta ese nombre. ¿En dónde lo has enterrado?

—No quiero hablar de eso. Iré a tu sala de juntas para que evites esas preguntas.

—Tengo derecho a saberlo.

—Te recuerdo que no quisiste ese derecho cuando lo tuviste. Ni siquiera te pedí una relación, solo quería que lo amaras. Me iré... —Ella cogió su ordenador y fue hacia la sala de juntas que conocía.

Si en la oficina de él poco había cambiado, en ese lugar nada lo había hecho.

Cuando se sentó para comenzar a trabajar, recordó que su móvil estaba en silencio, por lo que no lo escucharía. Al ver la cantidad de llamadas, casi desfallece. Su mamá y su papá habían estado llamando como locos y ella ni siquiera se había percatado.

Temblando había devuelto la llamada a su madre.

—¿Hola? —respondió su madre.

—¡Mamá, todo está bien! ¿Todo está bien? —preguntó desesperada.

—Sí. Te llamé para preguntarte por qué no habías llegado a casa. No nos gusta que estés alejada, pero grande ha sido nuestra sorpresa cuando llamamos a Frank y nos contó un par de cosas.

—Mamá...

—Vas y te metes ahí, en donde no deberías. ¿Qué quieres? ¿Perder más de lo que estás dispuesta y también dinero esta vez?

—Estoy aquí por algo y lo haré.

—No mueras envenenada con tu propio veneno, ¿entiendes? Él ya te ha olvidado.

—Bien me ha dicho que me buscó.

—¿Y para qué? ¿Para ilusionarte y que caigas de nuevo y te embaraces otra vez?

—El doctor dijo que era difícil que eso volviera a ocurrir así que no me preocupa, pero tampoco soy tonta para caer dos veces con él.

—No aprendes. Te esperamos aquí el miércoles, es un día muy importante para todos.

—Lo sé, estaré ahí.

—Cuídate, Gloria, y no hagas boberías.

—Sí, mamá. Un beso para todos...

Colgó la llamada y se sintió más tranquila al saber que no había ocurrido nada grave. Estaba pendiente de ir el miércoles, sería un día importante para la familia.

Estuvo trabajando durante un par de horas hasta que sintió que el hambre tocaba su puerta. Era la una de la tarde y ella aún no había comido, aunque fuera un snack. Tendría que ir a buscar comida.

Salió de la sala de juntas pasó por la oficina de Henry. Él también estaba concentrado en el trabajo y no quería molestarlo.

—¿Vas a comer? —curioseó Henry.

—Sí, me pondré a ello.

—Suerte con eso...

Siguió su camino y fue hacia donde había dejado el coche aparcado. Cuando vio una enorme camioneta tapando su salida, supuso que fue Henry y la frase «suerte con eso», se refería a que no podría salir de ahí.

Tuvo que regresar, pero lo hizo con cara de pocos amigos.

Cuando Henry la vio parada frente a la puerta, sonrió.

—¿Aprenderás a aparcar bien y no con prepotencia?

—Qué gracioso. Quita tu camioneta para que pueda salir.

—Te invito a comer.

—No estoy interesada en comer a tu lado.

—Es la única manera en la que comerás o puedes pedir que te envíen la comida. Te invito, Gloria, no lo pienses mucho. Soy más peligroso aquí que en un restaurante. Aquí me da hambre de otra cosa.

—Dices cada tontería. Por esta vez. No volveré a aparcar en tu lugar.

—Te lo agradezco. Vamos...

Su madre le dijo que no hiciera boberías y lo primero que había hecho era una bastante importante: ir a comer a solas con Henry.

—Espero que a Frank no le moleste que salgas conmigo a almorzar... —preguntó Henry que le abrió la puerta del coche.

—¿Por qué le molestaría?

—Porque son novios.

—Lo fuimos tiempo atrás.

—Ah, pensé que entendí mal al verlos ayer —comentó queriendo que aquello pareciera casual.

—Él es muy protector conmigo, por eso somos excelentes amigos.

—¿Amigos con derechos?

—No tienes razones para saber si me acuesto con él, y si me acostase no es de tu incumbencia.

—No somos nada, Gloria, solo soy curioso. Tú eres una persona más madura y preparada de lo que recuerdo, pero con mucha malicia.

—Y tú sigues igual o quizá peor que antes, aunque te felicito por haber terminado tu carrera a tan avanzada edad.

—Hice varias sesiones de terapia con el psicólogo que me ayudaron. No soy el mismo Henry, he sentado la cabeza, por eso me casaré.

—¿Y cómo sabes que es la correcta?

—No lo sé. Ella me recuerda a ti, siempre intenta que esté bien.

—Esa no es una razón para casarse.

—Llevamos saliendo un año, mucho más de lo que duré contigo, creo que me acostumbré y no me desagrada del todo.

Capítulo 43

—Eres un encanto. Qué cálidas palabras. Eso de no te desagrada tanto es un poco incómodo, pero tampoco soy alguien que deba opinar al respecto.

Lo sabía, Gloria cometió el peor error de su vida al irse a comer con él. No debería ni siquiera respirar el mismo aire y ahí estaba, haciendo lo que le dijeron por nada del mundo que debería hacer. Era una desobediente descomunal, su madre de nuevo estaba desconfiando de ella y de su fortaleza, pero ella no se atrevía a desconfiar de sí misma. Estaba dispuesta a no caer en la farsa de Henry. Él era un experto en mentir y manipular.

Los dos llegaron a un restaurante y ordenaron algo de la carta. El silencio entre ambos era algo incómodo, pues no sabían qué hacían juntos después de haber vivido cada desacuerdo e infortunios. No debería ser lamentable encontrarse juntos, pero era difícil estar ahí.

—¿Y tus padres? —indagó Henry.

—Te odian...

—No me sorprende, hay muchas personas que me odian, empezando por ti.

—Y no te equivocas. Es difícil estar cerca de ti sin querer golpearte. No es fácil asumir que solo fui la diversión de alguien y a cambio de eso me llevé un montón de responsabilidades y enseñanzas.

—Me encantaba estar contigo, Gloria. Me hacías reír, que me sintiera vivo, querido y consentido. Lo nuestro fue vibrante, pero era inmaduro y no entendía tu valor, eras una verdadera mujer buena. Mereces ser rica y exitosa hoy en día. Y yo merezco estos años de incertidumbre por insistir en tu número de teléfono sabiendo que estaba bloqueado.

—Corté esa línea al poco tiempo después de estar en el hospital, no le veía sentido a recibir tus mensajes. No pensaba vivir del pasado.

—¿Y por qué regresaste si no pensabas hacerlo?

—Venganza, malicia, enfado... Cualquier emoción mala me ha traído de nuevo aquí.

—¿Esperas darme una lección?

—No sé.

—Yo he aprendido solo con mis propias luchas. Fue difícil para mí deshacerme del cincuenta por ciento de esa empresa en donde estaban puestas las verdaderas ilusiones de mi padre. Amaba más a ese fracaso que al resto de las buenas empresas que fundó y que lo enriquecieron.

—Él fue muy bueno, el mejor, solo tengo buenos recuerdos de él.

—Los recuerdos pueden variar de acuerdo con cómo se vivió cerca de esa persona. No tenemos los mismos recuerdos. No fueron buenos padres conmigo, pero sí quería ser buen padre, al menos hoy lo quiero.

—Tendrás más hijos, el mío nunca fue importante para ti.

—He pensado en él todos los días en estos últimos años, lastimosamente me has dicho que ha muerto. La ilusión de comprarle un juguete o jugar tenis juntos tuvo que desaparecer.

—¿Ahora resulta que tienes madera de padre? Me das náuseas, no creo poder comer nada —escupió enfadada. No quería escuchar la victimización e inocentada de Henry—. No creo una sola de tus palabras, quieres hacerme ver como si fuera la mala de esta historia, cuando tú eres el villano. No eres la víctima, yo lo soy.

—Tampoco eres la víctima, era esa persona que concebimos.

—Basta, me iré a comer sola en otra mesa. No puedo estar aquí contigo.

—Vete si eso te hace bien. También puedo guardar silencio.

Definitivamente, Gloria prefirió quedarse para no pasar vergüenza, ya que había llegado con él y no quería ser el foco mediático de los empleados del restaurante y otros comensales.

Llegaron sus almuerzos y ninguno de ellos volvió a dirigirse la palabra hasta que llegó el momento de pagar la cuenta. Ambos sacaron la tarjeta para pagar y se miraron con apatía.

—Tú pagas —ordenó Gloria que guardó la suya y esperó a que pagara.

Salieron los dos y de nuevo él se comportó como un caballero abriendo la puerta para que subiera.

—Dime tu cuenta bancaria y te pago lo que has gastado —dijo ella.

—No hace falta.

—No quiero deberte ni siquiera un almuerzo.

—Invítame mañana y asunto arreglado.

Prefirió seguir callando o pelearía con él. Ella solo quería pleito y nada más. Estaba enfocada en la rabia y el rencor. No podía ver nada bueno en él, al menos se negaba rotundamente.

Al llegar ella bajó de la camioneta de él para mover la suya, no pensaba quedarse atrapada y que él la llevara a su casa.

Henry siguió de largo su camino y después la esperó en el ascensor.

—No más problemas con mi coche... —dijo para sí misma y Henry la oyó.

—Te daré un estacionamiento propio un piso más arriba si quieres.

—No está mal, sería bueno tenerlo y estar lejos de ti.

—¿Y una oficina en otro piso?

—Suena bien, ¿para cuándo estará lista? No quiero compartir lugar contigo.

—Esta semana se montará el cubículo en el área de producto, junto al gerente. Iré al baño...

Gloria lo vio salir del ascensor e ir hacia el baño que no estaba en su oficina. Ella fue hacia la oficina de él ignorando a la secretaria que al parecer quiso decirle algo.

Al abrir la puerta, Gloria se encuentró con Kathie en la oficina de él.

Aquella situación era incómoda.

—Buenas tardes —saludó Gloria que fue hacia la puerta de la sala de juntas.

—¿Y Henry?

—Está en el baño.

—¿Fueron a algún lugar?

—A comer juntos un rato. Se nos ha pasado el tiempo —alegó maliciosa.

—Eres una socia peculiar.

—Sí, estoy haciendo oficina en el salón de juntas. He visto tus tarjetas de invitación y me han parecido sosas. Henry es un hombre exitoso y tú una mujer hermosa. ¿Por qué tener unas invitaciones tan feas? Me ofrezco a hacerte unas que serán preciosas.

—Gracias, lo pensaré. Mientras esperaré a mi prometido...

—Con permiso, Kathie.

Kathie vio desaparecer a Gloria detrás de esa puerta y respiró para no estallar. Cuando vio entrar a Henry, ella tenía el rostro rojo de ira.

—¿Te fuiste a comer con esa?

—Sí. Por error aparcó en mi lugar y yo por vengativo sin saber quién había dejado su coche ahí, simplemente le cerré el paso y ya que los íbamos a comer, la llevé.

—Quiero a esa mujer fuera de aquí. Se está metiendo en nuestra boda. Ha hablado de nuestras invitaciones. No se lo voy a permitir.

Capítulo 44

—Sí, tiene razón. Es que no son tan hermosos como crees, podrías hacerle un par de cambios y pasárselos a producto.

—¿La estás apoyando, Henry? Era tu secretaria, ¿qué puede saber? ¿Por qué tanto respeto con ella?

—Deja en paz a Gloria, no te está haciendo daño, solo te ha hecho una sugerencia y creo que pudo haber sido con la mejor intención.

—Mejores intenciones tiene Jack, el destripador. No me fío de ella. ¿Por qué viene a entrometerse en nuestra intimidad?

—Ha visto las invitaciones esta mañana.

—¿Tú se las enseñaste?

—Sí, le dije si podía darme un consejo con ellas —mintió, ya que si sabía que se metió a su oficina a hurgar tendría que dar demasiadas explicaciones que no quería dar.

—¿Cómo pudiste? ¡Justo a esa mujercita engreída con ínfulas de dueña de todo! Es una arribista, una mojigata.

Gloria estaba pegada a la puerta de la sala de juntas escuchando aquella discusión. Henry defendiéndola era algo inimaginable. Le hacía sonreír. Su curiosidad la estaba matando. Era la semilla de la discordia entre ellos. No veía a Henry muy interesado en decirle muchas cosas a su prometida. Era un desgraciado, pero lo hacía por su tranquilidad, no debería juzgarlo.

—Si vienes a darme un dolor de cabeza puedes irte. Tengo que trabajar.

—Maldita la hora en la que quise que tuvieras más socios aquí.

—Es un poco tarde para eso. Si vas a quedarte busca algo que hacer, porque yo estaré ocupado.

Kathie no soportó seguir viendo a Henry y salió de ahí convertida en la furia encarnada.

Él tampoco corrió para detenerla, prefería su paz.

Gloria presenció todo aquello y sabía que ese era el verdadero Henry que ella conoció. No quería discutir, solo pensaba en no tener problemas y el trabajo era el mejor escape.

Esa semana terminó para Gloria y ella se enfocó en acabar sus pendientes de otros clientes. Estaba en correos constantes para asegurarse de que sus diseños eran correctos.

—¿No quieres salir esta noche? —preguntó Frank. Mañana debo volar a Canadá.

—Pide algo. Me apetecen unas hamburguesas. Salir no es una opción, aquí hay cosas importantes que hacer.

—No sé con qué cara juzgabas a tu ex, haces lo mismo.

Ella dejó por un segundo lo que estaba haciendo y miró a Frank.

—¿Quieres hacerme sentir culpable? Por algo lo nuestro no funcionó.

—No quiero hacerte sentir culpable, lo que quiero es que caigas en cuenta de que no eres mejor. Sabes juzgar a otros, pero no ves tus errores.

—Ahí andas tú dando consejos para que me porte bien, eres peor que mi papá.

—Sé que adelantas trabajo para hacer maldades, a mí no me engañas. Pediré las hamburguesas y me cuentas. Engordar y cotillear no es mal plan para un sábado por la noche. ¿Quién quiere caviar y mariscos si puede comer unas nutritivas hamburguesas?

—Tú entiendes...

Después de unos minutos, él realizó el pedido. Era cuestión de esperar.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Mmm... Pues me he ofrecido para modificar las tarjetas de invitación para la boda de Henry y la arpía esa.

—¡La llamas la arpía! ¡Te dejo sola un día y armas revuelo, nena!

—Es una bruja, ni siquiera debería estar comprometida con él.

—¿No quieres hacerle el favor a Henry de liberarlo de ella y poner tu nombre en la tarjeta?

—No, no lo he pensado. Me hubiera gustado salvar a la tal Kathie de Henry, no a él de ella.

—No veo sentido que quieras arruinar algo que les arruinará la vida. Deja que ese matrimonio siga.

—No pienso impedirlo, solo me interesa que él pase mal este momento en el que estoy aquí. Tú sabes que no tengo intención de quedarme mucho aquí, serán unos meses y después regresaré a Nueva York, mi vida está ahí.

—Pero tu mente siempre ha vivido aquí. No quieres dejar Seattle por nada del mundo. Además, tus padres se han establecido aquí de nuevo y sabes lo que eso significa.

—Significa riesgo.

—Exactamente. Tú no mides el peligro de lo que dices y haces.

—Pareces mi conciencia.

—A esa que ignoras sin mayor dilema... Esta venganza no tiene cimientos fuertes, se te caerá en la cabeza y te dolerá. Olvida a Henry y empieza de nuevo. Si no es conmigo, puede ser con otros. Hay muchos peces en el mar y tú estás empeñada en tener una pecera con un pez dentro.

—No necesito un hombre en mi vida, y si llegara a necesitarlo, sería mi papá. No quiero que nadie perturbe mi paz.

—¿De qué paz estás hablando? Desde que te conozco tenemos esta conversación. Continúa

haciendo tus cosas, abriré un champagne para matar la sed, mientras esperamos.

Por más que siempre las palabras de Frank la dejaran pensando, ella no tenía la intención de ceder a nada, continuaría firme en su camino hasta encontrar satisfacción.

***

El martes ella estuvo encerrada en la oficina y solo pidió un sándwich con un café como almuerzo, como no tenía nada que hacer en la casa de Frank y con sus pertenencias en una maleta dentro del coche para pasar unos días con sus padres, Gloria se quedó a trabajar más tiempo.

Todos los días se cruzaba con Henry y él no acostumbraba a interrumpirla, ya que le dejaba trabajar tranquila.

Gloria levantó la mirada al ver que la puerta de la sala de juntas se abrió y quien entraba no era exactamente Henry, sino que era Kathie.

—Buenas tardes, Gloria.

—Kathie, que sorpresa —manifestó tratando de no parecer verdaderamente sorprendida.

—He pensado en el asunto de la tarjeta. Quiero que las hagas igual, como las tengo, pero que tengan el logo de Imagine Co para que la gente sepa que tú lo hiciste.

A Gloria se le escapó un chiflido. Esa mujer había ido a humillarla.

—Es una marca registrada y no salen modelos tan sosos de ahí. No pondré mi nombre en esas tarjetas.

—Entonces no te metas con ellas y mantén tu distancia con Henry.

—¿Por qué debo mantener distancia de él? Supongo que te ha contado todo, ¿o no?

—Eras su secretaria y es todo lo que hay.

—Creo que a él se le olvidó decirte que hay más cosas ahí…

Capítulo 45

—¿Qué cosas? —increpó Kathie.

—Te diría que no me compete decírtelo, pero soy parte de la historia de Henry. Él y yo fuimos novios cuando trabajaba de secretaria. Debió decírtelo, pero supongo que no lo hizo porque yo desaparecí por seis años después de que me despidió. Es comprensible que me olvidara.

—Entonces también debiste olvidarlo. ¿Por qué compraste las acciones? ¿Quieres revivir momentos?

—No. Veo que tu mente no concibe la idea de que las personas hagan negocios y todas queremos follarnos a tu prometido. También me acosté con él, no es algo maravilloso.

Kathie negó con la cabeza y quiso irse de la sala de juntas.

—¿Quieres que te haga las invitaciones?

El sonido del fuerte golpe de la puerta significaba que no estaba interesada en seguir con su propuesta, entonces Gloria alzó los hombros e hizo un gesto con la boca antes de continuar con lo que estaba haciendo.

—¿Por qué no me dijiste que ella fue tu novia? —inquirió Kathie al ver llegar a Henry a su oficina después de su horario de almuerzo.

Henry giró los ojos y pasó a sentarse en su silla.

—¿Molestaste a Gloria en mi ausencia?

—Te pregunté algo, Henry.

—¿En qué afecta eso en nuestro presente?

—Al menos debiste prepararme para esta humillación. Estás aquí con tu exnovia secretaria. ¡Por favor, no soy una estúpida!

—No grites, y si lo vas a hacer, puedes irte y me llamas mañana.

—Para ti todo se soluciona de esta manera. Quiero a esa mujer lejos de aquí. Dile que no le vendes nada.

—¿Te estás oyendo?

—Se va ella o me voy yo.

—Es mi socia. Puedes arrojar toda nuestra relación a la basura por especulaciones tuyas. Gloria es parte de mi pasado, porque ella perdió un hijo mío.

—¿De qué más me tengo que enterar? No puedo creerlo. No solo era tu novia. No es una historia que deberías ocultar.

—Te pido una disculpa si te ofende. No puedo cambiar el pasado, pero tú eres el presente.

Te vuelves loca por algo que no ocurre entre ella y yo. Hemos terminado hace seis años y ya no existe nada que nos una. Fue una relación intensa y fugaz, lo nuestro es algo más longevo. Cálmate.

Ella se acercó a él y se agachó para abrazarlo.

—Estoy nerviosa por nuestra boda, es todo. Debo calmarme.

—Sí, Kathie, es eso lo que debes hacer.

Gloria había escuchado el grito que dio la novia de Henry y se acercó a escuchar. Entreabrió la puerta y los vio abrazados. Sin darse cuenta chirrió sus dientes al entender que no había conseguido hundir a Henry, más bien parecía haberlos unido en lugar de separarlos.

Regresó a su asiento y suspiró desalentada. La tristeza invadió su pecho y se tapó la cara, como si estuviera cansada de todo. Llevaba demasiados años trabajando duro para estar ahí. Él estaba haciendo su vida y ella quería hundirlo. Tenía una novia histérica a la que quería empujar del sexto piso, pero sería una asesina y Gloria no pretendía algo así o ya lo hubiera hecho con Henry.

Volvió a concentrarse en su trabajo y perdió la noción del tiempo, ya que no había mirado la hora no sabía cómo estaba el clima afuera porque ese lugar no tenía ventanas al exterior.

—Son las ocho de la noche, Gloria —comunicó Henry que tenía su maletín en la mano, él estaba de salida.

—No me di cuenta. —Ella guardó sus papeles en una carpeta y la metió en su maletín, cerró su ordenador y lo guardó.

—Tuviste una conversación muy íntima con Kathie...

—Quiso humillarme con su pedido. Quería que su horrible diseño fuera firmado por Imagine Co. No lo voy a hacer. No me responsabilizaré por algo así. Lleva años construir una buena imagen. Sé que será el matrimonio de un multimillonario, no vale la pena.

—¿Tenías que decirle que fuimos novios?

—¿Por qué no?

—Se encendieron las luces de sus inseguridades, Gloria.

—No soy responsable de las emociones ajenas y menos de una mujer perturbada como esa. Te vas a casar con alguien que no sirve, pero mejor no me meto porque tú tampoco eres lo mejor que le puede pasar a alguien. Con ella eres otra persona... Si todo está bien, no creo que tenga algo malo que seamos socios.

—No cuentas con que el problema no es solo ella, eres tú. Pones en duda mi presente.

—¿Por qué crees algo así?

—Porque no sé lo que siento cuando te veo, Gloria. No sé a qué has venido, pero estás haciendo desmanes en mi vida.

La respiración de Gloria comenzó a agitarse con la confesión de Henry. A ella no le

temblaba el pensamiento para demostrarle que la empresa estaba mejor sin él; sin embargo, su corazón herido que alguna vez lo quiso también la hacía tambalear.

—Lo bueno es que ante tus dudas no puedes despedirme como años atrás. Me voy...

Intentó pasar, pero él la detuvo y lo hizo para mirarla en el rostro y para después atreverse a arrojarse a los labios de Gloria dejando caer su maletín en el suelo. La misma atracción que una vez los unió, estaba ahí saliendo de la oscuridad.

Pese a negarse, Gloria cedió ante aquel beso y eso la hacía sentir que por dentro se desarmaba. Todo aquel miedo y sufrimiento de años atrás salieron a flote. La chica de diecinueve años no murió, correspondía a ese acercamiento que él propiciaba.

Gloria lo alejó y miró a su alrededor por si olvidaba algo.

—Mañana no vendré. Tengo algo importante que hacer...

—Debemos hablar de esto.

—No. Aquí no hay nada de qué conversar. Adiós...

Salió de ahí a largas zancadas. Henry no conseguiría confundirla otra vez, ni enamorarla y mucho menos seducirla. No podía dejarse llevar por la tontería de él que quería jugar mucho más sucio que antes. Tenía novia y esto que hacía hablaba peor de él que de ella. Quería hundir esa relación, pero no con el riesgo de ser ella la que volvería a derramar lágrimas.

Capítulo 46

Había cometido la tontería de arrojarse de esa manera sobre Gloria. ¿En qué estaba pensando? Era un hombre comprometido con otra mujer; no obstante, él estaba más comprometido con estar pendiente de su exnovia. Kathie tenía razón al desconfiar, aunque no de Gloria, sino de él.

Cuando subió a su coche, su móvil comenzó a vibrar, era el número de su madre.

—¿Qué tal, mamá? —respondió.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? Ven a casa si no estarás con Kathie...

—No estaré con Kathie. Tengo un par de cosas que contarte, mamá.

—Entonces te espero aquí, comeremos algo y conversaremos...

Definitivamente, Henry prefería ir a casa de su mamá antes que aparecer por su propio departamento en el que lo más probable fuera que Kathie lo estuviera esperando.

Salió de la empresa detrás del coche de Gloria y a ella la vio perderse en el otro lado de la calle. Podía incumplir con su madre e ir a ver dónde vivía, pero eso sería cruzar los límites de la cordura.

Una vez en casa de mamá, fue a la sala en donde ella estaba con la televisión encendida.

—Hola, mamá —saludó dándole un beso en la frente. Después se sentó a su lado.

—No vienes hace mucho porque esa mujer que tienes como prometida ni quiere que me visites.

—No se llevan bien, lo mejor es que venga solo.

—Ya dije que no iría a tu matrimonio, no permitiré que esa señorita quiera pasarse de la raya conmigo, ya que no me defenderás.

—Querías que me casara y ella es la que escogí. Han sido difíciles estos años, mamá, y lo peor es que Gloria ha regresado y es mi socia.

—Espera, te has saltado muchas partes, Henry, ¿cómo que es tu socia?

—Ella compró parte de la empresa, desde la semana pasada está en Seattle y hemos hablado. Lo único que puedo criticarte es que ocultaste que mi hijo estaba muerto, ¿por qué dejaste que pensara que alguna vez lo encontraría?

—Gloria no quería que te lo dijera en ningún comentario, pues ella pensaba que a ti nunca te importó.

—Sí me importaba, pero no sabía nada de la vida, era inmaduro y tonto.

—Nunca sabremos si el niño hubiera vivido si permanecían juntos.

—Me hubiera gustado, porque esta Gloria de ahora es diferente. La he decepcionado y yo

también me di cuenta con eso de que estaba decepcionado de mí al hacer todo con tan poca inteligencia.

—No te culpes, no tuviste el mejor ejemplo. En todos estos años seguimos tratando de hacer las cosas diferentes, aunque algunas jamás regresan. Gloria tiene muchas razones para odiarte y no podemos culparla, ¿o sí?

—No, no puedo. Le doy la razón y pienso darle todo lo que me pida para sentirse bien y de esa forma quizá disminuya mi culpa por lo que pasó. Me entristeció saber que no tengo un hijo. En un principio no lo quise, pero algo cambió con el tiempo. Ella me dijo que se llamaba Erik.

—Sí, yo lo sabía.

—Me hubieras ahorrado un par de ilusiones, mamá.

—No pensé que te importara demasiado.

—Sabes que busqué a Gloria, pero la tierra parecía habérsela tragado. No exterioricé más cosas que mi frustración, pero por dentro me consumía la decepción de haberla dejado ir.

—Olvídalo, no podemos cambiar el pasado, pero sí podríamos vivir mejor el presente. Te compraré un par de cosas que te pondrán contento.

—¿Una raqueta nueva? Tú perro se comió la mía.

—¡Por supuesto! Te la llevaré mañana temprano, querido.

Él se quedó a cenar con su madre y después fue a su casa. Para su suerte Kathie estaba durmiendo en su cama y él solo tomó un baño antes de unirse a ella y tener que dar muchas explicaciones mañana. Debería quitarle las llaves del departamento para que no volviera a entrar o quizá cambiar la cerradura.

***

Por la mañana, la mamá de Henry subió a su lujoso vehículo que conducía un chofer y se dirigió a la tienda de deportes que no estaba muy lejos de su casa. Después le llevaría la raqueta a su hijo y se iría a almorzar con sus amistades. Sin embargo, sus planes dieron una vuelta inesperada al pasar frente a una escuela y ver ahí parada a Gloria en compañía de los que debían ser los padres de ella.

—¡George! ¡Necesito que te detengas! —mandó la mujer.

—Sí, señora...

El chofer la obedeció y se encostó. No había mucho lugar para estacionar, por lo que tuvo que hacerlo lejos.

—Bajaré un momento.

La señora Trociuk se infiltró entre las demás personas que estaban ahí aguardando a los que ella creía que serían sus hijos. Se escondió para ver lo que Gloria hacía ahí. Esa joven no tenía hermanos, por lo que un sobrino no era una opción.

Tenía el móvil en la mano dispuesta a no solo sacar fotos, sino también a filmar lo que

pudiera.

Estuvo ahí más tiempo del esperado, pero su paciencia rindió sus frutos. Un niño de cinco años corrió hacia Gloria, llorando. El pequeño era rubio y de ojos claros, tal como fue Henry en su niñez.

—¿Por qué lloras, Erik? ¿No te gusta la escuela? ¿Alguien te ha molestado? Es tu primer día. —Gloria quiso consolar a su hijo, al que mantenía oculto de la familia de Henry y de él mismo.

La madre de Henry había filmado todo ese encuentro y la escuchó hablar con el niño. Para ella eso era suficiente prueba para decir que su nieto, Erik, era ese niño. Volvió a su coche y subió sonriente, pero con un par de lágrimas en los ojos.

—No iremos a la tienda de deportes, vamos a por mi hijo, hay algo que debo decirle y es muy importante —mandó la mujer.

Sabía que esto que haría podría desatar un desastre para Henry, ya que la información que tenía no sería agradable para la novia de él y a Gloria no le gustaría tener que compartir a su hijo, pero tanto el padre como el niño tenían derecho a conocerse.

Capítulo 47

La señora Trociuk no saludó ni siquiera a la secretaria de su hijo, pasó directamente hacia la oficina y abrió la puerta con premura.

—¡Mamá! —exclamó Henry que casi muere de un susto al escuchar la estruendosa entrada de su progenitora—. No te veo con mi raqueta.

—La raqueta la dejaremos para otro momento. —Ella cerró la puerta.

—¿Todo bien?

—Sí y no. Creo que lo que voy a decirte es algo maravilloso para nosotros, pero muy malo para otra persona que tú y yo conocemos.

—Ahora sí me ha picado la curiosidad. ¿De qué se trata?

—Se trata de tu hijo y de Gloria.

—Mamá, ayer hablamos de eso...

—Sí, de un muerto, no de un pequeño niño rubio de ojos grises que va al jardín de niños.

Henry estaba confundido por lo que decía su mamá. Debió haber soñado algo, eso era un clásico de las madres y abuelas.

—No lo imaginaba así, pero algo parecido. Mamá, imagino que debiste soñar con él.

—¿Te parece que pude haber tenido un sueño con un niño que no conozco? Lo he visto con mis propios ojos. He visto a Erik.

—¿Por qué bromeas de esta manera?

—¿Por qué Gloria no está aquí?

—Dijo que tenía algo importante que hacer.

—¡Y ese algo que hacer era llevar a Erik a su primer día de clases en la escuela!

—Gloria no sería tan malvada para eso.

Su mamá manipuló el móvil y después se lo entregó.

—Quiero que veas hasta dónde puede llegar su desprecio hacia ti. Quiso ocultar a tu hijo con una mentira. Es una tonta.

No podía creer lo que estaba viendo. Era la misma Gloria con un niño como había descrito su madre. Tragó saliva con fuerza y sus labios se arquearon hacia abajo, como si quisiera llorar.

—¿Ahora me crees? No puedo hacer un montaje como este. Ella nos ha mentido con la intención de que nunca te ocupes de tu hijo.

—No quería creer que fuera tan vil para mentir sobre la vida del niño. ¿Por qué cree que puede tener más derecho que yo? Esto no se quedará así, por supuesto que no. —Él levantó el

tubo del teléfono para llamar a su secretaria—. Quiero que llames a mi abogado. —Colgó de inmediato para continuar hablando con su madre. No pensaba perder ningún detalle.

—No hagas tonterías. No amenaces a Gloria, porque lo único que hará es tomar sus maletas e irse, quitándonos la posibilidad de ver a Erik.

—No me quedaré con los brazos cruzados. Pienso reclamar mi paternidad. Míralo, mamá, es tan hermoso... Es perfecto.

—Es idéntico a ti. Ni siquiera hace falta una prueba de ADN.

—Quiero compartir la responsabilidad. Es el momento de arreglar mis errores con él. Sé que Gloria hizo un trabajo excepcional, pero su maldad obstruye cualquier bien que pudo haber hecho. Mintió sin asco cuando quise hablar de nuestro hijo. Sé lo que me dirá cuando la enfrente y no le gustará conocerme como el empresario multimillonario dispuesto a sobornar a todos los jueces de este país por la custodia compartida.

—Pide consejos al abogado. Debemos saber el nombre completo del pequeño.

—Pues lo voy a averiguar de alguna manera. Gloria deberá tenerme siempre cerca por nuestro hijo...

No podía dejar de mirar la grabación. La pausaba cada instante para conocer a Erik. Se moría de ganas de acercarse, de hablarle. Sabía en donde tomaría sus clases. Quería verlo antes de enfrentarse a Gloria y que la sangre de ambos comenzara a correr.

Pidió detalles de la dirección a su madre y acordaron ir juntos a ver la zona después de la hora del almuerzo.

Durante el resto del día no pudo pensar en nada más que en su hijo y en que estaba vivo, por lo que decidió comprarle un juguete pequeño, algo que a todo niño podría gustarle: un coche o un dinosaurio.

El trabajo había pasado a ser algo completamente secundario, su mente estaba enfocada en cruzar palabras con Erik sin importar que Gloria pudiera matarlo. Ella pensaba que tenía el control, pero Henry la dejaba llegar hasta donde le permitía por voluntad propia; sin embargo, esa mentira del niño y la culpa que le había causado no era algo fácil de pasar por alto.

Decidió dejar el trabajo temprano, ya que para él era imposible concentrarse en nada.

La puerta de su departamento se abrió y Kathie entró con un paquete de comida.

—Vine a cenar contigo. No me has llamado en todo el día, Henry. Llamé a la oficina y me dijeron que tu madre fue a verte...

—Y sabes que Gloria tampoco estaba y también sabes en donde dormí anoche. Te lo dije todo. ¿Necesitabas ser absurda? —reprochó Henry.

—No confío en ella.

—Pues tampoco confiaría en mí. Después que Gloria regresó...

—No quiero oírlo. No voy a hacerlo. Vine a comer y no a conversar.

—Entonces vivirás con la incertidumbre. Quiero que tomemos un tiempo Kathie. Suspender la boda sería lo mejor hasta que me sienta mejor.

Kathie le arrojó el sushi en la cabeza a Henry.

—¡Me has hecho perder el tiempo por alguien de tu pasado? ¡Lleva una semana aquí y ha destruido lo que construimos en este año!

—Te debo una disculpa. Entrégame las llaves.

—¿Ya estás saliendo con ella? ¿O me terminas para poder convertirla en tu novia otra vez?

—No creo que quiera salir conmigo, no te preocupes por eso. Esta es una decisión personal...

Kathie le dio una bofetada antes de arrojarle las llaves en la cara y herirlo con eso en el pómulo derecho. Después destruyó lo que encontró a su paso para irse de ese lugar.

Tomándose de la cara buscó el número del conserje para que pudiera llamar a un cerrajero. No confiaba en que ella no hubiera hecho una copia de la copia.

No imaginó que reaccionara de esa manera imperdonable. Su madre tenía razón. Hubiera cometido un error si llegara a casarse con ella. Sus prioridades habían cambiado, no necesitaba a una mujer, solo necesitaba conocer a su hijo. Esa era la única emoción imaginable en ese instante para él.

Capítulo 48

En casa de la familia de Gloria, ella fue a acostar a Erik.

—Por fin se durmió, Erik habla demasiado —comentó llegando a la sala donde estaban sus padres tomando unas copas de vino.

—Necesitamos una niñera nueva, Gloria. Tu padre debe regresar a su trabajo y yo necesito ayuda con Erik.

—Sí, mamá. Estoy haciendo la búsqueda en una buena agencia. Pronto tendremos una respuesta.

—Deberías venir a vivir aquí. ¿Para qué vives con Frank como si fueran pareja? —preguntó su papá.

—No lo somos, solo que con él todo es más tranquilo. Nadie me estará golpeando con avioncitos y camiones, mientras intento sacar una idea. Estoy muy concentrada en el proyecto de...

—De Henry Trociuk, el papá de Erik. Es cuestión de tiempo para que vengas y nos digas que de repente te gusta otra vez y que ahora quieres que esté con Erik —dijo su mamá.

—Por supuesto que eso no pasará. Erik es nuestro. Ustedes son su familia y él no necesita a nadie más.

—¿Y qué pasará cuando vea que sus compañeros del kinder le pregunten por su papá? Él no sabe que tiene uno —alegó el papá de ella.

—Uno que no lo quiere y ustedes lo saben. No quiso a Erik cuando estaba en mi vientre. No merece ser llamado papá. Mi hijo tendrá que aprender a vivir sin uno. No es ni el primero ni el último niño sin padre.

—¿Y si Henry se entera? —curioseó el señor Roberts—. Vives en la boca del lobo, tarde o temprano lo sabrá.

—No se va a enterar. Vive en esa empresa y anda detrás de su novia todo el tiempo. Erik jamás será su prioridad. Si ha preguntado algo es por simple curiosidad. Él sigue siendo el mismo inescrupuloso de siempre.

—Haz home office, Gloria, aléjate de él o lo lamentaremos. Si nos quitan a Erik...

—Nadie nos puede quitar a Erik, él no está reconocido por Henry, no tiene derechos, es solo mío, mamá. Aquí no lo encontrará, por eso tampoco es bueno que venga. Tampoco él irá por la escuela, no sabe nada de mi hijo. Ignora que está vivo.

—Esperemos que tengas razón y que por andar siendo vengativa tengamos que pagar las consecuencias —advirtió su papá, ya que el niño era todo para ellos.

—No pasará nada. Henry no sabe más de lo que merece de Erik propuso que lo abortara, ¿creen que igual sabiendo algo le importaría? No le he pedido nada para él. Mi hijo podrá entrar a los mejores lugares y nunca tendrá que envidiarle nada a nadie. Lo criaremos de manera tan

distinta a como fue criado su padre. Le haremos un gran favor al mantenerlo lejos.

Gloria pensaba que le hacía bien a su hijo. Erik no pasaría por los mismos privilegios ni negligencia de su familia. Sería un error que fuera criado de la misma manera que él. Henry era la víctima de su propia condición. Siempre tan privilegiado sin conocer las penurias. Nunca debió subir a un autobús ni ir al supermercado para hacer compras. Sus padres a ella la educaron sin tantos privilegios, haciéndole conocer la realidad y bien que la había conocido. Quiso conocer el trabajo, la vida fuera de la burbuja de protección y seguridad de sus padres.

Después de dejar la conversación con sus padres, ella se acostó a dormir junto a su hijo. Quería aprovechar todo el tiempo posible para estar con él, ya que su objetivo era que Henry nunca llegara hasta Erik. Era un premio demasiado grande y que no merecía después de todo lo que había hecho. Su falta de interés en su hijo fue lo que hizo que lo odiara mucho más. Que no la quisiera a ella podría hasta ser considerado normal, pero rechazar a sangre de su sangre era algo imperdonable.

Por la mañana, despertó a Erik que no dejaba de gruñir. No quería ir a la escuela, quería seguir durmiendo.

—Quédate quieto o parecerás el niño de los pantaloncillos mal puestos —dijo Gloria intentando vestirlo.

—No quiero ir, quiero jugar aquí.

—Escucha, Erik. En la escuela vas a aprender y a jugar. Trata de divertirte. No conoces a otros niños, puedes hacer muchos amigos.

—¿Crees que me invitarán a sus cumpleaños?

—Por supuesto que sí. Te llevaré a todos los que te inviten.

Ella lo tomó en brazos para sentarlo y colocarle los zapatos.

—¿Por qué no vives aquí conmigo?

—Porque mami tiene que trabajar. Viajo mucho por los clientes, pero prometo venir a verte todos los días...

—¡Sí! —exclamó Erik que la abrazó.

—Quédate quieto o no podré ponerte los zapatos...

Se sentía tan feliz al estar junto a él que cada vez que debían separarse sufría mucho, pero la confianza hacia sus padres era total. Sabía que estaba en buenas manos.

Ella subió a Erik y las pertenencias que había llevado para dormir en casa de sus padres. Gloria lo dejaría en la escuela y después iría a la oficina para ver la cara de Henry otra vez.

Iban cantando una canción para niños que ella puso en el estéreo del coche hasta llegar al lugar en el que lo dejaría.

Henry llevaba aparcado frente a esa escuela unos cuarenta y cinco minutos. Quería ver lo que pudiera con sus propios ojos. Las maestras recibían a los niños y sus padres, cuando vio a

Gloria en compañía de Erik, sus ojos lagrimearon. Deseaba acercarse a él y no sabía cómo.

Cuando Gloria se fue Henry bajó del coche y vio a su hijo en los columpios que estaba cerca del cercado de la entrada. Su corazón latía rápidamente por la cercanía con él.

—Erik... —lo llamó sin mucha fuerza. Lo hizo varias veces porque él parecía no escucharlo. Cuando lo vio, Henry le mostró el cochecito que había comprado.

Erik corrió hacia la persona que estaba del otro lado.

—¿Quién eres? ¿Es para mí? —preguntó por el juguete.

—Soy tu papá, Erik. Este obsequio es para ti... Tú no me conoces porque te criaste lejos de mí. Mi nombre es Henry. Hablaré con tu madre para poder visitarte y llevarte muchos obsequios…

Capítulo 49

A Henry le enterneció la reacción del niño al coger el juguete. Él acarició un poco la mano de Erik.

—¿Si eres mi papá por qué no vas a casa a visitarme como mamá? —curioseó el niño que comenzó a jugar con el cochecito.

—¿Tú vives con ella? —preguntó Henry, al ver que el niño negaba con la cabeza, no podía evitar seguir con el interrogatorio—. ¿Por qué no?

—Porque ella viaja mucho con Frank.

—¿Con quién vives?

—Con mi abuela y mi abuelo...

La campanilla de la escuela sonó y Erik se puso nervioso.

—¿Quieres que regrese a verte?

Erik asintió.

—¡Erik! Ven aquí —lo llamó la maestra que fue a buscarlo—. ¿Quién es usted?

Henry se puso de pie para responderle a la maestra.

—Soy el padre de Erik.

—La señora Roberts se acaba de ir —dijo la mujer, perspicaz.

—Estamos separados y no me deja ver a Erik...

—Es un asunto que debe conversarlo con la señora Roberts por el bienestar del niño.

—Sí, es lo que intento.

—Bien, Erik, vámonos...

Levantó la mano para despedir a su hijo y él le correspondió. Erik era un niño curioso, sentimental y sincero. Sabía lo que hacía su madre. Necesitaba hablar con Gloria y primero lo haría por las buenas y eso no funcionaba caería sobre ella con todo el aparato judicial encima. No quería robarle a Erik, solo quería compartirlo y complementar su vida. Él podía hacer las cosas diferentes y ser un padre presente.

Subió a su coche y se dirigió a la oficina para enfrentar a Gloria. Por supuesto que lo haría sin dudar, puesto que quería estar en la vida de Erik. Sabía que cometió errores terribles con Gloria por las malas razones que fueran y estaba muy arrepentido de eso.

Cuando pasó la puerta del ascensor, su secretaria lo seguía como si no tuviera algo más que hacer.

—Señor Trociuk...

—¿Qué ocurre?

—Su novia no ha dejado de llamar. Ni un teléfono de la oficina se ha salvado.

—¿Me sugieres que la desbloquee?

—No, señor.

—Entonces ve a tu lugar.

—Por supuesto...

Él suspiró y se sentó en su lugar. Tenía un espejo en el cajón del escritorio y lo sacó para mirarse. Le molestaba la herida y el moretón, pero lo merecía. Acomodó sus cosas en su escritorio, bajó las persianas de la oficina y cogió el teléfono para dar una orden a su secretaria.

—No quiero llamadas ni nada en al menos una hora —ordenó y después cortó.

Después de eso fue a la sala de juntas y abrió la puerta.

Gloria levantó la mirada al oír la abertura. Bajó la música del ordenador y miró a Henry.

—¿Quieres discutir sobre el nuevo logo? Todavía no lo tengo terminado. El correo que te mandé...

—No vi ningún correo, ¿es en serio lo de un logo nuevo?

—Sí, te lo dije. Hay que cambiar todo esto.

—Eso lo discutiremos eso después, ahora quiero hablar de otra cosa contigo.

—¿De lo que te pasó en la cara?

—Fue una llave, Kathie me la arrojó sin piedad.

—Es sorprendente...

—Sí, muy sorprendente. También pega más fuerte que tú.

Ella rio y no sabía la razón.

—¿Por qué te pegó? ¿La despediste estando embarazada?

—No, terminé con ella.

—Hiciste lo correcto. De hecho, nunca debiste comprometerte con alguien así.

—Pero tú no estabas para convertirte en mi prometida, ¿o lo olvidas?

—El que olvida las cosas eres tú. ¡Hola! ¡Me despediste! —expresó burlona.

—¡Lo sé! Y de eso quiero hablarte.

—Es muy tarde para reintegrarme, ya tienes una secretaria.

—Esta conversación es graciosa, pero tendremos que posponerla. Quiero hablar de nuestro hijo.

—Ya dije que no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no quieres hablar de tus mentiras y de lo sucia que eres en tu juego?

A Gloria se le fue la sonrisa del rostro.

—No me sorprende que ahora te victimices y que quieras hacerme sentir culpable por algo de lo que tú eres el culpable.

—Soy culpable por despedirte con mi hijo en el vientre, ¿sabes lo que debí hacer? Despedirte después de tenerlo. Así hubiera parecido más justo para ti.

—Hiciste lo que tu mente inmadura te dijo que hicieras porque no querías verme ahí caminando con una enorme panza por la que no querías responsabilizarte.

—Tienes razón en lo que dices y me arrepiento de lo que hice. Te lo conté y sé que no me perdonarás, pero ¿eres tan cruel, malvada y rencorosa para mentir sobre la muerte de nuestro hijo? Erik está vivo y no te atrevas a negarlo.

—¿De dónde sacas esa estupidez? —increpó molesta por ser atacada.

—¿Puede ser porque te vi dejándolo en una escuela esta mañana y porque mi madre ti vio ayer y no pude resistir saber la verdad? ¿Te atreves a negar lo que mis ojos han visto? —Henry esperaba una respuesta que no veía que ella pudiera darle—. Espero lo que tienes que decirme.

—¿Y si lo viste qué quieres que te diga? Nunca te importó. Querías que lo abortara. ¿Qué deseabas que hiciera? ¿Que viniera a mostrártelo y rogar por tu amor para él? Nunca le ha faltado nada en estos casi seis años. ¿Sabes cómo nació? ¿Sabes qué tuve que dejar para mantenerlo con vida? ¡Estuve meses en cama y tú me llamas mentirosa! No sabes lo que tuve que pasar. ¿Qué quieres ahora? ¿Piensas que te rogaré para que lo veas? Él no te necesita, no sabe nada de ti.

—Ya sabe de mí, hoy le dije que era su padre. No sé nada de lo que tuviste que hacer, primero por estúpido y después porque te fuiste. Yo quería conocerlo, Gloria, y lo logré.

—¿Te atreviste a perturbar la vida de mi hijo con tu presencia? ¡Cómo te atreviste a algo semejante! —Ella fue a golpearlo en el pecho.

—¡Porque también es mi hijo y quiero tener derecho a verlo siempre!

—¡Cómo puedes exigir algo, maldito hipócrita! ¡No vuelvas a acercarte a él nunca más!

—No quiero hacer esto, Gloria, pero te pido que me permitas reconocer a Erik y verlo, si no aceptas, nos enfrentaremos en un juicio.

Capítulo 50

Estaba sorprendida por lo que él le decía. Se atrevía amenazarla de esa manera.

—No puedo creer que los patos les tiren a las escopetas, Henry. No te importó tu hijo, querías que no lo tuviera y ni siquiera te pasó por la mente ejercer tu paternidad... Y ahora, que él está crecido y no te necesita, piensas que todo es más fácil abriendo los brazos y diciéndole: ven que quiero ser tu padre. Estás equivocado. No quiero que te involucres con mi hijo. Mantente alejado de él o me conocerás.

—No quiero desmerecer nada de lo que hiciste por él. Gracias a ti es un niño hermoso, maravilloso y por lo que veo es muy saludable. Solo quiero poder acercarme y que me conozca, que podamos tener una relación.

—Puedes tener otros hijos. Oye, eres multimillonario, ¿por qué no rentas un vientre y tienes todos los hijos que quieras? ¿Por qué quieres al mío? Es mío y no tuyo.

—Es nuestro hijo. Sé que estuve equivocado, Gloria, pero quiero una oportunidad con Erik. Debe tener un padre como los demás niños.

—No quiero que sea como tú, eres el peor ejemplo que podría tener como papá, ¿lo oyes? ¿Qué puedes enseñarle? ¿A huir de sus responsabilidades, ser un niño mimado y sumamente vago? ¿Quieres que termine matándote como lo hiciste tú con tu padre?

No le gustaba revivir el pasado y más cuando el asunto se trataba de su padre. Él ya tenía problemas de salud y lo que ocurrió fue que para su mala fortuna fue a pedirle dinero. Se arrepentiría toda la vida de ese día, pero no podía hacer nada.

—Puedes intentar todas tus artimañas para que intente no acercarme a él, pero veremos qué dicen las autoridades. Tengo tanto derecho como tú y no importa que tú lo llevaras en tu vientre y lo criaras, para la ley somos iguales. Por favor, Gloria, déjame cumplir por el bien de Erik.

—Por el bien de Erik nunca debí regresar a Seattle, pero necesitaba que tú supieras que no descansaría hasta hacer tu vida muy difícil.

—Lo estás logrando, Gloria. En una semana has echado por tierra lo que estaba construyendo. No tendré un matrimonio y tengo un hijo por el cual voy a sacarme los ojos con la madre. No era exactamente lo que quería, pero no me dejas opción.

—Lo único que harás es salir de mi vista antes de que estalle y te iguale el pómulo, pero con mi ordenador. No estoy dispuesta a negociar la paz de mi hijo. Él está bien conmigo y mi familia... No te metas.

—Entonces nos veremos en el juicio.

Gloria le golpeó el pecho varias veces más hasta que él la detuvo y salió de la sala de juntas. Se tomó del rostro como si quisiera gritar con amargura por lo que ocurría. Apenas el día anterior había dicho que Henry no sabría sobre Erik, pero esa ciudad era un maldito pañuelo. Entraría en cualquier clase de conflicto por su hijo, incluso era capaz de matarlo si se atrevía a volver a acercarse.

Temblando de nervios, cogió su móvil y llamó a Frank, dejaría su departamento para ir a vivir con su hijo, no confiaba en que Henry no intentara secuestrarlo o algo similar.

—¿A qué se debe el honor de tu llamado, Gloria? Nunca es nada bueno, ¿dejé ropa en el pasillo? Tal vez un calcetín... —respondió Frank.

—Frank, no es eso. —Ella sollozó.

—¿Estás bien? Si no, tomaré un vuelo...

—Estoy bien, pero muy nerviosa. Henry ya sabe que Erik está vivo y quiere ser un padre presente.

—Eso es maravilloso, Gloria.

—¿Maravilloso? ¡Deberías consolarme y no estar de lado de él!

—No estoy del lado de nuestro socio, sino de Erik. Ha deseado un padre siempre, una vez me dijo papá. Sé que lo odias, lo desprecias y quieres asesinarlo, partir su cuerpo en pedacitos y arrojarlo a los tiburones, pero ese es tu sentimiento, no el de Erik. Piensa en sus necesidades. Orina sentado por tu culpa, ¡por el amor de Dios, Gloria! Necesita otra figura masculina ajena a tu padre o a mí.

—Lo hace porque es más higiénico. En mi casa no olerás a orina ni encontrarás calcetines en los pasillos.

—Deja que se acerquen y no envenenes al niño. Él no tiene que saber que no lo quisieron, no lo entenderá. Tal vez cuando sea más grande entienda.

—Pues Henry no lo volverá a ver hasta que Erik tenga quince y sepa la clase de padre sin cojones que tiene.

—No estás entendiendo lo que quiero decirte...

—No lo quiero entender porque no me conviene compartir la custodia. El desgraciado quiere pelear por él y yo no pienso poner a mi hijo en una mesa y que nos estiremos de sus brazos. Es demasiado pequeño. Creé un lugar perfecto para él

—Pero este era el riesgo y lo sabías. Si nos quedábamos en Nueva York, él nunca se hubiera enterado. Esto es por tu entera culpa, porque no puedes olvidarlo. Henry ya va a casarse y tú sigues en el pasado.

—Iba a casarse...

—¡Oh, sinvergüenza! ¡Te atreviste a romper un compromiso! ¿Cómo lo corrompiste?

—¡No hice nada!

—Entonces... Mandaré mi smoking a la tintorería, pronto te casarás.

—No digas tonterías, jamás volvería a estar con él. Lo odio demasiado para siquiera respirar el mismo aire.

—Pues no creo que sea de esa manera. Estás en la sala de juntas, pegada a su oficina. Él

tiene acceso a entrar ahí cuántas veces quiera.

—Pues saldré de aquí.

—Eso es un poco tarde. Oye, te llamaré después, estoy llegando a donde debo. Sé buena niña, Gloria.

—Tonto.

Por nada del mundo encontró el consuelo que esperaba con Frank. Por eso nunca pudieron ser pareja, porque él era demasiado racional y no le gustaban los problemas, los evitaba, y Gloria solo vivía para pelear. Henry era el hombre ideal para estar matándose todos los días.

Dejó el móvil a un lado sin saber qué hacer. Lo único que quería era proteger a su hijo de un padre que nunca lo amó, pero como Frank le había dicho, Erik no lo entendería, porque para él todos eran buenos.

Capítulo 51

Después de hablar con Gloria sabía que las cosas serían más tensas. Esa misma tarde esperaba a su abogado para empezar los tramites. No perdería más tiempo. Fueron muchos años lejos de su hijo y no se sumaría más días. Gloria estaba equivocada si pensaba que le iba a quitar su derecho.

Sabía a la perfección que él no le había sido de utilidad en el tiempo en el que estuvo embarazada, fue el peor rufián de la historia, pero quería cambiar y que su hijo pudiera conocer todo. No pensaba alejar a nadie, solo quería lo que le correspondía, además, debía dejarlo como su heredero si algo le ocurría. Erik era hijo de un multimillonario. No estaba tan conforme con la escuela en donde Gloria lo había metido, ya que era una en donde podría ir cualquiera, pero entendía que era lo mejor para que no tuviera los mismos problemas que él. Sus privilegios lo llevaron a creer que merecía el mundo. Era entendible que, como madre y mujer, que Erik no fuera irresponsable y consentido como lo fue Henry. Estaba de acuerdo con esa parte de la educación que le daban, ya que sabía cómo era Gloria, era una gran persona que, pese a tener dinero no se negó a trabajar y emprender. Sus principios siempre estuvieron primero, pero la corrompió y aquella chica dulce y cariñosa que fue con él en ese momento parecía un gato acorralado que intentaba salvarse de un depredador. Por segunda vez estaba amenazando su tranquilidad, aunque no con mala intención.

Si bien era cierto que al ver a Gloria otra vez, revivió el pasado. Aquellos meses intensos en los que se conocieron en todos los aspectos. Lo importante no era el tiempo que compartieron, sino la intensidad del sentimiento. Él no supo reconocer que tenía a una mujer que valía su peso en oro. Estaba enfrascado en sus propias tragedias, preocupaciones y culpas. No la había notado, y solo con su ausencia supo lo que había perdido por estúpido.

Él abrió el correo que le envió Gloria. Ahí había un pequeño boceto, le gustaba lo que veía, pero sabía con qué intenciones deseaba cambiar el nombre de la empresa. Por lo que le respondió:

«Prefiero que esto sea como una alianza y no como una aplastante derrota de esta empresa».

Ella leyó la respuesta de Henry y se enfureció aún más. Lo tenía atorado en la garganta y este la provocaba como si tuviera siete vidas como un gato.

Se levantó de su asiento y fue a colocarse frente a él.

—¿Qué significa tu correo? —increpó.

—Significa que no me gustó tu idea. Quiero conservar el nombre. Puedes cambiarle el logo.

—Sería lo mismo, maquillaría tu empresa y no es lo que buscamos porque el ofrecimiento al mercado cambiará. No podemos ir con el mismo nombre.

—Un cambio de nombre dentro del mercado haría ver mi empresa como si estuviéramos en bancarrota.

—¡Esta empresa está en bancarrota desde que tengo memoria!

—Tuve buenos años, Gloria. No todo es malo.

—Pero pusiste de gerente de productos a una demente que no es capaz de diseñar sus propias invitaciones. Menos mal que no te vas a casar con ella.

—¿En verdad te alegra que no me case?

—Sí, ella iba a sufrir a tu lado. Por su bien era mejor que se alejara de ti.

—Qué compasiva eres con ella. ¿No te preocupaba mi seguridad?

—A mí me conviene que estés muerto.

—Nunca nadie me lo dijo con tanta sinceridad. Quisiera que las cosas fueran como antes, Gloria.

—Cuando te conviene a ti, porque siempre se trata de ti. Hay que darle a Henry todo lo que pide porque puede estresarse, ponerse de mal genio y despedir a las personas en situación de vulnerabilidad. Si Erik pudiera llegar a comprender esto, te aseguro que te echaría de su vida. Todavía es difícil creer que ilusionaste a un pequeño sin compasión. Estaba mejor sin ti.

—Quedamos que esto lo resolveremos en los tribunales, ya que no piensas en ceder un poco. No pienso robarte a Erik, solo quiero ser parte de su vida.

—Ay, es que ahora resulta que siempre sí quieres estar con él... Es una absoluta estupidez, una tomadura de pelo para mí. En esta misma oficina te deshiciste del problema.

—Me rindo contigo. Supongo que solo quieres escuchar lo que tú misma quieres decir. Yo asumí mis culpas, todo, en ningún momento quise justificarme. Deja de causar conflictos. Quiero formar parte de la vida de Erik y si no lo permites tú, lo permitiría el régimen de visitas.

Ella guardó silencio y lo miró con desprecio.

—No sé cómo pude quererte alguna vez... —escupió.

—Y yo no sé cómo fui tan estúpido para perderte, Gloria. Sabía que eras maravillosa, todo en ti lo era. Lamento que no quedara nada de nosotros. Nos juntamos quizá en un mal momento.

—No fue así. Yo no imagino mi vida sin Erik, por eso no puedo renegar de ti, ni del tiempo que te dediqué...

Henry se levantó de su asiento y caminó hacia Gloria, se colocó frente a ella y le tocó ambos brazos.

—Quisiera regresar el tiempo y no cometer todos mis errores. Ahora somos enemigos, cuando un día compartimos la cama, el trabajo y la complicidad de una pareja.

—Puedes tener todo eso con Kathie o con otra. No hace falta que retrocedas nada.

—Lo que pasa es que al verte todo lo que tenía en mi corazón ha despertado de un profundo sueño y estar en esta situación contigo solo hizo que estuviera aún más confundido. No podía continuar con el compromiso si solo pienso en ti, en el pasado, en lo que vivimos y en Erik.

—¿Quieres culparme de haber terminado con tu novia?

—No, yo soy culpable de mis sentimientos. No puedo exigirle nada a ella, ni a ti. Prefiero estar solo que ser infiel de pensamiento. No puedo creer que esté diciendo esto, pero la verdad es que, si quieres darme una oportunidad, quisiera tomarla. Solo una, Gloria.

Capítulo 52

Quizá en algún momento de su vida había soñado con una oportunidad entre ellos, pero la verdad era que el dolor y la rabia no le dejaban pensar con tranquilidad.

Sus sentimientos hacia Henry no eran claros, no sabía si aún lo quería o si lo odiaría por el resto de su vida. El pasado pesaba mucho para ella y era importante al tomar una decisión. Si él fue capaz de dejarla a su suerte con su propio hijo, ¿De qué otra bajeza sería capaz?

—Eso no existe entre nosotros. Nunca nos declaramos amor cuando estuvimos bien, creo que menos lo haremos ahora. ¿Te das cuenta de que estamos luchando por ver quién ganará la puja por Erik y se te ocurre hablar de oportunidades?

—La oportunidad podría evitar todo. No quiero recurrir a la parte legal, tampoco quiero que me absuelvas de mis pecados, deseo que aprendamos a vivir con ellos, pero juntos. Si antes te hice infeliz, prometo hacerte feliz ahora.

—Lo que quieres es utilizarme como una vez lo hiciste y esta vez es para sacarme ventaja sobre Erik, quizá hasta quieras arrebatarme su cariño.

—Estás equivocada. Déjame acercarme, por favor... —Él bajó sus manos hasta las de ella después las levantó para besarlas.

En ese instante, entró Kathie como si fuera a echar la puerta y los encontró tomados de la mano.

—¡Tú! —señaló a Gloria—. ¡Viniste aquí para robarme a mi prometido!

—¡Lo siento, señor! Se ha metido —dijo la secretaria, disculpándose.

—No te preocupes. Cierra la puerta —pidió sin soltar la mano de Gloria que quería alejarse, pero él se lo impedía.

—Me iré a la sala de juntas, creo que tienen mucho de qué hablar.

—Te quedarás aquí porque eres la culpable de destruir un compromiso. ¿Cómo eres tan zorra para involucrarte de esta manera? Vienes solo a confundirlo, llevamos tiempo saliendo. Y tú, maldito, me dijiste que no tenía nada que temer. Mira, le tomas la mano —escupió su ex—. Apenas hablas con ellas y terminas nuestra relación. Dile que hace poco estábamos durmiendo juntos...

—No tengo razones para escuchar esto —alegó Gloria que quería que la tierra se la tragara. No quería oír lo evidente.

—Lo único que hice fue ser sincero contigo. No puedes continuar con alguien que al ver a su exnovia con la que tiene un hijo, siga sintiendo algo por ella. No quiero engañarte.

Se avergonzó al escuchar las secas palabras que había usado Henry con la que fue su prometida. Era una situación humillante para Kathie.

—El hijo de ustedes está muerto...

—No lo está. Gloria solo lo escondió de mí y quiero hacer lo posible para estar con ellos ahora. Lo lamento, Kathie. Si quieres una indemnización te la daré. No te preocupes por eso...

—Creo que te están despidiendo —se burló Gloria, pues recordaba que más o menos así lo había hecho en el pasado.

—¡Grrr! —gruñó Kathie que quiso coger a Gloria y Henry lo impidió.

—No hagas eso. Gloria no tiene la culpa, solo está siendo maquiavélica porque tú la llamaste zorra.

—¿Y qué es ella? ¡Qué es si vino a desbaratar nuestro compromiso!

—No es culpa de ella, es mía. Por favor...

—He oído suficiente. Me voy. —Gloria se alejó de ellos para que pudieran discutir a gusto. Regresaría a la sala de juntas.

—Pagarás esto, Gloria. ¿Sabes que no puedes construir sobre las ruinas de otras personas? —preguntó Kathie.

—Sí, Henry lo sabe también. Mejor debes decírselo a él...

Gloria cerró la puerta con fuerza y se alejó de forma definitiva.

—¿El gran multimillonario va a pedirle a su antigua secretaria que se case con él? Vine a pedirte disculpas y me encuentro contigo con ganas de no colaborar con una reconciliación.

—¿Por mi cara te parece que me gustaría una reconciliación? Mira cómo me dejaste. Una bofetada te la dejé pasar, la llave no. Ahora... —Él se sentó en su lugar y cogió su chequera del cajón y la pluma del lapicero—. ¿Cuánto quieres?

—¿Cómo que cuánto quiero?

—De dinero. Sé que no tienes mucho. Te daré una cifra más que razonable para que vivas muy bien. Lamento que esto tenga que terminar así. Te quiero, Kathie, pero no puedo continuar.

—Me quieres, pero no tanto como a Gloria, ¿no es así? ¿Cómo pudiste ocultarlo?

—Pensé que nunca regresaría y la pareja más estable que tuve en años fuiste tú. Me ayudaste y me apoyaste. Este dinero no será suficiente para pagar tu tiempo y tu cariño.

—Te arrepentirás, lo sé. Ella no te quiere, anda con su socio. Serás un tonto esperando a que ella te haga caso. Tal como se fue una vez, puede irse de nuevo y dejarte avergonzado.

—No sé qué puede pasar con Gloria y conmigo en el futuro. No tengo nada con ella, si no me quiere, me armaré de paciencia, mi hijo es mí prioridad en este momento. En verdad, lamento esto. —Terminó de hacer el cheque y se lo extendió a Kathie para que lo tomara.

Ella lo tomó y se retiró. Era una situación humillante. Esperaba que eso no se quedara así y que Henry terminara pagando lo que había hecho.

Él suspiró y se quedó pensativo por un momento. Había hecho lo correcto. No podría casarse con Kathie teniendo a Gloria cerca. Estaba dispuesto a abandonarlo todo por conocer lo

que había perdido años atrás. Sentía que tenía la oportunidad de hacer algo más, de vivir otra vida, una realidad en la que fuera feliz de verdad, conociendo totalmente a la mujer a la que había lastimado.

Su vida y su pensamiento cambiaron con los años y en ese momento se dio cuenta de que tenía que dejar de lado eso que lo alejaba de las personas. La empresa de su padre y la culpa por mantenerla a flote no lo habían dejado surgir. De un chico irresponsable, pasó a ser alguien con exceso de responsabilidades y el peso extra de haber matado a su progenitor lo hizo ser como un caballo con orejeras, ignorando lo que había alrededor para mirar al frente. La infelicidad de él y la de Gloria era su responsabilidad.

Capítulo 53

Gloria fue al departamento de Frank y sacó sus pertenencias para regresar a vivir con sus padres. Era la manera que tenía de estar más cerca de Erik para cuidarlo. No quería creer en ninguna palabra de Henry. Si fue capaz de darle un cheque como si no estuviera despidiendo a la mujer con la que se iba a casar, pues nada había cambiado. A ella le hizo algo parecido estando embarazada de él. No podía fiarse de que Henry en realidad tuviera buenas intenciones, tal vez solo quisiera quitarla del camino y arrebatarle a su hijo. Esa idea la aterrorizaba y no sabía qué era lo más conveniente, solo quería protegerlo. Por nada del mundo mencionaría a sus padres que él le propuso regresar, pues de lo contrario, tendría unos golpes bien merecidos por si quisiera considerarlo.

—No puedo creer que regresaras tan pronto... Algo ha ocurrido, ¿verdad? —preguntó su mamá.

—Sí, Henry sabe que Erik está vivo y quiere compartir la custodia.

—Cuando lo sepa tu papá se morirá, Gloria. Erik es prácticamente su hijo. ¿Te negaste?

—Claro. ¿Por qué desearía darle el fruto de nuestro esfuerzo? Nosotros lo cuidamos y lo amamos desde que supimos de su existencia, ¿por qué tendría que compartirlo con él?

—Bien hecho, no merece ni un pedacito de Erik.

—Me enfrentaré a él y a sus abogados. Será una lucha muy dura y lo sé.

—Tu papá conoce a muchos abogados prestigiosos, podemos acudir a ellos.

—Henry también tiene un gran séquito de abogados excelentes. Tiene demasiado dinero. Hoy le dio un cheque a su exprometida. Lo he visto escribiendo ese papel como si ella no mereciera más que eso. Le entregó un año de su vida.

—¿Quién vendería su amor por un cheque? Ninguno de los dos se quería, puedo apostar lo que sea y también puedo asegurar que se te ha insinuado.

—Mamá, no puedo volver a caer.

—No es que no puedas, no debes hacerlo, pero aquí todos desconfiamos de ti, porque sabemos que tienes una debilidad por él.

—¿Cómo no si tengo un hijo de él? Fue hermoso el tiempo que duró, pero la despedida fue cruel, sí él hubiera... No, nada, eso no existe.

—Ahora que ambos están solteros las cosas se complicarán para ti, porque lo tendrás persiguiéndote. Sé fuerte.

—Lo seré.

—Vamos a llevar tus maletas...

La puerta de la casa de los padres de Gloria se abrió para que entraran el señor Roberts y su nieto.

—¡Mami! —exclamó Erik al verla.

—¡Mi bebé! ¿Dónde estabas?

—Fui al parque con mi abuelo. Mira mi juguete nuevo.

—No se lo compré yo, lo trajo de la escuela y dice que se lo dio su papá. ¿Qué pasó, Gloria? —inquirió su papá.

—Me encanta tu juguete, ¿cómo que te lo dio tu papá?

Erik alzó los hombros como si estuviera confundido.

—Él dijo que era mi papá. Se llamaba Henry.

Gloria y sus padres se miraron entre ellos, ya que ella era quien debía decirle las cosas al niño.

—Sí, él es tu papá... —contó Gloria.

—¡Tengo papá, abuelo, abuela! —exclamó el niño, sonriente—. ¿Cuándo vendrá a verme? ¿Vendrá tanto como tú?

—Me quedaré a vivir contigo. Hablaré con él...

—¿Y si viene a vivir con nosotros?

Gloria se tapó los labios porque no podía hacer caso a ese pedido. Erik estaba ansioso por conocer a su papá y eso la mataría pronto si seguía insistiendo.

—No puede, porque trabaja mucho. No quiero que te ilusiones con él, Erik. Por algo no está con nosotros, ¿entiendes?

El niño asintió un poco entristecido. Al ver el gesto de su hijo, Gloria se arrepintió de lo que había dicho.

—Todo estaría bien, Erik. Creo que le gustará visitarte. Eres un niño bueno e inteligente. Te adorará.

—¿Estará en la escuela, mañana?

—Conociéndolo, es lo más probable.

—¡Yupi! —expresó el niño que corrió hacia la sala. Se sentía emocionado.

—Vale. En qué problemas te metes, Gloria. Ahora tienes que venir aquí el sinvergüenza ese. Nunca me cayó bien y menos ahora —dijo el papá de la joven.

—Y cuando sepas el resto... —advirtió su esposa.

—¿Qué quiere decir tu madre?

—Que te lo diga ella, llevaré mis maletas a una habitación.

Volvía al calabozo que significaba tener casi veintiséis años y regresar a vivir con sus padres. Esta vez estarían más cuidadosos con ella, ya que, en el pasado, los había defraudado.

Dejó las maletas a un lado y se sentó en la cama. Con el móvil en la mano, no sabía si llamar al sinvergüenza de Henry o dejarlo a un lado y organizar su ropa en el armario.

Pegó el móvil a su oreja, esperando que Henry contestara la llamada. Ella tenía ese número guardado por cualquier eventualidad. Esperaba que siguiera siendo el mismo.

Henry sintió la vibración de su móvil y vio un número desconocido, dudaba en contestar, pero por cualquier cosa podía cortar con rapidez.

—¿Hola?

—Es horrible tener que llamarte...

Él reconoció la voz de Gloria y enseguida sonrió.

—¿Cómo estás, Gloria? ¿Este es tu número?

—Sí, lo es, pero bloquearé si insistes con cualquier cosa. Quería hablarte de Erik.

—¿Le ha pasado algo? ¿Todo está bien?

—Está bien, pero ha preguntado por ti... Le hiciste daño al presentarte de esa manera.

—No, te hice daño a ti, que no querías que lo conociera. ¿Qué más te ha dicho?

Ella suspiró del otro lado de la línea antes de responder.

—Si irás mañana a la escuela.

—Por supuesto que sí. Puedo hacer lo que sea, ir a buscarlo, dejarlo ahí...

—No abuses. Puedes ir un poco antes de la entrada para que lo veas y después cada uno por su lado como siempre.

—¿No lo has llevado a los juegos?

—Mi padre es un experto en eso. Le encanta llevarlo a cualquier lugar donde pueda liberar la energía para dejarlos dormir.

—Quiero conocer todos los gustos de Erik. ¿Tiene una habitación amplia?

—Es más grande que la mía —contó entre risas.

—Pues la llenaré de todo lo que desee.

—A él no le hacen falta juguetes, tiene los que necesita. No vengas a impresionarlo con tu dinero, porque él ni siquiera sabe distinguir de clases sociales.

Capítulo 54

—Está bien, Gloria. Le llevaré un avión pequeño.

—Espero que cuando digas pequeño, sea pequeño de verdad.

—Después te invito a desayunar...

—Lo único que desayunarás será el café de la oficina. No pienso salir contigo a ningún lugar. Esto no significa que estaremos juntos, es una tregua.

—No quieres vengarte de mí, Gloria, quieres estar en mis brazos.

—Voy a cortar la llamada, porque eres un majadero. Te veo mañana. Si fallas, olvídate de Erik.

Cumplió con lo que había dicho y cortó la llamada. Si lo dejaba se divertiría escuchando sus alucinaciones y eso no solo le daba esperanzas a él, sino también a ella y, por ende, muchas peleas en el futuro con sus padres.

Se dispuso a arreglar sus ropas en el armario al igual que sus zapatos y carteras. Tenía muchas cosas, pero no había llevado todo. No sabía cómo había empacado sus pertenencias en Nueva York, porque varias cosas se quedaron en la casa de Frank. Terminaría de buscarlas después.

Avanzada la noche, ella se dedicó a observar a Erik y después durmieron juntos. Por la mañana tendría un día más que afrontar.

Al día siguiente, preparó a Erik para ir a la escuela. Lo bueno de tener un varón era que no necesitaba peinarlo demasiado, solo usaba un poco de gel fijador para que su flequillo no le cayera sobre los ojos.

Subieron al coche cada uno con sus pertenencias. Erik con su mochila y ella con su ordenador, agenda, café y su bolso.

Tan solo al llegar pudo ver a Henry vestido como si estuviera más relajado. Unos jeans que le quedaban como un guante y una camisa con los primeros botones abiertos. Se veía muy atractivo, aunque definitivamente, no era una vestimenta digna para la oficina, aunque él era el jefe.

—¿Es él quien te dijo que era tu papá? Solo quiero estar segura, Erik.

—¡Sí, es él! ¡Tiene otro obsequio para mí! —El niño saltaba de emoción en el asiento trasero al ver a Henry.

Cuando veía tan feliz a su hijo, para ella era imposible prohibirle algo.

—Ven, vamos a saludarlo —pidió Gloria que salió del coche para ayudarlo a bajarse.

Henry se percató de que ellos dos estaban ahí. Su corazón dio un vuelco al verlos acercarse. Esa imagen le restregaba en la cara que fue el más estúpido de los hombres, pero en aquel entonces él no se daba cuenta. Madurar le llevó demasiado tiempo.

—Hola, Erik... —saludó con una gran sonrisa. Se colocó a la altura del niño y le entregó el presente—. ¿Puedo abrazarte?

Erik miró a Gloria esperando que lo aprobara y cuando ella asintió, él también lo hizo y Henry pudo abrazar por primera vez a su hijo después de todo lo que había dicho y hecho.

Cuando Henry dejó respirar al pequeño, Erik comenzó a jugar con lo que le había llevado.

—Oye, si la maestra dice que lo tengas en la mochila, lo tienes en la mochila, Erik.

—Sí, mamá...

Después de responder, Erik se movió alrededor de Gloria con su juguete y miró a Henry.

—¿Vendrás a verme todos los días?

—Claro, las veces que tú quieras, Erik, y las veces que Gloria lo permita.

—¿Puede ir a jugar conmigo a casa? —le preguntó Erik a Gloria.

—Tu papá es un señor muy ocupado, no creo que...

—Puedo ir a la hora que quieras, tú dices ladra y yo ladro, Erik —la interrumpió Henry. No estaba dispuesto a perderse un día más de la experiencia de convivir con su hijo.

—¿Escuchaste, mamá? Mi papá tiene tiempo.

El timbre de la escuela comenzó a sonar y Erik quiso que su mamá lo tomara en brazos para darle un beso.

—Adiós, mi bebé... —lo despidió Gloria que lo cogió en brazos y le dio un beso en la frente.

El pequeño sonrió y después miró a Henry, esperando que él hiciera lo mismo que Gloria.

—Quiere que lo beses... —A Gloria le costaba decir esas palabras, ya que significaba que estaba compartiendo el amor de su hijo.

Él se acercó e hizo lo mismo que Gloria. Besó a su hijo y sintió que su corazón se derritió. No había sensación más sublime que ser padre o, al menos, intentar serlo.

—Ahora vete o te regañarán...

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá!

Bajó de los brazos de su mamá y fue corriendo hacia donde iban los demás niños, perdiéndose entre ellos.

—Gracias por dejarme estar aquí. Si no me lo decías, igualmente estaría parado en este lugar.

—Solo te advierto que, si para ti esto es un juego, acabaré contigo. La felicidad de Erik es todo para mí y tú te lo estás ganando. No quiero que salga decepcionado contigo, tal como me decepcionaste a mí. Sus sentimientos son puros, él es el amor con piernas, así que, si piensas dañarlo, no me temblará el pulso para matarte.

—No puedo decirte que no desconfíes de mí, pero no soy un monstruo. Pude haber cometido errores como todos, porque tú no estás exenta de eso. Le ocultaste que tenía un padre...

—No, porque tú no querías ser padre, pero no volveré a discutir esto contigo, lo hablamos muchas veces.

—Dame la dirección de tu casa para ir a estar con él...

—¿Y la oficina?

—¿Puedo dejarla en tus manos? Eres la dueña del cincuenta por ciento. Las demás empresas tienen buenos directivos.

—Por fin la sueltas.

—Porque no vale tanto, como el tiempo que puedo pasar conociendo a mi hijo. La gente cambia, Gloria, y a veces para bien, no como tú

—Las personas cambian cuando se aprovechan de uno y le cierran las puertas en la nariz, los humillan y los lanzan a los lobos. No será tu caso, ¿verdad?

—Hay cosas de la nueva Gloria que me fascinan, y él sarcasmo es algo atractivo en ti. Te defiendes como una loba lo haría y es perfecto, solo que no pienso hacerte daño. Creo que te dañé lo suficiente en el pasado, para el futuro quiero mejores cosas para nosotros.

—No hay ningún nosotros. Vete a trabajar...

Gloria fue hacia su coche, mientras que él se quedó mirando hacia la escuela.

Capítulo 55

A Gloria le avisaron que su oficina en el área de productos estaba lista, entonces ya no fue a la sala de juntas, por lo que le costaba saber lo que estaba haciendo Henry.

Conocía todos los internos de la empresa, pero no quería llamarlo para saber si se había ido. Ella estaba más ansiosa por el encuentro que Henry y Erik. No sabía cómo reaccionarían sus padres al ver que el fulano que desgració a su hija iba a la casa como si nada. Tenía miedo de su papá, de cómo reaccionaría, pues lo despreciaba desde el fondo de su corazón.

—¿A qué hora debo estar en tu casa? Quiero ir a ponerme algo para jugar... —habló Henry que abrió la puerta de la oficina de Gloria.

—Pues entonces voy a esperarte a las cinco. Me prepararé para salir y dejar listo a Erik...

—Nos vemos a las cinco. Bonita oficina. Tienes una foto de Erik contigo... ¿Tienes alguna que quieras darme?

—Puedes tomarle fotos hoy para que las tengas...

—Perfecto. Te veo a las cinco.

Él cerró la puerta tan rápido como la abrió. Se dispuso a apagar su ordenador para poder salir, prepararse y preparar a Erik, además, tendría que trabajar en la mente de sus padres para que no dijeran nada del asunto pasado frente a Erik. No quería que supiera que no fue deseado por Henry, aunque quizá no llegara a entender lo que significaba eso y tan solo a ella le causara daño.

Fue con prisa a su casa y encontró a su hijo pintando uno de sus libros de la escuela.

—Mamá, voy a bañar a Erik... —dijo Gloria, que dejó sus cosas sobre un mueble de la entrada.

—Ya me dijo que su papá vendría. Está loco pintando un dibujo para él. Quiere regalárselo.

—Entonces ya lo sabe papá.

—Lo mejor es enjaular a la bestia. Tú papá y yo saldremos para que puedan estar ustedes solos. Él no soportará mantener la boca cerrada.

—Está bien, esto es tan complicado...

—No sé por qué lo haces. Tienes todo el derecho sobre Erik para no dejar que él se acerque.

—Lo hago por Erik que quiere un padre. No sé cómo lidiar esta batalla. Mis planes se vinieron abajo, tengo trabajo atrasado y no sé por dónde empezar a resolver todo.

—¿Quieres evitar una batalla legal por eso lo invitas aquí?

—No, mamá. Lo más probable es que el día en que me enfade, no dejaré a Henry que siga viendo a Erik. En ese momento, él me enviará a todos sus abogados. Esa batalla será inevitable. Erik es quien desea que esto ocurra, si me niego, lo decepcionaré. Henry no debió presentarse en

la escuela, si no lo hacía las cosas todavía serían manejables para mí, pero no, esto escapó de mis manos.

—Erik, ve con tu mamá a bañarte. Tienes que estar impecable.

—Mira mi dibujo...

El niño había hecho un garabato inentendible, círculos de un lado al otro y líneas coloridas. No había mucho que imaginar.

—Después me explicas qué has hecho ahí —pronunció Gloria que le tomó la mano para llevarlo al baño.

Su hijo creía que era un pez, ya que podía pasar horas en el agua sin quejarse porque estuviera fría. Amaba el agua y adoraba salpicarla.

Al terminar con el niño, ella entró a bañarse un poco apresurada. Quería secar su pelo y plancharlo para que se viera impecable.

Escuchó el sonido del timbre y terminó de perfumarse. Guardó sus cosas y trató de verse lo más casual posible, bien, pero casual.

Sus padres aún no alcanzaron a salir, lastimosamente tendrían que cruzarse.

Erik ya esperaba a Henry con un dibujo en la mano, ilusionado, por lo que era difícil para sus abuelos poner mala cara.

—Buenas tardes... —saludó Henry a los padres de Gloria, que lo miraban con verdadero desprecio.

—Buenas tardes —respondieron.

—Hola, Erik... —Henry vio que estaba cohibido con una hoja en la mano. Cuando escuchó el sonido de los zapatos de su mamá, corrió hacia ella—. Hola, Gloria.

—Hola... —respondió.

—Nosotros saldremos. Nos vemos más tarde... —Se despidió el padre de ella.

Los padres de Gloria se fueron de la casa y ellos tres se quedaron solos.

—Ve a saludar a tu papá —mandó Gloria.

El niño fue caminando despacio hacia él y le entregó su dibujo.

—¿Qué es? —curioseó al coger el garabato.

—Esta es mamá, mis abuelos, Frank y tú... —contó señalando cada dibujo sin sentido.

—Me hiciste más gordo que a Frank... —bromeó Henry.

Erik rio y miró a su mamá.

—Ven, quiero mostrarte mi habitación...

—¿Puedo ir? —indagó Henry.

—Claro, ve con él. Los acompañaré.

Padre e hijo fueron juntos de la mano hacia la planta alta de la casa. Gloria los seguía, mientras ellos cuchicheaban. Sentía algo que aliviaba su corazón cuando veía caminar a aquellas dos gotas de agua, aunque también se daba cuenta que fue solo una incubadora para Erik.

—Esta casa se ve mucho más grande que la otra que tenían... —comentó Henry antes de entrar a la habitación.

—Se la regalé a mis padres, porque ellos me dieron todo lo que tenían para que pudiera asociarme con Frank y agrandar mi negocio. Ellos lo merecen...

—Veo que Frank es una gran influencia aquí.

—Sí, Erik lo quiere mucho. Nunca ha intentado tomar un lugar que no le corresponde, pero como te digo, él es adorable. Le pediré a la cocinera que prepare algo para que podamos comer...

Los dos se quedaron solos en la habitación. Erik tenía juguetes, pero no muchos, al parecer vivían entre mucho lujo, pero con bastante tacañería para su hijo.

—¿Te gustan mucho los juguetes?

—Sí, pero me dan uno cuando son fechas especiales. Mamá quiere que cuide mis juguetes y que no los tire de aquí a la piscina.

—¿Haces esa travesura?

El pequeño respondió con un asentimiento de cabeza.

—¿Por qué no viniste antes? —indagó el niño que le dio uno de sus peluches.

—Porque no sabía en dónde estaban...

—¿Te enfadaste con mamá?

—Nos enfadamos...

—¿Por qué no vienes a quedarte con nosotros? Mi compañero dice que sus papás viven en la misma casa.

—Es cuestión de que lo hable con tu mamá, pero sé que puedes ayudarme, Erik.

—¿Cómo?

Capítulo 56

Su hijo era la única persona que podría acercarlo más a Gloria para conversar sobre ser una familia. Ella no lo quería con ellos, pero no perdía nada intentándolo. Tal vez por amor a Erik, terminara cediendo.

—Debemos seguir viéndonos. Tú solo pídele para que estemos juntos y así es probable que se den las oportunidades.

—Ahora ya estamos juntos, ¿por qué no le hablas?

—¿Quieres arriesgar mi vida? Apenas nos estamos conociendo y ya quieres que desaparezca, Erik. Ella a veces tiene mal carácter.

—No se enfada demasiado, pero cuando lo hace, me quedo callado y le digo que sí con mi cabeza.

—Es una buena técnica, yo haría lo mismo.

—¿De qué tanto hablan? —preguntó Gloria al regresar a la habitación y verlos con sus cuchicheos al jugar.

—De que casi nunca te enfadas —contó Henry.

—No tengo con quien enfadarme, salvo cuando cierto jovencito tira sus juguetes a la piscina y los cojines también... ¿le cuentas todos tus pecados a Henry?

Erik se rio y corrió hacia las piernas de su madre para esconderse de su propia vergüenza.

—Al parecer tienes muchos... —opinó Henry, divirtiéndose.

—Demasiados...

Si fuera por Henry pasaría toda la noche con ellos dos, pero sabía que debía irse, aunque esperaba que pudieran volver a compartir de esa manera más adelante.

Él se despidió de Erik y Gloria acompañó a Henry hasta la salida.

—Nos veremos mañana en la oficina... —dijo Gloria para despedirlo.

—¿No aceptarías una salida conmigo?

—No, por supuesto que no. Si hoy estás aquí no es porque yo lo desee, es porque me obligaste a esta situación, ilusionando a un niño con la idea de tener un padre.

—Él me ilusionó con la idea de tener un hijo y tú con el de una familia. Por favor, Gloria, piénsalo.

—No lo entiendes. Pasaron seis años y nuestros sentimientos han cambiado. ¿Acaso dejaste de querer a Kathie tan rápido? Le diste un finiquito a tu prometida, Henry. ¿Entiendes? Fue como si reviviera la situación. No confío en ti, te prefiero lo más lejos posible de mi hijo y de mí.

—¿Qué puedo decirte de Kathie? Estaba conmigo porque tenía dinero y yo estaba con ella

porque estaba solo, ¿entiendes? Pensé que te perdí para siempre. Nunca le di pie a mis sentimientos, pensé que solo viviendo las cosas se solucionarían.

—Me perdiste hace demasiado tiempo y no puedes recuperarme. Vete, nos veremos mañana...

—Adiós, Gloria... —Él se acercó y le dio un beso en la mejilla antes de irse.

Ella lo vio subir a su coche y partir hacia el final de la calle.

Sus padres regresaron media hora después de que Henry se fuera y Erik se durmió luego de haber jugado mucho con él.

Sospechaba que ese sería el principio de ver a Henry más veces que antes y tenía miedo a eso. No quería enternecerse con su presencia, convivir con él siendo padre solo le traería más problemas y tendría que detenerse a pensar en los deseos de Erik. Si quería incluirlo en su vida, no podría hacer nada.

Al pasar los días, los tres habían formado una rutina. Henry todos los días iba a la escuela a ver a Erik por la mañana y aún no habían definido qué hacer el fin de semana. Él estaba metido en todas las actividades porque el niño estaba más feliz que nunca al tener un padre. En el trabajo, ella había logrado no tener problemas, aunque Henry intentaba acercarse a toda costa. Tenían buena relación, pero ella no quería volver a apostar por él.

Al llegar a su casa, su madre corrió hacia Gloria y le entregó un sobre con papeles. Vio que correspondía a un despacho de abogados. A ella no le costó entender lo que estaba ocurriendo.

Abrió el sobre y lo primero que leyó fue: demanda. Automáticamente, la mente de Gloria se bloqueó. Quería acabar con Henry.

—No te preocupes, mamá. Solucionaré el problema de raíz —alegó con la respiración agitada. Fue hacia su habitación, tomaría un baño y cogería las riendas de la situación.

Con esos papeles que le envió, solo podía significar que quería sacarle a Erik y ella no le dejaría hacer eso jamás.

Tomó un baño rápido y se colocó una ropa cómoda, también sacó el arma que metió en el armario en un lugar alto para que Erik nunca la encontrara. Haría que Henry se tragara esos papeles o le haría un hoyo para persuadirlo de que dejara su estupidez de lado.

—¿A dónde vas, mamá? —preguntó Erik—. ¿Buscarás a mi papá?

—Saldré un momento. Erik, lo más probable es que tu padre viaje a otro país y tengas que dejar de verlo.

—¿Por qué se irá?

—Porque tiene mucho trabajo. Ve a cenar. Los bebés como tú cenan temprano. Vendré a dormir contigo.

Salió con prisa de la casa para increpar a Henry. No le importaba nada más que alejarlo de Erik. Si pensaba que le tomaría el pelo otra vez, estaba equivocado y se lo demostraría.

Aceleraba el vehículo como si en la calle solo existiera ella y nadie más. De hecho, nadie le importaba, solo quería coger a palos a Henry o matarlo en el mejor de los casos. Otra vez lo había dejado entrar a su vida y de nuevo la había defraudado. Pensaba que él se conformaría con ver a Erik, pero estaba equivocada, lo quería para él.

Conocía en dónde quedaba el departamento de Henry. Sabía que aún seguía viviendo ahí. Dejó el coche estacionado cerca del lugar, ya que no tenía lugar para aparcar ahí por no ser residente. Entró al ascensor y recordó el día en que le dijo que estaba embarazada. Toda esa frustración estaba sumando para mandar a Henry al infierno sin pasaje de regreso.

Llegó al piso en el que estaba su departamento y golpeó puerta con fuerza.

Henry que estaba cogiendo una cerveza del refrigerador, maldijo al no saber quién podría estar molestando a esa hora. Quería ver una película y descansar.

Abrió la puerta y ahí encontró a Gloria. Antes de poder decir algo, le arrojó un enorme sobre con papeles.

—¿Qué pasa?

—Pasa que te abrí las puertas de mi casa y me traicionaste. ¡Me estás demandando para tener a Erik!

Capítulo 57

—¿De qué estás hablando?

—¡De estos papeles! ¿No sabes lo que andan haciendo tus abogados, señor Trociuk? —increpó—. Quiero una explicación razonable antes de que convierta los papeles en un arma mortal.

—¡Espera! —exclamó Henry que no entendía nada. Sacó los papeles del sobre y los observó por unos minutos.

Gloria mientras tanto, colocó su mano en el bolso para sacar el arma, terminaría matándolo si su explicación no era convincente.

—¿En verdad has leído lo que dice aquí? ¿Sabes lo que dice aquí o te has pasado la comprensión lectora por las orejas?

—¿Y qué se supone que es?

—Es para darle mi apellido, convertirlo en mi heredero, dueño de todo lo que ves y un régimen de visitas porque quiero verlo siempre que se pueda y no cuando solo estés de buen humor. También debo resguardar la relación que comencé a tener con Erik. No puedo esperar que, de repente, te trastornes por algo.

—¿Trastornada? ¿Tengo alguna razón para estar así? Según tu mente no, ¿verdad, Henry?

—Si sigues viviendo en nuestro doloroso pasado, sí. Escucha, siéntate y lee los papeles, ¿o quieres que te los lea? No es nada de lo que estás pensando. Puedes llamar a un abogado y que te asesore si tienes dudas sobre lo que te digo.

—Lo leeré y después llamaré a mi abogado.

—¿Ni siquiera las leíste y me acusaste?

—Cuando vi que era de un despacho de abogados, no pude pensar bien... —admitió.

—Sé qué crees que soy una mosca que te molesta y, si bien dije que tratarías con mis abogados, preferí hacer las cosas bien antes de atentar en tu contra. Respeto lo que has hecho estos años y lo reconozco. La justicia podría otorgarme la custodia total si yo la solicitara, pero no quiero hacerte más daño, Gloria, cuando lo que espero en realidad es algo a tu lado.

—No me hables de eso, que te odio. —Ella se sentó en el sillón para leer el papel con detenimiento.

Henry, mientras tanto cogió la cerveza que había sacado de refrigerador, pero fue a buscar otra para ofrecérsela a Gloria al igual que unas papas fritas en bolsa que tenía como snacks.

Fue hacia el sillón y se sentó al lado de ella.

—¿Te molesta si enciendo el televisor? —preguntó. No quería desconcentrarla.

—Se nota que no sabes que Erik es la mejor práctica para intentar concentrarse. No hay

nada que lo supere.

Él le tocó el hombro y le entregó una cerveza abierta que ella cogió y bebió un trago. Después él buscó una película en uno de los canales por los que recorría. Quizá el filme estuviera por la mitad, pero eso no importaba, le estaba atrayendo la trama.

—Tienes razón, aquí no dice que me quieres quitar a Erik, pero sigo sin confiar en ti —comentó Gloria, que dejó de lado los papeles al terminar de leerlos—. Sé cómo termina esa película.

—Menos mal que asumes que estás equivocada. ¿Para qué sirve el arma en tu bolso? No eres buena ocultando tus malas intenciones.

—Serviría para matarte. Vine con esa intención, pero no encontré algo malo, aunque sí cosas que negociar en el papel.

—Para eso hablarás con tu abogado. Erik seguirá viviendo contigo, pero yo iré ciertos días a visitarlo. Hasta que coja más confianza conmigo, solo estaremos en tu casa y después puedo sacarlo a algunos juegos...

Gloria metió la mano en las papas fritas de Henry.

—En la película...

—No, quiero saber, Gloria. No arruines la película dándome un adelanto que no quiero escuchar. Ya ignoré lo que dijiste antes.

—Él se muere al final y ella se casa con el tal Jamie.

—¡Maldición! —expresó apagando el televisor.

Gloria reía por la maldad que había hecho, mientras tomaba su cerveza.

—Pagarás lo que has hecho... —Él le quitó la cerveza y se arrojó sobre ella para hacerle cosquillas.

—¡No, no! —gritó Gloria que estaba a punto de desmayarse por culpa de él que estaba encima de ella, torturándola.

—¡Ya! ¡O me voy a morir! —avisó tratando de respirar.

Dejó de hacerle las cosquillas, pero en lugar de hacerse a un lado, Henry se acercó a los labios de Gloria y comenzó a besarla de manera apasionada y ella correspondió sin quejarse en un primer momento.

—No quiero que me beses —dijo Gloria que no podía sacarse a Henry de encima.

—Tú dices una cosa, pero tu boca quiere otra...

Continuó besándola hasta que ella dejó de negarse. De cierta manera, Gloria buscaba sentirse querida por Henry. No había aprendido la lección en esos años, siempre tenía una debilidad por él. Regresó con el objetivo de vengarse, pero más que eso, ella lo estaba haciendo feliz, mientras que la misma Gloria estaba confundida y no sabía cómo hacer para no querer estar a su lado.

Cuando sintió que él estaba acariciando todo su cuerpo, no supo decir que no. Esperaba que algo en su subconsciente le dijera que no lo hiciera, pero estaba loca por Henry. Se dejó hacer hasta llegar al punto de volver a acostarse después de seis años y muchas lágrimas. Había pisoteado sus objetivos y de nuevo la confianza de sus padres. Era una decepción ambulante.

Fueron a la habitación para apagar aquella llama de la pasión que se había encendido esa noche.

Después de acabar, Gloria vio que Henry se había quedado dormido y se sentó en la cama, a llorar desconsoladamente.

Henry la oyó y le acarició los hombros.

—¿Qué ocurre, Gloria? —curioseó. Le dejó un beso en su piel desnuda.

—De nuevo he caído. ¿Ahora qué voy a hacer?

—Nada. Seguir. Eres una mujer soltera, bella, una madre excepcional y una ex muy mala. Gloria, hazme caso, quiero formar una familia contigo.

—¡No! ¡No regresé a Seattle para hacerte feliz, sino para que seas miserable!

—Gloria, ni siquiera tú crees eso. Te amo y tú me amas. ¿Por qué te empeñas en negarlo?

—Por el pasado.

—Quien vive del pasado, no disfruta el presente. Quiero que seas mi esposa. Cásate conmigo, Gloria. Mañana mismo si es posible. No puedo estar un día más sin ti.

Capítulo 58

—No, no puedo...

—Si no quieres mañana, puedes planearlo o quizá quieras empezar de nuevo siendo mi novia, aunque un cargo más alto es ser mi esposa. Cualquier cosa que hagas no hará que me sienta mal, salvo que te vayas con Erik, eso sí puede destruirme. No quiero que dejes Seattle.

—Yo quería que me vieras triunfando, que te arrepintieras de lo que habías perdido, no esto. Al final quien sufre soy yo, no tú. Frank tenía razón, no estaba lista para regresar. Nunca estuve lista.

—Y yo estaba listo para volver a verte, te esperaba alguna vez... Lo soñaba. Vivía en la fantasía de encontrar a esa mujer que me hizo feliz. No pude superarte jamás, Gloria.

—Basta. No quiero oír más de esto. No existe un nosotros, solo una buena relación de padres por Erik, él es lo único que me importa. —Ella se levantó de la cama y buscó sus prendas. Vio que Henry iba a hacer lo mismo y no quería que lo hiciera—. No te levantes.

—Puedo llevarte, no estás en condiciones de conducir.

—Sé conducir mejor que tú. Quédate ahí donde estás.

—Iré a verte mañana.

—No quiero verte en estos días.

—Pero yo quiero ver a Erik. Por esto mis abogados te enviaron un papel, Gloria. Él y yo no volveremos a separarnos porque tú lo deseas.

Gloria encontró su ropa, cogió sus papeles y se fue a su casa. No sabía cuánto tiempo se quedó en casa de Henry a humillarse una vez más acostándose con él.

Cuando llegó a su casa, era casi medianoche. Entró a la habitación de Erik y él estaba completamente dormido. Lo único que podía hacer era llorar en silencio por fracasar. No logró nada de lo que esperaba.

Pasaban las semanas y Gloria había aceptado el trato con los abogados de Henry para las visitas, y la señora Trociuk por fin pudo conocer a su nieto.

Henry y Gloria acostumbraban a salir juntos a todas partes para llevar a Erik a centros comerciales. Pese a que Gloria evitaba todo contacto, Henry siempre estaba intentando algo y la hacía reír. Sentía que como estaban eran perfectos.

—¡Quiero saltar! —exclamó Erik que vio el patio de juegos del centro comercial.

—Erik, hay gente con estatura para ir a la universidad saltando ahí —dijo Henry al ver a chicos mucho más grandes que su hijo. No creía que fuera prudente que fuera aplastado por ellos.

—Puede ir. Erik sabe defenderse de cualquiera —lo autorizó Gloria—. Ve, tú papá y yo buscaremos un lugar en el cual comer un helado.

Erik no dudo un segundo en ir corriendo.

—Esos niños ni siquiera son niños, son adolescentes en edad de tomar y fumar —farfulló Henry.

—Que tú no disfrutaras tu infancia, no es culpa de esos niños.

—Puede que tengas razón. ¿Y Frank?

—Está en Canadá, debe regresar pronto.

—¿Y no se pondrá celoso porque estás siempre a mi lado?

—No, porque tú sí estás celoso de mi cercanía con Frank.

—¿Dormiste con él?

—¿Y eso qué tiene?

—Es simple curiosidad.

—Es una manera de alimentar tus celos, pero te responderé... Sí, dormí con él. Fuimos novios y todo parecía ir sobre ruedas hasta que yo no pude continuar con esa relación gracias a ti, por no poder dejar de pensarte.

—Me hace feliz haber roto esa relación. Así puedo seguir proponiéndote matrimonio.

—Eres insoportable, ve a por el helado...

Henry fue a comprar tres helados. Mientras estaba escogiendo los sabores, le pareció haber visto a Kathie, aunque después ella se desvaneció o al menos se perdió entre el resto de las personas que estaban ese sábado por la tarde en un centro comercial.

Llevó los helados hasta donde Gloria estaba sentada sin perder de vista a Erik.

—Tráelo para que se lo coma —dijo Henry que colocó el postre en la mesa.

—De ahí no lo sacará nadie sin una buena excusa. Se lo tengo que mostrar. ¿Cómo sabías que su favorito es el de chocolate?

—Porque es mi favorito...

Gloria llevó el helado y se lo mostró a su hijo. Él salió corriendo solo para darle un mordisco y después regresó a saltar. Al final terminó derritiéndose y tuvieron que comprarle otro antes de salir.

—¿Me dejarás conducir mi coche, Gloria? —preguntó Henry que le entregó su llave porque ella había extendido la mano.

—Donde va mi hijo, conduzco yo. Así vinimos y así nos vamos.

—Los que están aquí pensarán que soy un inútil.

—Ese no es mi problema. Sube...

Él tuvo que obedecer a Gloria y los tres subieron al coche. Erik iba cargado con un montón

de juguetes que le había comprado su padre, al igual que ropas. También aprovechó para comprar un anillo para Gloria cuando ella se descuidó. No se daría por vencido para poder estar con ellos. Quería a esa familia cada día de su vida, no estaba dispuesto a perderlos por nada.

—Mira ese coche de atrás —dijo Gloria que veía a un vehículo acercarse a ellos con rapidez.

—Ponte en el carril lento. Debe estar apresurado.

Ella le hizo caso a Henry y fue hacia la derecha; sin embargo, el coche parecía que los perseguía y lo supieron cuando desde ese vehículo comenzaron a dispararles.

—¡Agáchate, Erik! —ordenó Henry, que se arrojó hacia la parte trasera del automóvil para proteger a su hijo.

Gloria casi perdió el control del volante, pero trató de calmarse por el bien de los que estaban ahí. De ella dependía que sobrevivieran.

—¡Díganme que están bien! —mandó Gloria, nerviosa.

—¡Mamá, tengo miedo!

—¡Calma, estamos contigo! —expresó Henry, abrazándose a él.

De repente sintieron que el coche que les disparó chocó la parte trasera del vehículo, por lo que comenzaron a dar vueltas y después volcaron, hasta que fueron a parar a un costado de la carretera.

—¡Mamá! —gritó Erik, muerto de susto. Necesitaba abrazar a su madre.

Ella abrió los ojos. Se sentía confundida, pero escuchaba la voz de su hijo.

—Erik... —pronunció arrastrándose para salir y coger a su hijo. El coche estaba volteado. Abrió la puerta y el niño salió.

—¡Mamá, estás sangrando!

—Estoy bien. Henry... —lo llamó, pero él no respondía.

Su corazón comenzó a latir con desesperación. Corrió hacia la otra puerta para ver cómo estaba él.

—¡Quédate ahí, Erik! —ordenó para que no saliera a la carretera.

Los demás conductores se quedaron para auxiliarla y algunos llamaron a la ambulancia, era cuestión de esperar.

—¡Henry! —exclamó esperando respuesta, pero él seguía tirado en el asiento y lo que vio la dejó helada, tenía heridas de bala.

Capítulo 59

No sabía qué hacer con Henry en esas condiciones. Temblaba y no podía hacer nada más que llorar y ayudarlo a salir. Lo cogió del brazo junto a uno de los conductores que se acercó.

—¡Henry, responde! —exigió esperando que dijera algo; sin embargo, él no se movía, ni siquiera respiraba.

—¡Papá! —Erik se acercó al verlo en el pavimento sin reaccionar.

—Papá estará bien, Erik... —aseguró sin saber nada en realidad. Poco tiempo después llegaron los bomberos con una ambulancia, aparte de muchos policías.

—¡No respira! —vociferó uno de los socorristas que intentó resucitar a Henry casi hasta subirse a su pecho completamente.

Gloria tapó los ojos de su hijo, mientras que ella lloraba en silencio para demostrarse fuerte frente a la adversidad. Si se derrumbaba, ni siquiera podría ocuparse de su hijo.

—¡Respira! ¡Hay que llevarlo rápido!

—Señora, déjenos atenderla —musitó uno de los socorristas.

—Él lo necesita más...

—Ya está atendido. Viene otra para usted y el niño que responden.

—Queremos ir con él...

—Quédese quieta, señora. Tanto usted como el niño pueden tener heridas internas. No tarda en llegar la ambulancia.

—Quiero ir con Henry, por favor...

—El señor está muy grave, señora...

Que le dijeran eso solo la destrozaba por dentro. No quería que a él le pasara nada.

Apenas el socorrista terminó de decir eso, una ambulancia llegó para atenderla y también a Erik. Los dos parecían estar bien, pese al vuelco del coche.

Dentro de la ambulancia, ella consolaba a su hijo que solo quería saber cómo estaba Henry. Gloria intentaba animarlo con el miedo constante de llegar al hospital y que le dijeran que Henry estaba muerto. No lo soportaría, también se moriría.

Llamó a sus padres para que pudieran alcanzarla en el hospital y que se hicieran cargo de Erik. Tendría que contactar con la mamá de él para que pudiera estar ahí con ellos.

Le dolía tener que dar ese tipo de noticias, ella no lo soportaba. Solo esperaba que él estuviera vivo.

Una vez en el hospital, ella solo podía abrazar a su hijo. Estaba desorientada, preocupada y desconsolada.

—¡Gloria! —la llamó su madre al verla en el pasillo de la sala de espera.

—¡Mamá, todo fue tan horrible! ¡No sé nada de Henry!

—Calma, lo que importa es que ustedes están bien...

—Él no respiraba...

—Hija, calma. Deja que nos ocupemos de Erik y tú ve a buscar información sobre Henry —la alentó su padre para que se tranquilizara un poco.

—Con ustedes estará bien. Erik, me quedaré con tu papá, por favor, descansa y sé un buen niño.

—¿Papá se morirá? No quiero, mamá...

—No, no. Papá estará bien. No te mentiría, Erik.

Pese a que el niño no quiso irse, tuvo que hacerlo, por lo que ella empezó a recorrer los pasillos del hospital para tener noticias de Henry.

—¡Señora Trociuk! —gritó al ver a la madre de Henry en la recepción.

—¡Gloria, ¿cómo está Henry?!

—No lo sé. Estoy buscando a alguien que pueda darme noticias sobre él.

—¿Qué pasó, Gloria?

—Nos dispararon en la autopista y después golpearon el coche y dimos vueltas hasta volcar... Yo iba conduciendo...

—Tranquila, Gloria. No fue tu culpa. Nadie está preparado para que le disparen.

—Él no respiraba y no sé cómo está ahora.

Las dos se acercaron a hablar con la mujer que estaba en la recepción. Henry tenía pronóstico reservado. Lo habían resucitado cuando estaba en la ambulancia.

Para Gloria las esperanzas se agotaban. Saber que el estado de él era prácticamente delicado, le hacían pensar en que moriría de manera inevitable. Sufría de forma anticipada por algo que aún no ocurría.

—Estas son las pertenencias del señor. Los doctores han pedido que se firme este formulario. Es para donación en caso de ser necesario.

Tanto la madre de Henry como la misma Gloria quedaron en shock. ¿Cómo podían hacer eso? Nadie les daba noticias y ni siquiera intentaban que pudieran ser positivas.

La primera en coger las pertenencias de Henry fue Gloria que reconocía todo lo que estaba ahí, salvo una pequeña caja de terciopelo negro. Al abrirlo, encontró un anillo. Eso destrozó su corazón. Él no había parado de insistir con la idea de que se casaran y formaran una verdadera familia. Solo le pedía a Dios que sanara y que pudieran lograr aquello.

—Familiares de Henry Trociuk... —llamó uno de los doctores. Las dos corrieron hacia él

para escuchar lo que tuviera que decir.

—Somos nosotras —anunció la madre.

—Por el momento hemos logrado estabilizar al señor, pero su situación es grave. Tiene perforado el pulmón y una hemorragia interna, además de varias fracturas. ¿Él no se colocó el cinturón de seguridad?

—No, él protegió a nuestro hijo cuando empezaron a dispararnos.

—Están los policías aquí haciendo sus averiguaciones. Los enviaré con ustedes, ya que cuando tenemos heridas de bala, el asunto se pone más delicado.

—Lo comprendemos, doctor... —habló la madre de Henry.

Unos minutos después los policías interrogaron a Gloria para saber su versión de los hechos. Habían recabado las versiones de los testigos, que alegaron que alguien quería matarlos. Gloria no tenía idea de que alguno tuviera un enemigo, mas la única persona peligrosa que ella podría conocer era Kathie, por lo que dio su nombre a las autoridades.

Pasaron varios días y Henry seguía en cuidados intensivos. No despertaba del coma. Gloria no conocía de paz desde que Henry estaba ahí inconsciente. Solo esperaba que él abriera los ojos y le dijera algo, cualquier cosa.

—¿Será posible que hoy despertarás? Henry... —pronunció tomando su mano para después darle un beso ahí.

—Gloria... —pronunció Henry que apenas abría los ojos.

—Henry...

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde está Erik?

—Está en la escuela. Han pasado diez días del accidente.

Él volvió a cerrar los ojos como si estuviera durmiendo.

—Oye, espero que el anillo sea para mí...

Por más cables que tuviera colgando de él, Henry intentó sonreír.

—¿Sabes una cosa? Si te salvas, acepto casarme contigo. Deseo ser tu esposa y vivir a tu lado para siempre...

Henry sonrió y volvió cerrar los ojos, dejando a Gloria sin saber si él lograría salir de aquella situación.

Capítulo final

Gloria no había hecho un seguimiento del atentado, ya que le preocupaba más la salud de Henry que, después de un mes pudo abandonar el hospital. No podía ir a vivir solo a su departamento, pues necesitaría de alguien que constantemente lo estuviera atendiendo por las fracturas que tenía. Tenía tantas operaciones encima que Gloria solo agradecía que siguiera con ellos.

—¡Señor! —vociferó Gloria al ver que él quería levantarse de la silla de ruedas.

—El doctor dijo...

—El doctor dijo que no hagas tonterías. Necesitas de alguien para que te ayude. —Ella se acercó a cogerlo del brazo y le pasó la muleta para que la usara.

—Agradezco tener a la mejor enfermera.

—Y yo agradezco tenerte aquí.

—Estoy vivo solo porque me dijiste que ibas a casarte conmigo.

—Lo haremos más adelante, cuando estés recuperado.

—Me siento tan bien... No tan bien, pero muy bien porque estás aquí.

—Me llaman nómada, ya que vine a vivir aquí para cuidarte.

—Eres la Gloria que añoraba, esa a la que esperaba. Eres la misma chica dulce que fue mi secretaria.

—Y a ti se te ocurre querer morirte, qué mal, Henry. —Gloria le dio un beso en la mejilla.

—No recuerdo mucho, pero alguien quiso matarnos.

—Lo sé. Tu mamá ha puesto seguridad para todos hasta saber quién es la persona que hizo esto.

—Ese día vi a Kathie en el centro comercial, o al menos eso creo, tal vez la confundí.

—No pude averiguar nada sobre el caso, espero poder hacerlo después de que estés mejor.

—Querida Gloria, ¿cómo está nuestro paciente más guapo? —preguntó la señora Trociuk.

—Aquí queriendo levantarse. Es un poco caprichoso.

—Estoy a punto de ir a jugar tenis... —dijo jocoso.

—He llamado al detective del caso y me ha dicho que tienen un sospechoso.

—¿Un sospechoso? —indagó Gloria.

—Mejor dicho, una sospechosa: Kathie. Después de que les dijimos que no tenían enemigos y lo más sobresaliente era una exnovia, los investigadores comenzaron a hacer su trabajo. Ella cobró un gran cheque que el mismo Henry le dio, y con él pagó a una persona para que hiciera el

trabajo. Me envió estas imágenes, en las que se puede ver a esa mujer hablando con las personas de ese coche en el mismo centro comercial del cual ustedes salieron. También me envió otras en donde se ve que ese mismo vehículo los seguía desde hace semanas...

—Qué mujer más despreciable escogiste como esposa, Henry.

—Lo importante es que recapacité, Gloria. Haré que todo el peso de la ley caiga sobre ella. ¿Por qué no decidió mirar al frente y continuar? ¿Por qué hundir su vida de esta manera?

—Odio, venganza... La humillaste, yo te hubiera matado, pero con mis propias manos.

—Te hice algo peor a ti, pero eres demasiado noble para matar y para odiar. Tu rencor nunca fue mayor que tu cariño por mí, porque al igual que yo, nunca nos olvidamos.

Como dijo Henry, él hizo una acusación formal contra Kathie y al menos le esperaban unos veinte años de cárcel por lo que había hecho. Jamás perdonaría que la vida de Gloria y de su hijo estuvieran en juego. A él podían hacerle cualquier cosa estando solo, pero a su familia, no.

Después de un año de compromiso, Henry y Gloria se casaron, ya que ella por más que había prometido casarse, quería asegurarse que el Henry maravilloso que ella conoció en ese tiempo fuera real.

—Qué preciosa te ves este día, Gloria. Él era el único que podía hacerte feliz —dijo Frank que asistió a la boda.

—Si estoy casada es por tu culpa, porque tú no me convenciste de no venir a Seattle.

—Hice todo lo posible, pero mereces ser feliz al igual que Erik. ¿Cómo quedará nuestra sociedad?

—¿Por qué preguntas? Siempre seguiremos siendo socios. Tú eres el rey Midas, lo que tocas, lo conviertes en oro. Henry te tiene en buen concepto y quiere que lo ayudes con más proyectos. Siempre seremos dueños del cincuenta por ciento de la publicitaria.

—No es hora de hablar de negocios, es una fiesta —los interrumpió Henry en compañía de su hijo que iba vestido con mucha elegancia para la boda de sus padres.

—Ven, Erik, iremos por allá en donde tus padres rentaron un pelotero solo para ti —lo invitó Frank para que ellos se quedaran solos.

—¿Por fin mi esposa me dedicará tiempo? Todos solo saben apreciar tu belleza, y a mí nadie me ha dicho que me veo genial.

—Lo siento, pero no tienes un vestido de Alexander McQueen.

—Es hermoso, te ves espectacular en él. Ahora me dan ganas de hacerle una hermana a Erik...

—No te ilusiones mucho, quizá no podamos...

—¿Y quién dijo que tú sufrirás esta vez? Hay varios caminos por los que podemos optar para agrandar la familia si lo deseas.

—Primero quiero saber si mi príncipe no se convertirá en sapo...

—Bésame para averiguarlo, Gloria... Te amo...

—Y yo a ti...

Fin.

Si te gustó Mi inocente secretaria, podría gustarte…



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible y Una decisión imperturbable y Mi inocente secretaria.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*